

# DIEGO CABOT

17:30 Del un misterio se dice el Sr.  
Helson a la punta de Olivero la  
reunirse con el Dr. Nestor Kirchner  
para recibir instrucciones para el  
recorrido de mañana, para la  
recaudación del dinero de las  
empresas por obras públicas en el  
país y luego lo dejó en su domicilio.  
07/12/10 (jueves) a 3:30 a la

## LOS CUADERNOS

CÓMO FUE LA INVESTIGACIÓN SECRETA  
DEL CASO DE CORRUPCIÓN MÁS IMPORTANTE  
DE LA HISTORIA ARGENTINA

SUDAMERICANA

Diego Cabot

## **LOS CUADERNOS**

Cómo fue la investigación secreta del caso de  
corrupción más importante de la historia argentina

Colaboraron en la investigación: Candela Ini y Santiago Nasra

Sudamericana

03/10/10 (domingo)  
a di pos. con

- 07:30 En el domicilio del Sr. Mene a Dalma a la derecha, adyacente de Estompa 1719 y luego al local de ropa de ella y, rodeo por luego a buscar el auto del Lic. y la llevo al carpintero y le cargo el combustible.
- 12:30 Del mi. misterio lo llevo a Herman Gomez a Tacuara y Chile, ahí cubrió un poron y Herman le dio un sobre con 15000 UBS (quince mil dólares), luego cubrió a S. O. Poron y, cubrió le hizo lo mismo con otra persona, luego fui con E. Escobedo y J. Bravo de Pto. Madroño, finalmente le dio un sobre a un tal Marcelo, y luego lo llevo a Chacabuco y luego fue bajo del auto y también fue a preparar otros sobre y, así, luego lo llevo al ministerio.
- 17:00 Del mi. misterio fui a la agencia de autos de Espino a levantar un pagaré de los cuotes del auto que le compró el Lic. a Nelson y, pagante y, también fue el título del auto del Lic. Peugeot 307 chapa HFE 939, que también lo compró en cuotas en la prisión pero lo pasó al conyugal y, luego vino a recibir el recibo oficial de los cuotes pagas para el juez y, registrarlo en el registro y, luego me fui a casa porque mañana mandan a pasar del plato.

- 05/10/10 (martes)  
10:00 Llegué al mi. misterio y preparé todo para el viaje, a las 13:30 Hs salí con Helson Largarte y el Lic. Baratta para un viaje del Sur y, luego con todo el personal del país en el Hotel 13 de Julio. Llegamos al lugar a las 18:00 Hs, el auto comenzo a la media hora después; luego cenamos y a dormir.
- 06/10/10 (miércoles)  
08:10 Salimos de mar del Plata para Bs. As., llegamos al mi. misterio a 11:15 Hs.
- 17:30 Del mi. misterio lo lleve al Sr. y Helson a la quinta de Olivo, ya reunidos con el Dr. Néstor Martínez para recibir instrucciones para el pago de manana, fue la recaudación del dinero de las empresas por obras públicas en el país y, luego lo dije en su domicilio.
- 07/10/10 (jueves)  
18:10 Llegué al mi. misterio y fui a la oficina 1111 a trabajar.
- 19:50 Del mi. misterio lo lleve al Lic. Banda y a Nelson a Callao 1175, donde me reunieron, luego con una valija con 4000000 (cuatro millones dólares) por orden del Lic. Baratta me dice que le había el papel para pagar del auto, luego la compra el auto, luego cubrió el auto en el depósito de autos y, luego me dio el papel con los comprobantes de compra para obras por la cantidad en

*A mi viejo, Carlos, que me enseñó que el camino en la vida es uno solo y que vale la pena  
seguirlo;*

*y a mi mamá Lita.*

*A esa persona que fue mi Confidente, y que pudo con el silencio.*

# Capítulo I

## De traiciones y desconfianzas

Principios de abril de 2018.

—Ustedes me van a traicionar. Yo sé que me van a traicionar.

—Vos también nos podés traicionar. En tu ADN está publicar, no guardar un secreto.

Siempre iba por la tarde a Comodoro Py, la sede de los tribunales federales. Llegaba después del horario de atención al público. Ese edificio de Retiro es un lugar despiadado, donde se respira como en ningún lado esa descomunal mezcla de indiferencia con el calor del derecho penal, el único que te puede llevar a perder la libertad.

Me anuncié y esperé. Al rato estaba sentado frente al Fiscal.

En Comodoro Py no hay diálogos apacibles. Más aún: creo que no hay diálogos. Hay testimonios, declaraciones, preguntas y, sobre todo, silencios. Los despachos son muy grandes, un cuarto de lo que tendría cualquier empresario de una pyme. Allí había poca luz, un sillón y mobiliario de madera y cuero verde. En un rincón, sobre el ala que da al río, esa tarde negociaba de qué manera seguir con la investigación que ya llevaba tres meses en mis manos.

—Yo he dado muestras de que puedo guardar un secreto. Desde enero tengo esto en mi poder y no he publicado nada.

—No hay más remedio que confiar o dejar todo acá.

—Si me traicionan tengo el mejor de los libros. Será el relato de una traición.

—Nosotros también sabemos guardar un secreto. Ya te dije, o confiamos o todo se cae. Esto funciona en el más profundo silencio o no hay nada que hacer.

—No me lo diga a mí, que no he publicado una coma.

—...

—Lo voy a pensar, no es una decisión fácil, pero lo voy a pensar. También lo

tengo que consultar con el diario.

Saludé y me fui. Todo era desconfianza. Un ajedrez en el que nadie sabía muy bien qué pieza era, los límites del tablero y cómo se debía mover.

Regresé a los pasillos desnudos de Comodoro Py. El edificio es un rectángulo enorme con la escalera y los ascensores en el medio el cajón. A la salida del hall, en cada piso se abre un corredor a cada lado. Eso es todo. A ese espacio dan todas las puertas de los juzgados, las cámaras y las fiscalías más poderosas del país. A veces hay unas pequeñas ventanas corredizas, como las de cualquier cocina de barrio. Adentro está la Mesa de Entradas, el único lugar de interrelación con los que estamos en el pasillo; los que atienden trabajan del otro lado. En Comodoro Py, los pasillos son el límite. Y solo una autorización “desde adentro” permite flanquear la puerta.

Desde ahí adentro venía yo: del otro lado, del lugar donde el poder judicial —así, en minúscula— se agazapa para salir cuando alguien lo prefiere. No siempre.

Caminé por ese corredor sin alma y llegué a los ascensores centrales. ¿Qué cosa me sucedía para querer pasar del otro lado?

Llegué a la planta baja y, como siempre, detuve la vista en un escáner igual al de los aeropuertos, ubicado en una de las puertas. No andaba. Entrar y salir de ese edificio es más fácil que hacerlo en cualquier consorcio de la Ciudad de Buenos Aires donde, al menos, alguien debe autorizar el ingreso. Ese día en las escalinatas estaba el exvicepresidente Amado Boudou con sus abogados; todos sonreían.

No era la primera vez que me encontraba con el Fiscal; tampoco sería la última. El 21 de marzo de 2018, habíamos tenido un primer contacto.

18:21

Tengo algo que contarte

De Baratta

18:22

Importante

18:21

Dime

18:22

Solos

Donde quieras pero solos

18:22

Decime donde y voy

18:22

Mañana te digo y arreglamos para el viernes

18:23

Es una documentación que me hice

18:23

Ok

18:23

Es largo y complejo

18:23

Buenisimo

18:23

Mañana creo q tengo bien la tarde

25 de marzo de 2018

19:03

Diego mañana nos vemos?

19:10

Dale!

19:11

Temprano en Selquet?

19:21

Decime hora

19:34

8.30?

19:37

No puede ser un poco más tarde?

19:37

10?

19:37

Ahi esta mejor

A las diez de la mañana llegué a Selquet, un bar de Palermo, mitad punto de encuentro mitad vidriera. Me senté en un box que da a la ventana de la calle La Pampa. En la otra parte de ese bar, las cortinas que dan a la transitada avenida Figueroa Alcorta estaban cerradas; el sol aún era potente recién comenzado el otoño. Había ido con mi mochila y algunas copias de los cuadernos.

El Fiscal llegó puntual. Es un hombre de hablar justo y mirar fijo. Contenedor, eso sí. Por esos días, Roberto Baratta, aquel poderoso exfuncionario, un taxista y vendedor de quiniela que con el paso del kirchnerismo había logrado llegar al segundo de los despachos más importantes del poderoso Ministerio de Planificación Federal, había sido liberado después de su paso por la cárcel en una



causa que investigaba el Fiscal. El funcionario judicial preparaba su apelación y estaba sobre los movimientos del exfuncionario revitalizado después de salir de prisión.

Como siempre suceden esas conversaciones, empezamos por generalidades. Pero el Fiscal, siempre de saco algo desvencijado, sin corbata y con barba de un par de días, no estaba ahí para escuchar mi opinión o para repasar la actualidad política del país, que, por otra parte, él conocía mejor que nadie. A poco de hablar le adelanté una parte de todo lo que tenía, como hacía con los pocos a los que había puesto al tanto de la revelación.

—Tengo la posibilidad de conseguir unos papeles que muestran cómo fue el recorrido que los funcionarios de Julio De Vido hicieron en busca de bolsos con la plata —le dije.

El Fiscal siempre parece como distraído, atento a todo lo que pasa alrededor y, a su vez, a nada de lo que sucede más allá de lo que él piensa en ese momento. Es como un hombre de atención múltiple. Pero en ese instante, sus ojos enfocaron fuerte y, como si se tratara del desenlace de una película, se dispuso a escuchar atento.

—Un chofer de Baratta escribió durante años todos los viajes que hizo para su jefe. Tomó registro de cada movimiento. Hay nombres, importes, direcciones, dominios de autos, empresas, empresarios, diálogos y muchos montos.

—¿Y qué tenés?

A un costado de la silla, saqué un fajo de fotocopias de un par de cuadernos de mi mochila negra, la que me acompañó todo el año.

El Fiscal había abandonado todos los otros motivos que lo pudieran distraer. Fijó sus ojos claros en las copias que le di y empezó a leer en silencio. Pasó varias hojas y no se detuvo en nada en particular. En un momento, levantó la vista.

—¿Vos tenés idea de lo que es esto? —me preguntó con una mezcla de incredulidad y sorpresa.

—Sí, claro. Sé que es algo que jamás voy a volver a tener en mis manos y que jamás se va a repetir. También sé los recaudos que tengo que tomar para publicar; involucra a mucha gente.

—¿Qué vas a hacer con esto?

—Te puedo contar lo que hice; lo que voy a hacer no lo tengo claro. Los tengo desde enero, estamos a marzo y no publiqué una coma del tema.

—¿Sabés si esto es verdad?

—Trabajé durante meses con dos periodistas en silencio. Nadie sabe nada, o mejor dicho, muy pocos. Estuve chequeando todo lo que pude. Recorrí lugares, registros, me junté con gente. Es todo verdad, estoy convencido.

—¿Cuánto hace que lo tenés exactamente?

—Desde enero.

—¿Confiás en tu fuente?

—Sí, confío.

—¿Se puede saber quién es?

—Prefiero no dar su nombre, al menos por ahora. No te voy a contar quién es. Lo que te puedo decir es que laburé meses con poca gente, no publicamos nada y es todo verdad. Me junté con empresarios que estaban mencionados, los apuré un poco y les cambiaba la cara. Te digo que es verdad.

—¿Lo vas a publicar?

—No por ahora. Siento que si lo hago le pongo precio al chofer que los escribió. ¿Qué harías si fueras el abogado de los empresarios o de los exfuncionarios implicados si ves esta nota escrita el domingo en *La Nación*?

—Sí, le ponés precio. O lo mandan a vivir afuera con millones de dólares y no lo ves nunca más, o lo matan.

—Por eso. Y yo quedo como un pelotudo publicando algo que el chofer nunca reconocerá. Me lleno de juicios y lo lleno al diario. No lo puedo publicar así.

—¿Dónde están los originales?

Le relaté entonces cómo los había obtenido y qué era lo que sucedía en esos

días. El Fiscal terminaba una apelación a la decisión de un juez de haber liberado a Baratta, el jefe del chofer escribiente. Justamente esa resolución a la que como acusador se oponía también había impactado fuerte en mi investigación.

—El chofer nunca se enteró de que mi fuente me los dio a mí. Yo tuve los originales mucho tiempo. Pero los tuve que devolver porque cuando Baratta salió de la cárcel, todo ese entorno se revolucionó. No los tengo más, los tuve que devolver.

—¿Hablaste con el chofer?

—No, nunca. No lo conozco.

—¿Intentaste hablar con él?

—A través de mi fuente traté de convencerlo de que me contara todo, de que asuma que escribió esos cuadernos. Con su testimonio los podría haber publicado. Pero no pude, no llegué a plantearlo. Le pedí a mi fuente que hiciera la gestión; yo no conozco a Centeno. Dice que lo intentó aunque jamás le dijo que me había pasado los cuadernos. Pero la verdad es que nunca se pudo dar.

El Fiscal había terminado una batería de preguntas. Nada hacía presumir que hubiera creído mis respuestas. Básicamente, las dudas estaban en la veracidad del relato y en la forma que me había llegado aquella caja con los cuadernos. Lo podía entender, eran las mismas que tenía yo al inicio.

La primera la despejé con trabajo e investigación; la segunda era distinta. Conocía perfectamente el camino que había recorrido aquella documentación. Pero no estaba dispuesto a contarle todo. Para ese momento, en aquel bar-vidriera del poder en pleno barrio de Palermo, eso era todo lo que podía ofrecer. O mejor, la única carta que estaba dispuesto a jugar. La desconfianza era mutua.

—No me vas a joder y salir a contar esto —le dije. No me contestó. Levantó la vista y me la incrustó en los ojos, no mucho más. Siguió con la pregunta del inicio.

—¿Qué vas a hacer con esto?

—Estoy pensando que una opción es judicializarlo. Yo creo que esto que tengo entre manos es la descripción más brutal de la corrupción en la Argentina. No hay otro documento más impresionante de lo que sucedió. Se afanaron todo, te

juro que no podés creer la doble moral tan bestialmente expuesta. Es la historia negra, la vida paralela de exfuncionarios y empresarios que nos mintieron descaradamente. Yo conozco personalmente a la mayoría, he cubierto como periodista este mundo. Me mintieron en la cara durante años; te sentís un miserable al leerlo. Si tengo todo esto, si puedo demostrar esta mierda estoy convencido de que el camino tiene que ser otro que una publicación en *La Nación*. En esta voy por todo. Creo que si se hace una investigación seria se puede dar un golpe enorme a la corrupción.

—¿Hasta dónde llega la trama?

—Te lo explico así: el auto que llevaba a Baratta, el que manejaba Centeno, recorría las empresas constructoras y energéticas más grandes. Por lo que surge de las anotaciones, los recorridos ya estaban preasignados, no llegaban de visita, alguien ya había arreglado anteriormente. El dinero que recolectaban lo llevaban a dos lugares mientras Néstor estaba vivo: a la Quinta de Olivos, donde el dinero era entregado al expresidente, o al departamento de los Kirchner, al que tienen en la calle Juncal, donde los recibía el secretario Daniel Muñoz. Cuando muere Kirchner el dinero va a la Casa Rosada, la vienen a buscar autos de la Presidencia o de la Jefatura de Gabinete. Se creían impunes; llega a lo más alto del poder. —El Fiscal es, ante todo, un hombre que sabe escuchar. No me interrumpió—. Te resumo, a lo más alto del poder empresario y a gran parte del kirchnerismo.

—El camino judicial sería que lo presentes vos, que declares.

—Sí, eso es lo que estaba analizando.

—Te tengo que hacer una advertencia.

—¿Cuál?

—Si vamos a ir contra el poder, tenés que saber una cosa. Una cosa importante. Al principio va a haber gente que te va a felicitar, que te va a palmear la espalda. Pero tenés que tener claro una cosa: en seis meses estás solo, se fueron todos y quedamos pocos. En un tiempo, cuando todo empiece a temblar, te van a acompañar pocos.

Guardé los papeles y le prometí que lo iba a pensar. Desde entonces convivo con las palmadas y la soledad.

## Capítulo II

### La entrega

A media tarde, una noticia había ganado todos los portales de noticias.

*La Nación, 19 de octubre de 2007:*

*El ex subsecretario de Coordinación y Control de Gestión del Ministerio de Planificación y mano derecha del exministro Julio De Vido, Roberto Baratta, fue detenido esta tarde por orden del juez federal Claudio Bonadio.*

*La detención ocurrió aproximadamente a las 17.40 en el marco de la causa en la que se investiga presuntos sobrepagos en la compra de barcos de gas licuado durante el kirchnerismo. Baratta fue trasladado a la Comisaría 12, en Ramallo 4398.*

Fue la primera imagen de Baratta con esposas, chaleco antibalas y casco. Serio y con barba, uno de los funcionarios que más poder acumuló en aquellos años de kirchnerismo subió al patrullero identificado con el número 5863 de la Policía de la Ciudad.

En esa resolución también se pidieron la detención y el desafuero de De Vido, por entonces diputado nacional y, por lo tanto, protegido por los fueros parlamentarios que tienen los legisladores. El entorno de aquellos poderosos hombres empezaba a cambiar.

Era el primer golpe fuerte a la gran estructura de poder que secundó al kirchnerismo durante doce años de poder. El sistema de gobierno de Néstor y Cristina Kirchner siempre se sostuvo en funcionarios muy fieles dispuestos a todo por sus jefes. Absoluto verticalismo y enorme disciplina.

Julio Miguel De Vido, porteño de nacimiento y santacruceño por adopción, arquitecto de profesión, político desde que Néstor Kirchner lo llevó a la intendencia de Río Gallegos, a principios de los años 90, estaba siendo interpelado con fuerza por la Justicia. Con él empezaba a tambalear su entorno, el que armó para generar el núcleo duro y casi desconocido que se dedicaba a las tareas más oscuras, capaz de apretar por teléfono a cualquiera de los empresarios con los que trabajaba o visitarlos en busca del dinero negro que los hermanaba. Roberto Baratta, su ladero, fue el primero en sentir cómo se escurría el poder. Y sobre todo, la impunidad.

La tarde siguió en la Redacción alrededor de esa noticia. Me senté a escribir un perfil del exfuncionario que acababa de ser detenido. En pocas palabras, lo definí de esta manera:

*Baratta, un licenciado en Comercio Exterior de la Universidad de Luján, tuvo un ascenso tan rápido como impensado y llegó a ser uno de los personajes más encumbrados en el mundo de la planificación. Manejó millones con un estilo similar al que detentó Guillermo Moreno, a telefonazo limpio.*

*Hace poco más de quince años, Baratta manejaba un taxi y vendía quiniela. Fue en aquella época cuando un día entró en un bar de Barrio Norte, como tantas veces. Pero ese día cambiaría su vida. En la Justicia contó que lo vio a Néstor Kirchner y le pidió trabajo.*

*El entonces candidato a presidente le dijo que hablara con Julio De Vido. El exministro lo llevó a su círculo íntimo y lo designó subsecretario. Tuvo un solo techo en su ascendente carrera: su jefe.*

*Era el hombre más operativo de De Vido en materia energética. “¡Cortá! ¡Te dije que cortes el gas!”, le gritaba a un ejecutivo de una empresa de consumo masivo en medio del crudo invierno de 2006. Por su despacho pasó gran parte de la relación con Venezuela y toda la importación de combustibles. Ganó centenares de adversarios, a quienes maltrató en épocas de charreteras.*

*La petrolera estatal Enarsa y la empresa mayorista eléctrica Cammesa, dos sociedades anónimas usadas como sellos para comprar energía al exterior, eran dos de los dominios de Baratta. Además, fue uno de los que llegaron temprano a YPF aquella vez en la que se produjo la estatización de la petrolera. En esas horas, mientras los ejecutivos de Repsol se retiraban por las cocheras, el ahora detenido se instaló en las oficinas más lujosas de la torre de Puerto Madero.*

*Últimamente, Baratta estaba asustado. Se movía con la certeza de que iría preso. Sin poder desde que cambió el Gobierno y con su jefe solo sostenido por los cada vez más endebles fueros, el exfuncionario se imaginaba que su vida continuaría en prisión. Y los hombres desesperados tienen conductas inimaginables.*

Esa noche viajaba al exterior. Me iba de Buenos Aires casi veinte días, justo en el momento en que aquellos hombres sobre los que había investigado durante tanto tiempo empezaban a tener que dar cuentas en la Justicia.

Baratta pasaba su primera noche detenido y yo estaba en el aeropuerto a punto de despegar cuando llegaron estos mensajes.

22.37

Hola Diego, soy Jorge Bacigalupo, acabo de leer la nota en La Nación, muy buena la información, bueno tengo disponible y a tu disposición, los apuntes de los que hablamos en alguna oportunidad.

23:01

Hola Jorge. Estoy viajando ahora hoy le pedí el celular suyo al encargado para adelantarle lo que iba a suceder a la tarde. Ya se comentaba desde la mañana

23.07

Ok. Diego, cuando vuelvas, abrimos la caja y evaluar lo que hay de útil en ella. Jbacigalupo.

23:01

Bien. Lo hacemos y vemos qué hay.

Había conocido a Jorge Bacigalupo en el barrio, hacía ya un tiempo. Un día, mientras sacaba el auto en la puerta de mi casa, un hombre se me acercó.

—¿Usted es Diego Cabot?

—Sí.

—Encantado, soy Jorge Bacigalupo. Yo tengo un libro suyo que me regaló mi hijo hace muchos años, *"Hablen con Julio"*. Él ya lo había leído y me lo recomendó. Tengo la primera edición.

—Sí, claro. Recuerdo mucho ese libro. Fue el primero que escribimos junto a Francisco Olivera.

—Tengo la primera edición. Si no le molesta, ¿se lo puedo traer para firmar?

—Por supuesto.

Fue el primer diálogo que tuve con Bacigalupo. Ninguno de los dos se extendió demasiado en la conversación callejera.

Pocos días después, el hombre dejó aquel ejemplar para que se lo devolviera dedicado. Me lo entregó a través del encargado del edificio. Lo guardé y, mudanza de por medio, el libro quedó un tiempo en una mesa de mi casa.

No fue la única vez que me lo encontré por el barrio donde vivíamos los dos. Varias veces nos cruzamos y empezamos a conversar un poco más. Un día, sin que yo le preguntara, me empezó a contar algunos hechos que tenían que ver con el entorno de Julio De Vido, puntualmente con el despacho de Roberto Baratta. Me relató varias fechorías que tenían como protagonistas a los recorridos y los bolsos, y detalló varios emprendimientos financiados con aquellas comisiones. Cada vez que nos veíamos, despotricaba de semejante esquema instalado en el vértice del poder, hablaba sobre la corrupción y me relataba historias de otras épocas.

Me interesó lo que me contaba y, de a poco, empezamos a alargar nuestras charlas. Un día, me confesó.

—Tengo un amigo que fue el chofer de Baratta durante más de diez años. Las historias que me ha contado no se pueden creer. Han paseado por todo Buenos Aires buscando guita en bolsos.

—Su amigo debe conocer todo lo que hacía y dejaba de hacer Baratta.

—Sí, conoce muchas cosas.

Desde entonces empezamos a tener una relación más cercana y nos encontramos varias veces en el barrio, en pleno Belgrano.

Después de aquella detención, me dejó un mensaje con el encargado. Me pidió que lo viera. Entonces me contó que su amigo, aquel chofer de Baratta, tenía temor de que allanaran su casa:

—El Negro [así le dice aún hoy a Oscar Centeno] tenía miedo de que Bonadio le allane su casa. Yo le decía que saque todas las cosas que lo podían llegar a comprometer. Un día, me trajo una caja y me dijo: “Acá está todo. Si a mí me pasa algo, abrila y vas a encontrar todo lo que anoté todos estos años”.

Ese 19 de octubre de 2017, casi a media noche, subí a un avión. Baratta estaba preso, De Vido, apenas sostenido por los fueros de diputado nacional. Bacigalupo ya tenía aquellos cuadernos y solo faltaba encontrarnos.

Amanecí en otra parte del mundo. Y fue entonces cuando recibí este



whatsapp.

20 de octubre de 2017

12.23

Hola Diego, buen día y buen viernes. Bueno, quedo a sus órdenes, buen fin de semana junto a sus mejores afectos.

Ni siquiera contesté aquel mensaje de Bacigalupo. El periodismo tiene algunas cosas mágicas. Una de ellas, quizá la más impresionante, es pasar por realidades que no son las nuestras. Allí estaba yo, en Japón, viviendo algunas horas que parecían pensadas para una vida ajena. Recién le escribí días después de mi regreso a la Argentina.

6 de noviembre de 2017

11.32

Hola Jorge. Hoy estoy de regreso en Buenos Aires, a eso de las 22

Cómo viene mañana para vernos un rato?

12.05

Hola Diego, me parece perfecto, decime la hora y el lugar donde nos vemos, mi casa puede ser uno, o donde a vos te quede cómodo

12.06

Le aviso mañana

12.06

Ok. Entonces nos vemos mañana

Pasaron varios días sin que pudiésemos comunicarnos. Después de algún tiempo fuera de Buenos Aires, mis rutinas no volvían a la normalidad.

9 de noviembre de 2017

7.51

Hola Diego, algo está mal en mi teléfono, recién ahora entró tu mensaje. Hoy jueves estoy disponible hasta aproximadamente las 12.30, o después de las 17.00. El lugar lo definís vos, el que te quede más cómodo, cualquier cosa llamame al celular.

7.59

Está por ahí

Le llegan estos mensajes?

9.19

Recién lo veo. Estoy en mi casa

9.42

No suena la señal que alerta cuando entra un mensaje

Durante semanas no tuvimos más contacto. Alguna vez regresé al barrio y hablamos personalmente. Para la Navidad recibí un mensaje suyo. Me envió una canción navideña cantada por Plácido Domingo, Luciano Pavarotti y José Carreras: "Lo mejor para Uds. Y vuestros mejores afectos. ¡FELIZ NAVIDAD!".

Así terminó el año.

En enero, cuando se inicia el valle informativo en las redacciones, volví sobre aquel encuentro postergado.

8 de enero de 2018

10.12

Hola Jorge, Diego Cabot

Cómo anda?

12:23

Hola Diego, buen 2018 para usted y familia. Cuando tenga tiempo, dígame el lugar donde nos podemos juntar y que día y hora, con la excepción del jueves 11 a la

mañana. Podemos revisar el material que tengo y sacarle las copias que hagan falta para su trabajo.

12:35

Le iba a decir en una horita

12:39

Correcto, sin problemas.

12:42

Lo llamo cuando ando por la zona

12:43

Ok. De casa no me muevo.

13:23

Estoy a cinco minutos

Quiere que vayamos a tomar algo o almorzar por el barrio?

13:23

Ok. Cuando llegue a casa lo decidimos.

13:33

Estoy

13.33

Bajo

Ese día hacía calor. Había llegado en un auto prestado que estacioné en una cochera cerca de su casa. Confieso que tenía temor. Varias veces había estado en situaciones difíciles. Alguna vez, a poco de la muerte de Néstor Kirchner, me convidaron a una reunión. Estaban invitados unos abogados y un exfuncionario. Como para hacer más cálido el encuentro —o para darle un tinte relajado—

prepararon un asado. Llegué a la hora que me habían pedido, un día de semana al mediodía. Habíamos dejado atrás los chorizos y las achuras y estaba por llegar el corte principal. Miré hacia un rincón y, en una mesa, había quedado apoyada una pistola. Se los hice notar y entre los anfitriones se echaron culpas. “¿Quién dejó esa pistola ahí?”, preguntó uno de ellos, el más entrado en años. La taparon con un repasador y, después sí, llegó el corte de lujo.

Más allá de los mensajes y de que habíamos hablado un par de veces en ese tiempo, no conocía a Bacigalupo. Periodista al fin, la desconfianza está presente en cada dato nuevo, en cada una de las confesiones que me hacen por razones que muchas veces no importan. Quería estar seguro de que detrás de mi exvecino no había una trampa.

En ese asado armado, recuerdo, me hicieron dejar el celular antes de entrar en el quincho. Lo hicimos todos, en realidad. “Sin celular hay menos desconfianza”, me dijo uno de los asadores. Yo había avisado dónde iba a estar por unas horas y sin celular. Se lo comenté a un par de personas de mi círculo privado, no mucho más.

Esta vez preferí dejar el teléfono móvil en el auto. Nadie sabía dónde me iba a meter. Con mis dudas encima, pasé por una panadería y compré algo para no llegar, justo al mediodía, con las manos vacías.

Bacigalupo tiene 73 años muy vividos, de esos que siempre regresan a tiempos pasados. Canoso, entrado en kilos y de paso lento, jamás entrega un ápice de confianza, no regala una sola palabra que no esté pensada. Bajó a abrirme y subimos a su departamento.

Ahí estábamos los dos, con la sola compañía de una perra Golden. Me comentó que se llamaba Sasha, que en ruso significaba protectora. Una mesa redonda pequeña y un televisor prendido en un canal de noticias. Eso era todo.

Jorge se levantó y me ofreció un café. Abrí aquel paquete de sándwiches que había comprado y empezamos a hablar, sentados mano a mano. Es uno de esos hombres a los que les gusta escuchar, pero, sobre todo, ser escuchado. Siempre tiene una historia cercana para caminar desde este presente que lo enoja hasta un pasado no tan lejano. En aquellos días, él o sus amigos estaban en todas las tramas, desde las cuales intentaba siempre explicar lo que transcurría en la actualidad.

Había pasado mucho tiempo desde que me había comentado sobre la caja;

por varias razones —mis viajes, el trabajo, la mudanza— nunca nos encontramos. Pero ese día todo era ansiedad.

No disimulé lo poco que me interesaba la conversación o el repaso sobre la actualidad. A escasos momentos de estar ahí, le pedí que me trajera aquella caja. Se levantó y, cuando salió de la habitación, me quedé con Sasha. Volvió con la caja, cerrada, con cinta.

—Acá está. El Negro me dijo que acá está todo.

Le pedí algo con filo para cortar las cintas. Con un cúter las rompí. Desplegué la tapa y encontré una bolsa negra. Nada más.

Me dio temor seguir, destapar aquel envase de zapatería vieja.

—Fijate qué es lo que tiene —me conminó.

Al abrirla, encontré un anotador, seis cuadernos espiralados y uno azul de tapa dura, que bien podrían haber sido de cualquier nostálgico que decidió guardar sus viejos apuntes de colegio. También había facturas de una marroquinería ubicada en la avenida Corrientes, en pleno corazón del porteño barrio de Once, prueba de la compra de bolsos.

En ese lugar de Belgrano, y después de meses desde que Bacigalupo me había comentado de la existencia de aquellos documentos, me sentía abrumado. Entre los cuadernos encontré cintas de video y unas pocas fotos poco nítidas en las que se veían algunos hombres junto a un baúl abierto, bolsos negros en el asiento de atrás de un Toyota y alguna caja que, según el relato, estaba llena de billetes. Todas esas piezas unidas servirían para exhibir el camino de las coimas, que partía de las instrucciones de Néstor Kirchner, continuaba con los recorridos de los laderos de Julio De Vido por las empresas contratistas del Estado para recolectar bolsos repletos de millones de dólares sucios y terminaba en la Quinta de Olivos, en la Jefatura de Gabinete o en el departamento de la familia de los expresidentes, en la esquina de Juncal y Uruguay.

El chofer del auto, silencioso testigo de lo que sucedía en su Toyota Corolla en el que trasladó a Roberto Baratta durante al menos diez años, se encargó de tomar nota de todo lo que podía escuchar y ver, con la precisión de un orfebre o de un cronista minucioso y afecto al detalle.

*18-agosto-2010 - 17.30*

*Del ministerio fui a Callao 1290 a buscarlo a Hernán Gómez, fuimos a anchorena y juncal, donde nos esperaba una persona con un Passat gris oscuro chapa GIG 850. Hernán Gómez se cruza de auto y circulamos hasta Juncal, cruzando Pueyrredon. Se baja Hernán y nuevamente se sube a mi auto, que ese día tenía el Siena chapa GPG 726. Traía un bolso con dinero y me decía que eran 1.200.000 dólares. Luego lo llevó al departamento de Callao 1290 4° piso, donde lo usan como refugio. Me vuelvo al ministerio a las 18.40 horas.*

Abrí páginas al azar y leí:

*7 de febrero de 2008 - 9.00*

*Fui a Chinin a comprar helados para De Vido y se los dejé en su depto.*

En otra:

*01 de agosto de 2008 - 12.50*

*Lo llevé al lic. a Techint al subsuelo donde Héctor entregó el paquete, y luego lo llevé al Lic. a su departamento y después fuimos a Ciudad de la Paz 1029, luego a su departamento y después a Aerolíneas Argentinas (Bouchard 547) y regresamos al ministerio.*

Más adelante:

*15 de julio de 2013*

*Llevé al licenciado Baratta y a Nelson Lazarte y bajaron en Reconquista y Tucumán y fueron caminando a Reconquista 554, hablaban del Sr. Valant, retiraron un bolso con dinero traían por la mitad aproximadamente. Luego pasamos por Arroyo y Esmeralda donde esperaba un auto blanco en el cual se sube Nelson y yo sigo con Baratta y me dice que espere al auto blanco en Tucumán y Alem, pero cuando llegamos ya estaba solo Nélon con un bolso con dinero y sube a mi auto y los llevo al ministerio donde bajan los dos bolsos.*

Ese mismo año:

*29 de agosto de 2013*

*Lo esperaba Armando, bajan al subsuelo y les entrega una bolsa con 300.000 U\$S y le dice que le diga a Baratta que dice Marcelo que ya alquilaron otra máquina para el trabajo. Luego vuelven al MINPLAN y luego lleva a Barata con la bolsa de plata a su*

*depto.*

Los recorrí lo más rápido que pude. Noté que con cada detalle intentó barnizar de veracidad su relato. No dejó escapar ni siquiera un número que veía al pasar, tomó las direcciones, los nombres y los montos, y describió las características físicas de quienes no conocía. Incluso registró el peso de los bolsos o las valijas con plata.

Bacigalupo, a mi lado, miraba con cierta distancia.

—Jorge, ¿usted sabe lo que es esto?

—Nunca lo abrí, pero el Negro me dijo que estaba todo lo que había hecho.

—Están anotados todos los recorridos que hicieron durante todos estos años.

—Algo me comentó. Pero llevalos, miralos bien y hacé lo que tengas que hacer.

No recuerdo siquiera cómo siguió aquella charla. Solo sé que me apuré a mirar las fechas. Quería saber desde cuándo y hasta qué momento consignaba el supuesto autor aquel detalle. Los tomé de a uno, anoté en mi agenda roja en qué fecha empezaba cada registro y en cuál terminaba. Los registros comenzaban en 2006 y finalizaban pocos días antes de las elecciones de octubre de 2015, cuando el oficialismo kirchnerista que postulaba a Daniel Scioli para presidente perdió en el balotaje con Mauricio Macri. Pasé las páginas y recorrí aquellos años por los márgenes de la vida política y empresarial. Me lo habían contado de a capítulos inconexos varias veces. Pero ahí estaba narrado con otra mirada, con la crueldad del testigo que vio cada uno de los movimientos. Pasé en aquel living no más de una hora. Y me despedí.

Jorge bajó a abrirme. Eran cerca de las tres de la tarde y hacía calor. Íbamos en el ascensor en medio de una conversación ausente, de compromiso. Yo estaba aferrado a aquella caja que no sabía dónde me iba a llevar. Cuando nos saludamos en la puerta, me miró.

—Trabajá tranquilo y cualquier cosa, no dejes de avisarme.

Volví tan ansioso al auto que ni siquiera pude poner aquella caja llena en el asiento de atrás. Los dejé a mi lado. Cerré los vidrios y manejé en silencio. No sabía adónde ir, con quién hablar, cómo seguir. Deseaba hasta que los semáforos me

detuvieran para espiar un poco más aquella trama que tantas veces me habían contado en pequeñas dosis. Así es el poder cuando habla con nosotros, los periodistas: administradores de sus verdades y también de sus mentiras.

No pude seguir manejando. Doblé en una calle del barrio de Núñez, por esas diagonales del Barrio River. Entré en un garaje, estacioné y me puse a leer algunas páginas. Estuve cerca de una hora en ese lugar, en silencio, solo con el crepitar de las balizas.

Conocía a casi todos los que estaban nombrados, recordaba los diálogos que alguna vez había tenido con cada uno de ellos, relacionaba datos y fechas. Me acordaba de cada una de las mentiras que me habían dicho durante años, cuando les preguntaba sobre los pagos de retornos.

Pasé la tarde con esos cuadernos arriba de mi escritorio y repasé cada uno de los videos que contenía aquella caja. Al finalizar el día, volví a mandarle un mensaje a Jorge Bacigalupo.

19.42

Estoy mirando todo con detalle. Me asombra

20.17

Trabaja con todo, por el homenaje a aquellos hombres y mujeres honrados que nos precedieron en el camino de la vida, pero por sobre por aquellos que nos sucederán, por las nuevas generaciones que se merecen una República Argentina digna, la que construyó la gloriosa generación de la segunda mitad del siglo XIX.  
Gracias Diego, siempre listo en todo lo que pueda hacer.

Abrazo grande... Jorge

A las ocho y media ya estaba al caer la noche cuando llegué a casa. Tomé un calendario perpetuo que tengo y le saqué una foto. La subí a Twitter con un pequeño texto: "Día periodístico que no voy a olvidar. Veremos en qué termina". Era el 8 de enero de 2018.



## Capítulo III

### La denuncia

—Te hago otro café para que no te duermas.

Habían pasado cuatro horas y el secretario volvió a mirarme. Era el tercero que me tomaba en esa pequeña habitación de no más de dos metros de ancho por dos y medio de largo. Tomó una cápsula de colores y la colocó en una máquina que estaba en un costado de su desbordado escritorio. Atento a mi cansancio, me advirtió con delicadeza casi maternal:

—No te hagas problema, no te va a hacer mal, son descafeinados.

Había entrado en ese pequeño despacho a la una de la tarde de aquel 10 de abril. Cinco metros cuadrados, dos escritorios y centenares de expedientes ordenados en estanterías, desparramados en pilas por el piso, el pasillo, ¡en todos lados! Eso sí, una ventana que daba al puerto porteño le daba un aire fresco al espacio atiborrado.

No hay grandilocuencia en los actos que se presumen heroicos. Por el contrario, impera la pequeñez, la casualidad y, muchas veces, el miedo. Solo la perspectiva del tiempo los puede convertir en epopeyas o torpezas. Entre esas cuatro paredes estaba yo aquella tarde, sentado, mirando las pocas cosas que en un despacho judicial pueden llamar la atención. Dos abrochadoras viejas y un muñequito de Saul Goodman, el carismático abogado de *Breaking Bad*. Fue tan exitoso defendiendo criminales que poco después encabezó su propia serie: *Better Call Saul*.

Mientras el secretario tipiaba, algo parco pero dispuesto, de anteojos y cara de entender rápido el derecho, imaginé que aquellas abrochadoras habían sido un regalo de alguien que lo quiere, que piensa en él mientras pasea por una feria de objetos viejos. O quizá se los había comprado él mismo: coleccionaba esos pequeños aparatos. Preferí quedarme con que alguien había pensado en él. Finalmente necesitaba creer que era un hombre que despertaba buenos sentimientos.

Ya lo conocía. Hacía apenas un par de días, el viernes 6 de abril a la tarde, nos habíamos encontrado en el playón de una estación de servicio Shell. Ninguno de los dos éramos entonces caras demasiado vistas.

—Busquemos un lugar impersonal —propuso. Quedamos en El Libertador, por la zona de Núñez. Allí estaba parado, esperándome, ese día en el que la lluvia había convertido a Buenos Aires en un infierno de tránsito. Apenas nos juntamos un par de minutos. Me devolvió el juego de copias de los cuadernos que le había cedido con el objetivo de que se hiciera una idea cabal de las pruebas. Cruzamos dos palabras de cortesía y cada uno siguió por su lado. Nos volvíamos a ver ese mediodía del 10 de abril, en su despacho.

La mañana empezó de un modo casi banal, cotidiano. Muy lejos del dramatismo y los gestos ampulosos con los que proceden los protagonistas en las películas, sin la épica que supone iniciar una investigación contra el poder más rancio y corrupto de un país. Pero no importa demasiado; empecé a vivir uno de esos momentos que merecen ser contados.

Ese 10 de abril fue uno de esos días que los periodistas siempre imaginamos. Horas prestadas a una vida ajena o la posibilidad de vivir varias vidas desde que sale hasta que se pone el sol. La primera transcurría a la mañana, en un hotel de Puerto Madero, donde el presidente Mauricio Macri se iba a reunir con el jefe de Estado español, Mariano Rajoy.

Preferí irme en tren desde Belgrano. Presuroso, perfumado, con saco y camisa impecables, salí de casa. Llevaba, eso sí, la mochila negra con lo que necesitaba para pasar a la tarde por Tribunales. Fui, entonces, a tomar el tren. No había recorrido muchos metros cuando me di cuenta de que no llevaba mi tarjeta de viaje. Regresé, busqué una que creía que tenía en un cajón. De paso, tomé una libreta Moleskine roja para iniciar el camino que comenzaría al mediodía.

Sol de otoño y todo resuelto. Me acordé de una frase del periodista Pablo Perantuono en una entrevista que le hizo en 2012 a Guillermo Coppola, el representante de Diego Maradona más famoso de todos. Guillote, como todos lo llamaban en ese gimnasio donde transcurrió la escena, “tiroteaba” sin parar a cuanta mujer pasaba delante de él. Cada una era, según la mirada del hombre de los eternos rulos canosos, más linda que la anterior. “Es John Wayne con rayo láser”, lo describió Perantuono. Así me sentía yo aquella mañana.

Caminé hasta la estación y llegué con tiempo a la frontera que establecen los molinetes. Era cuestión de apoyar la tarjeta, entrar en el andén, esperar algunos minutos la llegada del tren y bajar en Retiro. En ese momento, mientras todos seguían su camino habilitados por la luz verde que permitía el traslado, me topé con el primer rojo del día.

“Error!!! tarjeta sin saldo”, me escupió el display.

No había ninguna razón para alterarse. Boletería, pesos, saldo suficiente y luego sí, tarjeta, andén, minutos, tren, Retiro.

—¡Flaco! ¿Me podés decir dónde la puedo cargar? —El pibe, sabedor de que me daría una cruel noticia, bajó el tono.

—No hay boletería en esta estación. Te tenés que ir a la estación de servicio de acá seis cuadras o a un supermercado que queda para allá —señaló un destino que me resultaba imposible.

Empecé a pensar qué hacer. Salto el molinete y listo, sopesé. Sin embargo, preferí pedirle a alguien que me cediera la tarjeta para ese tramo y devolverle en efectivo el costo del viaje. Pasaron tres, argumentaron que no tenían saldo. La cuarta, una mujer, aceptó el trato. Más bien, quizá se apiadó. Puso su tarjeta y entré por fin en el andén. Le di el dinero por el boleto más un extra como agradecimiento, pero no quería aceptarlo. Por fin tomó los pocos pesos y me dijo:

—Igualmente, cuando llegues a Retiro, te van a parar y cobrar una multa. Tenés que pasar la tarjeta al salir.

En Retiro vería cómo resolver el nuevo inconveniente. Ahora estaba en el andén esperando el tren, confiado, aunque ansioso. Sabía que ese día era distinto, que empezaba una secuencia de traiciones, destrozos, espías, dinero y miseria en la que iba a terminar enredado. Un camino en el que me había involucrado el 8 de enero cuando conocí el libreto y que, con cierta inocencia de periodista curioso, miraba sin alma, como si pasara las hojas de un álbum de fotos de una familia que no era la mía.

De a poco me interné en aquella trama que no escribí. Iba rumbo a convertirme en un protagonista más, con mis miserias, mis debilidades y, sobre todo, mis temores.

El tren me dejó en el centro porteño y de ahí me tomé un colectivo que me acercó a Puerto Madero. Me aferraba a mi mochila donde guardaba mi trabajo de este tiempo; iba al hotel donde estaría gran parte de los empresarios que minutos más tarde quedarían comprometidos con mi denuncia en Tribunales. Caminaba hacia un mundo habitado por gente que pocas veces va por la Justicia.

Esa mañana, Macri y Rajoy eran un romance. Así lo escribí en el despacho

periodístico de ese día antes de cerrar mi computadora y caminar unas cuadras por Puerto Madero hacia los tribunales federales de Comodoro Py:

*Dicen que solo el tiempo es capaz de cicatrizar las heridas. Y si aquella estatización de la petrolera YPF, que estaba en manos de Repsol, fue un profundo corte en la relación bilateral entre la Argentina y España, pues parece haberse superado totalmente. Seis años pasaron desde entonces y, por lo que se escuchó, ya nadie guarda rencores. Fue una romería de elogios mutuos. Y si esto se tratara efectivamente del reencuentro de dos viejos amantes, como ilustró el presidente Mauricio Macri, fue todo “rosa rococó rosado”. Casi empalagoso.*

Desde aquella mañana en el bar frente a los Bosques de Palermo, había tenido varias reuniones con el Fiscal. En una de ellas, durante la cual avanzamos en la eventual denuncia, le había dicho que la decisión la iba a tomar yo, pero que necesariamente iba a poner al tanto a las autoridades del diario con las que hablaba este tema.

Para ese entonces, dos personas de *La Nación* estaban enteradas de mi trabajo. A la primera, le había avisado el mismo día en que fui a buscar los cuadernos. Aquel 8 de enero, la puerta de la oficina de José del Río, secretario general de Redacción, estaba abierta. Habitualmente lo está: es una de las pocas en una redacción de plantas libres y escritorios integrados. Hacía tiempo que entraba habitualmente, con varias cuestiones irresueltas que nos tenían inquietos a ambos.

Ese no iba a ser un lunes más en *La Nación*, lugar donde trabajo desde hace catorce años. En la Redacción pasan cosas todo el tiempo, pero en ese momento algo distinto a todo iba a ocurrir.

José siempre está sentado en diagonal a la puerta, mirando sus dos monitores: uno tradicional, el otro puesto en vertical para poder revisar de un vistazo la web. Su oficina está llena de papeles, revistas de todo el mundo, libros, apuntes, agendas y decenas de pequeños regalos empresarios que acumula sin orden aparente en su escritorio.

—¿Tenés un minuto? —le pregunté asomado desde el marco de la puerta.

Asintió con un gesto. Pasé. Cerré la puerta y lo miré. Pensó que nuevamente nos íbamos a centrar en los varios temas que no podíamos terminar de resolver. Pero esta vez no fue así. Corrí algunos pertrechos para hacer un lugar libre en la mesa y allí apoyé una bolsa negra.

—¿Qué es eso?

—Mirá.

José abrió la bolsa con desconfianza, con la actitud del que espera que le cuenten pronto de qué va el enigma o dónde está la broma. Sacó un anotador de tapa roja, seis cuadernos espiralados y uno azul de tapa dura. Yo ya sabía cuáles eran los más ilustrativos. Separé uno y se lo di. Leyó unos segundos en silencio y levantó la vista.

—¿Qué es esto? —preguntó con sorpresa.

—Son los cuadernos que escribió durante diez años el chofer de Baratta. Hay direcciones, nombres, montos de guita. Están relatados los recorridos que hacían para recolectar plata de las empresas. La mayoría de ellas energéticas y de obra pública. Esto es todo o nada. Estamos parados a mitad de camino de tener un gran documental o de no tener ni para un recuadro de quinientos caracteres. Dependerá de lo que hagamos.

Durante un par de minutos le expliqué cómo era el esquema de recaudación y quiénes aparecían nombrados en los materiales que acababa de sacar él mismo del envoltorio de plástico negro. Le conté los nombres de los exfuncionarios que eran parte de aquella estructura de recolección de bolsos y enumeré a varios de los empresarios que había leído en la primera aproximación. Los nombres de los implicados no podían dejar de conmovernos. Buscamos algunas descripciones domésticas, como cuando el chofer llevaba a la madre de Julio De Vido o cuando compraban helado en una de las heladerías preferidas del ministro. Gran parte de los movimientos de ese entorno estaban desmenuzados como un diario íntimo en esos documentos. La escena se cargó de asombro y adrenalina, como nos sucede a los periodistas al toparnos con una noticia que presentimos relevante.

—¿De dónde sacaste esto?

—Quedate tranquilo, me los dio una fuente. Bah, no te quedes tranquilo... va a ser largo esto —contesté y sonreí.

—¿Buena fuente?

—Sí, pero ¡tranquilo! No voy a publicar nada por ahora. Esto requiere mucho pero mucho laburo antes de que podamos dar una coma.

Le expliqué cómo habían llegado esos cuadernos, escritos de puño y letra por un chofer de uno de los funcionarios más importantes de la Argentina

kirchnerista. Ambos sabíamos que teníamos entre manos documentos únicos, pero no podíamos imaginar dónde nos llevaría aquella bolsa oscura que tenía estampada la marca *Il Rocco*, una sastrería de la localidad bonaerense de San Justo.

—¿Cómo vas a seguir?

—Nos vamos a meter en un quilombo, pero con lo que tenemos, no nos queda otra. Lo primero es procesar esto como para tener una base de datos y empezar a chequear todo.

—¿Qué necesitás?

—Un par de manos para trabajar tranquilos.

En pocos minutos armamos una pequeña hoja de ruta de trabajo. La Redacción estaba raleada por las vacaciones de gran parte del plantel. Decidimos armar un equipo con dos periodistas del máster que *La Nación* dicta con la Universidad Di Tella, del que soy profesor.

Candela Ini, una de las que se integró el grupo, es difícil de encuadrar. Piensa como una *millennial*: interactiva, atenta, pesca todo lo que le pasa cerca. Pero a su vez tiene la paciencia y la vocación de una periodista de otra época. Apegada a la palabra escrita, a la precisión, a los temas duros de los que tratará siempre de desenterrar la parte oscura de la realidad más allá de lo que le cuenten. Le gusta la política y, dentro de ese mundo de palabras y declaraciones, siempre irá por lo que no se ve, por lo más difícil de desentrañar. Está en su ADN, jamás podrá apartarse de eso. Lo siente, lo necesita para sentirse viva con su profesión. Lleva el periodismo en el alma.

Santiago Nasra es, de los tres, el profesional más desenfadado. Tiene la necesidad de estar frente a una pantalla. Se le atreve a cualquier búsqueda o al más complicado chequeo de información; todo es posible cuando se sienta ante una computadora. Sería el encargado de darle forma a la base de datos, de compilar la información que íbamos a acopiar en las próximas semanas de trabajo y de encaminar esa parte tan compleja y engorrosa de la investigación.

La charla con José prosiguió en relación con algunas cuestiones de procesos. Empezaban las vacaciones de ambos, nos cruzábamos esos días y resolvimos que yo iba a avanzar con la investigación sin publicar nada hasta estar seguros de lo que teníamos. No más diálogos por teléfono, al menos sobre este tema. Solo personalmente y sin comentarlo a nadie. Así sellamos el pacto de absoluta reserva

y el acuerdo de trabajo. Cada uno a lo suyo, con un secreto que nos unía y el compromiso de compartirlo, además, con Fernán Saguier, el subdirector del diario.

El 17 de enero le conté a Fernán. Nos reunimos los dos solos en la que llamamos la “Sala de tapa”. Una mesa central donde cada mañana todos los editores y secretarios revisan el temario de la jornada y ponen en marcha la dinámica periodística de la jornada. Por la tarde, a las tres, la sala vuelve a recibirlos para definir la tapa de la edición impresa del día siguiente, chequear la marcha de cada cobertura relevante y revisar los contenidos digitales que se publicarán por esas horas.

Estábamos nosotros dos solos. Mantuvimos las puertas cerradas para que nadie pudiera escucharnos, pero era posible vernos charlar a través de las paredes vidriadas. Repetí la misma cronología y compartí con él el mismo detalle que le había relatado hacía pocos días a José del Río. Un par de monitores que marcan a cada instante qué nota es demandada por los lectores en tiempo real le daban algo de color a un recinto prácticamente blanco. Fernán me miró.

—¿Cómo estás trabajando?

Le conté y le insistí en que no había apuro en publicar nada.

—Lo tenemos solamente nosotros, Fernán. Y hasta que no estemos seguros de que no vamos a quedar expuestos, no voy a publicar nada.

—Manteneme informado. Y lo que necesites, me avisás.

En la estructura en la que trabajo, esas pocas frases sirven para seguir con fuerza. Desde hace años camino mi ruta periodística sostenida por un andamiaje de confianza que despeja las dudas a cada paso. Fernán usa solo algunas palabras para expresar esos guiños. Pero siempre es contundente, y entonces lo había sido conmigo.

Una parte del proceso estaba terminada. Las dos personas que yo consideraba que tenían que estar al tanto de mi investigación ya lo sabían y me habían dado su apoyo para continuar. Lo que seguía era nada más que hacer periodismo.

La tarde de marzo en la que negociaba con el Fiscal denunciar o no la estructura de recolección de dinero ilegal más impresionante de la Argentina moderna, sentí que debía tener nuevamente una conversación con ambos. A José

ya le había contado algunos avances; a Fernán, en charlas de pasillo, algo menos. Siempre que me veía me lo recordaba.

—¿Cómo va ese tema?

—Avanza, Fernán, avanza. Lento, pero avanza.

—Me alegro. Manteneme al tanto.

No se necesita mucho más en relaciones basadas en años de respeto y confianza. Pero las cosas iban a cambiar en pocos días. Si la decisión era avanzar con el Fiscal, esa cofradía de pocos en la que manteníamos el secreto se iba a perforar.

Desde aquellas conversaciones reservadas, la investigación había cobrado vida. Avanzábamos, generalmente, por la noche. Cada uno de los tres mantenía sus tareas en la Redacción. Luego nos sumergíamos en la otra vida de la verdad, solos. Nos acompañábamos con un poco de música suave, algún buen malbec y café para llegar concentrados a la medianoche. Pasamos varias madrugadas sentados alrededor de la mesa cuadrada que domina el living de mi casa y logramos construir una base de datos precisa con los relatos que estaban anotados de puño y letra por aquel chofer. Fueron semanas arduas, de convivencia cotidiana con aquellos cuadernos.

El verano fue quedando atrás y ya transcurrían los primeros fríos de abril cuando —luego de varias reuniones con el Fiscal— me dispuse a informarles a los responsables de la Redacción por dónde iba aquel trabajo al que me habían alentado.

La nueva reunión fue el jueves 5 de abril, apenas pasadas las dos de la tarde, otra vez en la “Sala de tapa”. Cerramos las puertas y quedamos aislados y expuestos en ese lugar vidriado. Describí el camino que habíamos desandado hasta entonces.

—Estoy seguro de que cada anotación volcada ahí, en esos cuadernos, es verdad. Hemos chequeado todo lo que pudimos. Direcciones, nombres, dominios de autos. Comprobamos decenas de empresas, miramos los directorios y, obviamente, hablé con varios de los implicados.

—¿A qué conclusión llegaste? —preguntó José.



—Creo que estamos frente a la descripción más precisa de la corrupción más descarada y tremenda. Está todo. Si tenemos eso, debemos ser ambiciosos. ¿Te acordás que en enero te dije que estábamos frente a algo que podía ser todo o nada?

—Me acuerdo.

—Bueno, ahora te digo que creo que debemos ir por todo.

—¿Qué significa todo?

—Significa que, obviamente, siempre tenemos la posibilidad de dar una nota importante, enorme. O varias, decenas, si queremos. Nadie tiene lo que tenemos nosotros. Pero vamos a quedar expuestos porque le vamos a poner precio al silencio del chofer que lo escribió. Estoy seguro de que no es una buena opción. Vamos a perder, yo por escribir todo esto y el diario por publicarlo.

—Entonces, ¿qué proponés?

—Le di vueltas por todos lados y me parece que lo mejor es judicializarlo. Es arriesgado, volvemos al todo o nada. Nos podemos quedar sin nada nuevamente, pero me parece que es la alternativa. Yo estoy convencido de que es necesario animarse a correr el mayor de los riesgos por esta investigación.

Les comenté cuál era el plan. José del Río lo contaba así en una nota publicada en *La Nación* en la que describió cómo se habían vivido aquellas horas.

*Una opción era volcar la información y las conclusiones en una nota importante. La otra, mucho más ambiciosa, era desenmarañar en la Justicia el engranaje de corrupción. La segunda fue su recomendación. Los riesgos eran claros: perder una primicia histórica en la que se venía trabajando durante meses. Al momento de poner en la balanza no dudamos ni un segundo: privilegiar la institucionalidad, la transformación republicana y los valores fundamentales de la democracia valía mucho más que un anticipo. Sobre todo en un país donde muchas veces la famosa grieta lleva a justificar lo injustificable y en el que el rol de la Justicia era fundamental para verificar la veracidad de centenares de documentos como los que tenía este caso.*

—Dale para adelante, Doc —me dijo. Usó esta vez el seudónimo con el que a veces me nombra.

A principios de abril, los encuentros con el Fiscal y con emisarios de la

Justicia eran constantes. Ya no solo nos veíamos en la fiscalía, sino también en un lugar que jamás podré revelar y que tomábamos como referencia.

En una de las reuniones, le dejé el juego de copias para que revise los detalles de los cuadernos. Fue un noche, muy avanzada ya, casi de madrugada. Quedamos en que me las devolvería su secretario al día siguiente, en una estación de servicio del barrio de Núñez, aquel viernes lluvioso, de tráfico infernal.

Pasó en calma el fin de semana. Los acontecimientos tomarían una velocidad vertiginosa. Me lo anunció el lunes 9 de abril, con un mensaje que recibí por la tarde:

17.44

Cómo estás

18.24

Bién, bárbaro. Mañana?

18.34

Si. A eso de las 11

18.34

Ok. Llegaré más cerca de las 12

18.34

Alguna novedad?

Está bien a las 12

18.35

No. Todo bien. Me tomé el fin de semana para despejar un poco.

Desde mañana será otra etapa

18.35

Claro

Aquel martes 10 de abril en el que asistí primero a la cobertura del encuentro de Macri y Rajoy, no podía dejar de pensar y recordar los nombres, las empresas y las direcciones que había leído durante meses en los cuadernos. Justo esa parte de la ciudad que yo recorría había sido la escenografía de gran cantidad de viajes de recolección de bolsos con millones. Esa zona de Buenos Aires, desde Retiro hasta la Casa Rosada por el Bajo porteño, la de los edificios de cristal, era la carcasa blanca de la plata negra. Luego del acto gubernamental, me dirigí a los tribunales federales.

8.10

Buen día. Voy a aportar toda la base de datos digital

8.31

Buen día. Ok

12.15

Por dónde venís?

12.15

En media estoy

13.39

Abajo

13.39

Ok. Subí a la fiscalía.

Me senté a las 13.50 a declarar. Fueron varias horas en las que conté con detalle cada uno de los movimientos que estaban relatados en aquellos cuadernos. Con toda precisión les dije cómo me llegaron y cuál era mi relación con mi fuente, con ese hombre que en enero me había entregado la caja. Describí quién era cada uno de los implicados y expliqué cuál era el funcionamiento del entorno de Julio De Vido, que conocía bien por mi trabajo periodístico de años. Pasé la tarde en

aquel despacho pequeño de Comodoro Py.

A las seis y media leí la declaración, que acumulaba varias páginas, y firmé. Había dejado afuera solo un detalle que no quise incluir en aquel inicio de lo que sería la causa sobre corrupción más importante de la historia: el nombre de quien me entregó los cuadernos.

Le escribí al Fiscal.

18.05

Fin. O principio en realidad

18.18

Principio!!! Gracias

Salí del edificio de Comodoro Py. Caminé unas cuadras y llegué a la estación de trenes de Retiro. Me senté a la mesa de uno de los bares de la terminal y pedí algo para comer. Había pasado de largo el almuerzo y la merienda. Me venían a la mente todas las preguntas juntas, todas las dudas con las que conviví durante esos meses. Y seguía sin respuestas para muchas.

Acababa de poner en marcha un engranaje que no sabía si iba a rodar o no. Pero ya poco podía hacer para detenerlo.

## Capítulo IV

### La investigación

Cuaderno Rivadavia, tapa dura. Recorre del 6 de mayo al 31 de octubre de 2013.

*Hoy, 6 de mayo de 2013 vuelvo a escribir después de la muerte de Néstor Kirchner que dejé de hacerlo. Pensé que después del fallecimiento no se haría más el Valijero. Pero sí, disminuyó la frecuencia, con la diferencia que se recolecta dinero para el ministro De Vido y el propio Baratta. No quise a anotar más por temor que me descubran y quede sin trabajo. Pero decidí porque en una reunión que tuvo el ministro De Vido, Baratta y la Sr. Presidenta Cristina F. Kirchner en la cual los instruyó para que sigan recaudando de las empresas para las próximas campañas electorales.*

*14 de mayo de 2013*

*Llevé a Baratta y a Nelson Lazarte a San José 151, 7mo., retiraron un bolso con dinero y los trasladé al ministerio de Planificación.*

*26 de junio de 2013*

*Llevé a Baratta y a Nelson Lazarte al obrador de Bouchard y Tucumán, subió un señor y les entregó y les entregó un bolso con dinero. Regresamos al ministerio.*

Miles de historias se abrieron frente a mí a partir del 8 de enero de 2018 cuando, durante varias horas por día, empecé a recorrer cada una de las páginas de los cuadernos que Bacigalupo me había entregado unas horas antes.

Decenas de empresarios, exfuncionarios, lobistas y conocidos, que había tratado durante mis años de trabajo en la cobertura diaria para *La Nación*, se cruzaban en la trama oscura de la corrupción. Leía cada uno de los registros y trataba de imaginarme los ojos del remisero, testigo de cada uno de los movimientos de ese grupo, ni más ni menos que del poder.

Candela Ini y Santiago Nasra se sumaron con una sola premisa: estructurar la información para luego sí empezar a desandar el camino del relato periodístico. Nunca nos pusimos plazos para contar la historia. No trabajamos con ninguna fecha de publicación ni tampoco nos la pidieron en la Redacción. El objetivo era uno solo: tener un trabajo sólido.

Hubo una metodología. Los cuadernos nunca saldrían de casa. Íbamos a hacer todo el trabajo los tres juntos y, además de un back up de nuestro trabajo, cada uno tendría su copia en el disco rígido. Solo una vez, por la imposibilidad de coordinar horarios comunes, le di una copia de medio cuaderno a cada uno.

No debíamos darle aviso a nadie: a nuestros colegas, a nuestros amigos y, menos aún, a ninguno de los actores de aquel teatro negro. El cotejo y rastreo de la información debería hacerse siempre a sabiendas de que los investigados tenían que desconocer la existencia de semejante prueba.

La hoja de ruta fue simple. Partiendo de los manuscritos, empezábamos a armar una base de datos ordenada para agilizar las búsquedas, separar toda la información chequeable y empezar a descubrir, uno a uno, los pliegues del relato de Centeno.

Horas de madrugada ordenando los registros, manteniendo largos debates y llevándonos sorpresas por los nombres que aparecían y, también, por la impunidad con la que aquellos funcionarios y empresarios se habían movido, y lo seguían haciendo hasta ahora. Noches de tipeo, acopio de información y café, en las que se nos hicieron familiares muchas de las personas que hoy están detenidas, varias de las cuales eran desconocidas para nosotros.

Listamos nombres, direcciones, cargos, empresas, montos y dominios de autos. Chequeamos cada uno de ellos y llegamos a varias conclusiones.

Los cuadernos suman 902 páginas cargadas de referencias y detalles. Las recorrimos todas. Solamente el primero contiene 810 citas, cada una con recorrido, fecha, hora, personajes y algunos detalles valiosos. Decidimos empezar a procesar desde el cuaderno que se inicia el 28 de enero de 2008, con un detalle aséptico. A las siete y media llevó a Dalina Bielle, la esposa de Baratta, al Ministerio de Planificación y recorrió 12 kilómetros. A las 8.50, Centeno llevó un traje a la tintorería y el trayecto fue similar, 12 kilómetros, según las anotaciones.

En esa primera etapa, la planilla de cálculos que completamos con Candela y Santiago alcanzó las 1.243 filas. En cada una anotamos la fecha, el horario, el origen y el destino, los kilómetros recorridos y los nombres de cada una de las personas mencionadas. Además, en otra columna iban las direcciones, el monto y, finalmente, la transcripción textual de ese movimiento. Si había detalle, también listamos el dominio de los autos, las empresas que participaban y hasta la referencia de algún vuelo.

Así logramos organizar los primeros años, los que más transcripción necesitaban. Después, fuimos documentando el resto, los cuadernos más cercanos en el tiempo, que contenían menos cantidad de entradas pero descripciones más contundentes del recorrido millonario.

En total, teníamos alrededor de 1.500 filas en la planilla de cálculo, con los 112 nombres de personas que, con diferentes grados de participación, aparecían en la trama, y las 136 direcciones que funcionarios, exfuncionarios o miembros de sus entornos transitaban estos años. De ese detalle surgían directamente mencionadas, a través de sus domicilios o de sus nombres, 43 compañías, entre públicas y privadas. También confeccionamos un listado de vehículos: logramos saber quién eran 48 de ellos. Con el tiempo pudimos saber quién lo tenía en el momento del viaje millonario y hasta los nombres de los conductores autorizados en las cédulas azules.

De a poco, aquellos cuadernos se transformaron en una enorme herramienta. Las búsquedas fueron mucho más rápidas, así como la posibilidad de chequear y constatar coincidencias.

Todo en silencio. Así conformamos una potente base de datos con el detalle de cada movimiento registrado durante diez años de anotaciones, que aspiramos a compartir online en algún momento.

Así relaté esas noches de sensaciones y arritmia, en medio de la temperatura caliente del desenlace, en una de las primeras notas que escribí esos días. El 1° de agosto de 2018, a las 7.15, *La Nación* publicó:

*Las anotaciones en los cuadernos nos llevaron a las cocheras donde se hacían los intercambios de bolsos y pudimos comprobar cuánto pesan los dólares, “el fresco”. También ingresamos en habitaciones de los hoteles señalados por el chofer de Baratta, subimos a lujosas torres de poderosos en Puerto Madero y caminamos, de la mano de la corrupción, por los balcones ubicados en los pisos treinta y pico desde donde todo se ve pequeño. Encontramos conocidos, paseamos por fachadas sospechosas, fotografiamos domicilios y, finalmente, empezamos a confrontar la información con varios de los personajes mencionados en los cuadernos.*

Dedicamos las primeras noches a un recorrido plano de los cuadernos. Yo había empezado, incluso antes de convocar a Candela y a Santiago, con el más viejo, el que contiene los datos del inicio de la relación. Recuerdo que me detuve en la primera hoja con una sola pregunta: ¿cómo chequear semejante cantidad de

datos?

De este modo empieza la bitácora de la corrupción, el relato más descarnado de los negocios negros en primera persona.

*01 de febrero de 2005*

*4.30 (Martes) Mi domicilio al Ministerio. 249 kilómetros. La Plata, viaje especial. 41.816 kilómetros - 42.065.*

*14.10 Ministerio al domicilio. Licenciado Baratta. 065 Kms - 074.*

*18.00 Ministerio al acto de la estación de servicio con presidente Chávez. 084 - 099.*

Me detuve, en este acto que se hizo cuando la Argentina de Néstor Kirchner y la Venezuela de Hugo Chávez brindaban por la integración y los negocios conjuntos. Me acordaba de aquel acto en Avenida del Libertador, donde ahora hay un edificio, que fue el puntapié inicial de la fallida alianza entre la novata petrolera estatal argentina Energía Argentina Sociedad Anónima (Enarsa) y la poderosa Petróleos de Venezuela (PDVSA). En la primera hoja, tercer registro, encontré el primer dato posible de ser cotejado.

Busqué la edición de *La Nación* del día 2 de febrero de 2005. Había cubierto aquella jornada mi amigo y compañero de trabajo Francisco Olivera, Pancho para mí. Esto escribió.

*Con probada retórica, Hugo Chávez, presidente de Venezuela, miró a sus seguidores desde una tarima improvisada que compartía con el ministro de Planificación Federal, Julio De Vido: "Esto está apenas naciendo. Este año abriremos 600 estaciones similares en todo el país", dijo.*

*Fue ayer por la tarde, ante una numerosa concurrencia de piqueteros y activistas que se congregó en la Avenida del Libertador al 8400, durante la inauguración de la primera estación de servicio Enarsa-PDVSA, una iniciativa conjunta entre la estatal argentina y la poderosa petrolera venezolana. La segunda estación, en la Panamericana y la ruta 202, empezaría esta semana.*

*La apuesta de Chávez es ambiciosa y, a la vez, más política que económica. Hablar de 600 estaciones de servicio en un país que no tiene más de 5000 en total resultó ayer llamativo para todos los empresarios petroleros. Es casi la misma cantidad que tiene la norteamericana Esso, dos tercios de lo que exhibe Shell y la mitad de las bocas de expendio*



*de Repsol-YPF.*

Baratta había ido a ese lugar, según Centeno, cerca de las seis. Seguí leyendo. Y encontré esto en los párrafos finales:

*Al final, Chávez alimentó un rumor que circula desde hace tiempo: el interés de PDVSA en los activos que Shell tiene aquí. “Estoy seguro de que se puede tener una refinería”, lanzó, sin nombres propios, aunque por la mañana había admitido un interés concreto.*

*Fueron párrafos suficientes para encender a un público que coreó: “¡Patria, sí; colonia, no!”. La misma gente que había llegado en ómnibus de distintos puntos de la ciudad, con carteles de Unidad Antiimperialista, Movimiento Político 2 de Diciembre, Barrios de Pie y Juventud Desocupada de Ensenada, entre otros. Ellos tenían mejor información que los empresarios invitados, porque llegaron entre las 17 y las 18, la hora real del inicio del acto.*

*En cambio, Santiago Soldati (Comercial del Plata), Oscar Vicente (Petrobras), el brasileño Alberto Guimaraes (Petrobras), Jorge Valdez Rojas (TGN) y Walter Schmale (IAPG), entre otros, esperaban desde las 15, hora en que se había anunciado la inauguración.*

El primer dato, a poco de empezar, estaba chequeado. Los hechos habían ocurrido como los relató entonces Centeno. Baratta llegó a las seis de la tarde, por lo tanto, la hora era correcta.

Tomé ahora los kilómetros que había anotado Centeno en ese, el primer anotador. Según las cifras, había salido del Ministerio de Planificación Federal, ubicado en Paseo Colón y Adolfo Alsina, con 42.084 kilómetros y había terminado el viaje con 42.099, es decir, recorrió 15 kilómetros. Busqué en Google Maps la distancia entre los dos puntos. Me quedé con los dos caminos eventuales más directos. Centeno podría haber tomado directamente por Avenida del Libertador, lo separaban de la estación de servicio 12,3 kilómetros. Si en cambio su derrotero fue por la zona de Retiro, entonces un punto de otro estaba separado por 13,8 kilómetros.

Establecí que en 2005 no estaba construida una subida a la autopista que generaba una vía más directa. Días más tarde, recorrí en mi auto el trayecto como lo habría hecho el chofer sin el nuevo acceso. La distancia era de aproximadamente de 15 kilómetros. También calculé con el cuentakilómetros de un auto: además de

no tener la exactitud de un mapa satelital, carece de decimales. Por lo tanto, el error podía ser de 999 metros.

No me quedaron dudas de que ese registro era verdadero, de que el viaje, escrito en el primero de los cuadernos, en el más viejo, en el más ajado y en el único que era vertical, había sucedido tal como se lo podía leer.

Continué con ese cuaderno. Me encontré con la descripción de una etapa, en pleno inicio del gobierno kirchnerista, y con un chofer que aún no pertenecía al núcleo duro de poder del despacho de De Vido. Dedicaba mucho tiempo a los viajes que hacía para el ministro y, si bien lo trasladaba a Baratta esporádicamente, no era su auto exclusivo. Iba y venía en trámites menores; aún no participaba de la maquinaria de recaudación de sobornos con los empresarios.

Con este detalle, Oscar Centeno registró durante casi diez años los recorridos por la ciudad de Buenos Aires. Conducía a funcionarios a sus reuniones de agenda y los llevaba a decenas de subsuelos a recolectar dinero, dólares, en su mayoría.

Traslada, generalmente en su Toyota Corolla, a un equipo que respondía al entonces ministro Julio De Vido y al matrimonio de Néstor y Cristina Kirchner. Todos iban y venían a buscar las coimas que pagaban empresarios de obra pública y concesiones, en su mayoría relacionados con la energía.

Sus apuntes en cuadernos escolares, su trazo obsesivo y riguroso, fueron la pieza clave para entender cómo funcionó el circuito de corrupción más impresionante que, según la resolución que firmó el juez Claudio Bonadio, armó Néstor Kirchner junto a Julio De Vido y continuó, después de su muerte, su esposa Cristina.

Aquellas anotaciones inicialmente registraban kilómetros y viajes, emparentadas con lo que podría haber producido un remisero que tiene que cobrar el recorrido a su patrón.

Pero el tiempo pasó y las conversaciones se relajaron. De a poco, los sentidos de Centeno se esforzaron por no dejar pasar ningún dato que le pudiera servir en el futuro. Así, quizá sin darse cuenta, empezó a construir una monumental prueba judicial.

La trama de recaudación contaba con seis personajes clave: el exsubsecretario de Coordinación y Gestión, Roberto Baratta; el exministro Julio De

Vido; el fallecido exsecretario privado de Néstor Kirchner, Daniel Muñoz; el exsecretario de Baratta, Nelson Lazarte; el ingeniero y exdirector de Energías Renovables, Ezequiel García, y un exasesor del Ministerio, Hernán Camilo Gómez.

Para 2008, los cuadernos ya registraban otros detalles.

*29 de mayo de 2008, 11.45 horas*

*Lo lleve al licenciado al Edificio de Techint a encontrarse con Héctor, le dio el bolso y lo llevé al lic. a su departamento, luego a las 14:00 lo lleve al subsuelo del Hotel Feirs Park de Esmeralda 1366 (Valenti) y lo lleve a su depto a las 16. Fuimos a dejar los bolsos a Uruguay 1306 a Daniel Muñoz y regresamos al ministerio.*

Con Candela y Santiago nos dedicamos a chequear centenares de anotaciones similares. En esta, por ejemplo, buscamos la dirección de Techint y recolectamos los nombres de los directores y ejecutivos más importantes en ese entonces. Luego, nos detuvimos en el Hotel Feir's Park, uno de los lugares donde se pagaban millones con bastante frecuencia.

Me dediqué a entender qué pasaba allí. Había varias anotaciones que lo mencionaban, tanto al hotel como a Rubén.

*8 de abril de 2008*

*Lo llevé al lic al Hotel Firtz Park con Rubén, luego lo lleve a su depto y regresamos.*

*11 de julio de 2008, 13.30*

*Lo lleve al lic al Hotel Feir's Park, retiramos el paquete y lo llevamos al Domicilio Lic y regresamos.*

*2 de septiembre de 2008, 14.30*

*Lo llevé al licenciado a buscar departamentos para alquilar, luego fuimos al Hotel Feir's Park (Esmeralda 1366) a verlo a Valenti (Piso 4 Hab 20) y regresamos al ministerio.*

*28 de octubre de 2008, 13.30*

*Lo llevé al lic a Edenor (Azopardo 1025) a almorzar con el presidente de la empresa, luego lo llevé al licenciado al Hotel Feir's Park (Esmeralda 1366) ingresamos al 2do subsuelo, el subió al 5 Piso a verlo al Sr. Valenti, quién le dio una caja de vino y el dinero*

*en bolso como todos los meses, luego lo llevé al licenciado a su bunker de Scalabrini Ortiz 3358, dejó sus dividendos y volvimos al ministerio.*

*11 de diciembre de 2008, 14,30*

*Lo llevé al licenciado al Hotel Feir's Park (Esmeralda 1366) al segundo subsuelo, el subió al Piso 5 y se encontró con Valenti y le dio el paquete, luego lo llevé a su departamento y regresamos.*

*4 de marzo de 2009, 13*

*Lo llevé al lic y Nelson a la Quinta de Olivos, luego lo dejamos a Nelson en la 9 de Julio y Santa Fé y lo llevé al lic al Hotel Feir's Park (Esmeralda 1366) ingresamos al segundo subsuelo y el lic fue a verlo a Rubén para que le entregara el paquete con dinero y además le dio una caja de vinos y regresamos al ministerio.*

*4 de junio de 2009, 14.30*

*Del ministerio lo llevé al licenciado al Hotel First Park de Esmeralda 1366, donde se reunió con Rubén Valenti en el 5 piso, de donde bajó con un bolso con dinero y lo llevé a su departamento y lo dejó al bolso luego lo traje al Ministerio.*

*20 de agosto de 2009, 13.50*

*Del ministerio lo llevé al licenciado al Hotel First Park de Esmeralda, entramos con el auto hasta el 2do subsuelo y un cadete del hotel lo acompañó en el ascensor hasta la habitación 406 a encontrarse con el ingeniero Rubén Valenti, cel: ... quien le dio al licenciado Baratta un paquete con dinero que lo puso en su bolso y también le dio una caja de vino Lagarde tinto, luego lo llevé al licenciado a su depto y a las 15:45 lo traje al ministerio.*

*23 de septiembre de 2009, 14.40*

*Del Ministerio los llevé al licenciado Baratta y a Hernán Gómez al Hotel First Park de Esmeralda, ingresamos con el auto al 2do subsuelo y el licenciado subió al encuentro con Rubén Valenti, luego bajaron con este señor al 2do subsuelo, se despidieron y el licenciado subió con un bolso con dinero US\$ 150.000 aproximadamente y una caja de vinos espumantes. A todo esto Hernán Gómez fue para ver el movimiento para una posterior entrega y luego lo llevé al licenciado y Hernán al ministerio y se bajaron con el dinero solamente.*

*7 de diciembre de 2009*

*Lo llevó a Baratta al 2° subsuelo del hotel First Park, esmeralda 1366, se reunió en el 4 piso con el ingeniero Rubén Valenti, luego bajaron juntos con un bolso con dinero aproximadamente 200.000 dólares.*

Hubo un registro más que me llamó la atención.

*22 de abril de 2010, 20.15*

*Lo estaba llevando a Baratta a su departamento y en el camino recibe una llamada de Tatú, secretario de Néstor Kirchner y le pasa la llamada y el licenciado Baratta le contaba a Néstor kirchner qué cantidad habían recaudado de dinero, le decía textualmente y en clave "de parte de Pescarmona 173 litros EE.UU, de transporte 650 litros EEUU y de atucha 165 Europa, más los 135.000 dólares de Valenti.*

Los registros de Oscar Centeno siguieron. El último fue el 11 de septiembre de 2010, en el subsuelo. Baratta bajó con Valenti. Traía un bolso con dinero, 700.000 dólares, según el relato de Centeno, además de una caja con seis botellas de vino, el infaltable souvenir cada vez que se paga un soborno. Hubo un encuentro más, también para recolectar dinero, el 7 de agosto de 2013, pero de este no hubo más detalles.

Me quedé con estas entregas en el hotel de la calle Esmeralda, justo en la pequeña barranca que termina en Libertador. Santiago buscó todos los antecedentes comerciales del grupo Pescarmona. De ellos surgió que Rubén Valenti era el gerente general de Industria Metalúrgica Pescarmona (IMPSA), el conglomerado de empresas comandado por Enrique Pescarmona.

Un día llamé al hotel y pedí que me pasara con el señor Valenti, de la habitación 406. "Le paso", me dijo la persona que me atendió.

Vi que los pagos eran relativamente periódicos, durante más de un año, alrededor de una vez cada dos meses. Entonces empecé a entender cuál era la relación de esa empresa con el hotel. Hablé con varias fuentes y pude establecer que cada vez que Valenti venía a Buenos Aires se alojaba en ese lugar de la calle Esmeralda.

El ejecutivo residía en Mendoza, sede de la casa central de la empresa. Por una persona de confianza de Pescarmona, les hice saber que tenía información que comprometía al ejecutivo más importante de la firma.

Varias veces intenté hablar con ellos para ver si reconocían aquellas entregas y cuál era la finalidad de esos encuentros en el hotel porteño. Pero el mandamás de la industria mendocina me mandó decir, en diferentes ocasiones y a través de su entorno cercano, que no tenía nada que pudiera comprometerlo: “Es imposible que prueben algo. No tiene nada. En ese lugar, apenas entregamos vinos en ese tiempo a esos funcionarios”.

Durante esos días de indagaciones, la empresa mendocina cambiaba de manos. A Pescarmona no le ha ido bien con los negocios en la América Latina del bloque progresista que formaron los principales mandatarios regionales. El hombre practicó el credo kirchnerista y, de la mano de su historia y de sus nuevos amigos en el poder, hizo sus negocios en Brasil y Venezuela. En ambos lugares tuvo problemas para cobrar. Pescarmona siempre esgrimió como excusa que ellos habían perdido dinero y terreno en la obra pública regional por no pagar coimas. Se ufana en público de que él no pagaba sobornos como sí lo hacía Odebrecht y que eso lo sacó del juego. Él no era corrupto, decía.

Lo cierto es que las deudas crecieron y, en acuerdo con sus acreedores, la empresa pasó de manos. Las acciones pasaron de uno a otro y, finalmente, perdió el control. Solo pudo poner uno de tres directores por el 35% de las tenencias que le quedaron; el Banco Nación, su principal acreedor, colocó el resto en acuerdo con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), otra de las entidades financieras con las que el mendocino no había podido cumplir.

En medio de mi intención de chequear la información, Pescarmona me mandaba decir que solo entregaba vino en aquellos subsuelos de la calle Esmeralda. A veces, reconocía, algún que otro espumante.

La sensación de impunidad tiene esas cosas: en medio de la causa que venía, desafió a todos y nombró director a Rubén Valenti en representación de su familia. El empresario, uno de los llamados “capitanes de la industria”, estaba en el exterior. Poco tiempo después, Valenti cayó preso. Pescarmona ni siquiera se atrevió a aterrizar en la Argentina: en su entorno cuentan que cambió el pasaje y arribó a Chile. Regresó inquieto, con temor de ser detenido, y se instaló en Mendoza, su pago chico. La causa avanzaba y Valenti seguía en el penal de Marcos Paz. Los número uno de las empresas peregrinaban a Tribunales para salvar a sus números dos.

Finalmente, Pescarmona decidió ir a Comodoro Py para confesar que también les había pagado coimas a los Kirchner, que ya no estaban en el poder.

En una estrategia conjunta, primero se sentó Valenti. El hombre que, según me decían entre risas socarronas, solo llevaba vino, detalló las presiones que recibieron del gobierno. Como muchos empresarios, ellos prefirieron ceder. Luego contó:

*Sí reconozco que mientras estuve en el hotel, hasta el 29 de octubre de 2010, efectué pagos por un monto aproximado de 1.800.000 dólares en distintas oportunidades a Baratta. Esos pagos fueron en distintos momentos, todos en dólares, que los entregaba en un sobre o en bolsas de supermercado o de tiendas comerciales. El dinero lo ponía en un sobre papel madera y eso lo ponía dentro de una bolsa, y lo entregaba en la habitación 410 en la mayoría de los casos. Que yo recuerde, Baratta entraba a la habitación siempre solo y también quiero agregar que le obsequiaba vinos de la bodega Lagarde del grupo empresario IMPSA, conducta que era una práctica de cortesía con clientes, asociados, bancos, consultores. El dinero que entregábamos lo obtenía de la caja fuerte que estaba en la oficina de Buenos Aires, en calle Madero 940. Era un disponible de la empresa, no sé si estaba contabilizado. Yo sabía que había un disponible para atender este problema en particular.*

Pero Valenti, cordial siempre con sus clientes, a quienes premiaba con vinos de la bodega, se explayó un poco más, como para que no queden dudas de lo implicado que estaba en el asunto.

*Baratta me llamaba antes al celular (...), me preguntaba si estaba la plata y combinábamos una reunión en el Hotel. Algunas fueron a la noche, otras a la tardecita, eran en distintos horarios. No recuerdo bien porque también tuve reuniones exclusivas de trabajo con Baratta en el hotel. No tengo claro cuántos pagos fueron. Fueron fraccionados, pienso que lo máximo fueron 200.000 dólares por cada oportunidad. Baratta recibía el dinero, nunca lo contó. Recuerdo que Baratta llegaba en auto, porque entraba al estacionamiento. Subía a donde yo estaba, quizá pude haber bajado alguna vez a despedirlo al estacionamiento. Recuerdo que una de las entregas, al comienzo, me refirió que el dinero era para Kirchner. Fue muy categórico en eso. También estaba implícito que los pagos eran en dólares.*

Le tocó, entonces, el turno a Pescarmona. Ese día, en Comodoro Py, cuando uno de los empresarios más verborágicos y poderosos de la Argentina miró a los ojos a los funcionarios judiciales, confesó que las entregas no solo eran de vino:

*Me llama De Vido diciendo que quería reunirse con nosotros. Vino a comer. Estaba el ingeniero Valenti, mi hijo Lucas y yo. Esto fue a comienzo de 2006. Los primeros 20 minutos todo salió muy bien. En un momento determinado el ministro dice: "Vos necesitás un socio". Le dije que no necesitábamos un socio. Lucas le dice: "Ministro, disculpe pero*

*creo que no necesitamos un socio, porque vamos a desarrollar esta idea que es nuestra, sabemos cómo hacerlo, para qué queremos otro socio". Y De Vido le pregunta: "¿En todo caso no tendrían problemas en ser socios del Estado?"*

*Entonces, según recuerda Pescarmona, su hijo Lucas le dijo: "Mire, ministro, si nosotros nos asociamos con usted vamos a ir presos". Cuando Lucas le dijo eso, el ministro le respondió: "Nene, nosotros no nos vamos a ir nunca de acá, vos no entendés nada, nene". De Vido se enojó y se fue a las puteadas. Le dijo a Lucas: "Pendejo de mierda". De Vido tenía, según Pescarmona, un ataque de bronca.*

*Al mes, aproximadamente, De Vido volvió a pedir una reunión. Esta vez no se quedó a comer. Directamente dijo: "Vengo con un mensaje de la corona, o te asociás o te asociás".*

Pescarmona continuó el relato. Contó que esos momentos de presión le habían recordado su secuestro, allá por 1985.

*En esa segunda comida le respondí que no, que no me iba a asociar con ellos, terminó igual que la otra vez, con puteadas y enojo del ministro, que se fue vociferando insultos como la vez anterior, esta vez contra mi hijo Luis, que no había hablado. Siempre él elegía al más débil para insultar. Siempre aparecía alguien de ellos pidiendo el 10 o el 15 por ciento de las obras. Me parecía totalmente increíble que nos pidieran esas sumas, más cuando el margen de ganancia era del orden del 5 por ciento.*

El empresario también se refirió a una vez que Centeno anotó que llevó a Baratta al departamento particular del empresario, en la calle Libertad. Allí, también hubo entrega de sobornos. Pescarmona así lo reconocía:

*El suceso mencionado en el cuaderno en el que figuraba mi domicilio de la calle Libertad también es real. Allí le entregué a Baratta 200.000 dólares.*

Dijo algo más que siempre me quedó dando vueltas:

*Estoy muy arrepentido de habérselos pagado, de tener que ceder a este chantaje.*

Siempre recordé esa frase y, creo, jamás la voy a creer. Pocos meses antes había golpeado la puerta de estos despachos para contarles lo que tenía. No hubo ningún atisbo de arrepentimiento. Pero los barrotes y las esposas tienen un efecto a la hora de reconocer los hechos que los periodistas jamás lograremos.

Otra vez, me detuve en un empresario a quién le respetaré su pedido de no mencionar su nombre. "Bastante tengo con la Justicia", me aclaró.



Nos encontramos en un bar porteño. Yo sabía que ese era un punto de reunión con todos aquellos exfuncionarios que lo regulaban, le daban las obras y le pedían favores. Era un lugar de negocios, conocido para ellos, ubicado cerca de Avenida del Libertador, una zona que fue protagonista de los principales recorridos millonarios.

No dijo nada cuando le propuse encontrarnos en ese bar. Él llegó primero y se sentó a una mesa cerca de la puerta. Estábamos en un lugar señorial, muy concurrido en los mediodías porteños. El empresario lucía impecable. Traje con algo de brillo en la tela, corbata perfectamente combinada con el pañuelo y un color en la piel de quien se toma vacaciones mucho más seguido que yo. El almuerzo empezó tranquilo, como tantos otros.

—¿Conocés este lugar, venís seguido? Yo no, qué hay de rico para comer — le pregunté como al pasar.

—He venido un par de veces, no demasiado — me contestó despreocupado.

Su consejo fueron las ensaladas. Los almuerzos de trabajos son así, frugales. La comida, las formas y muchas veces las conversaciones, todo es frugal.

La charla siguió con algunos asuntos relacionados con su empresa, una constructora de las más grandes, con un fuerte sesgo en lo energético y, claro está, la política del presidente Mauricio Macri. Repasó los principales temas que lo ocupan en su actividad. Todo muy cordialmente. Yo estaba ansioso, nada de eso me interesaba demasiado: quería ir directamente al tema. En un momento, apunté.

—Escuchame. Te voy a dar una chance más. Decime cuántas veces viniste acá.

—No demasiado —dijo extrañado, sin entender el motivo de aquella pregunta algo fuera de contexto.

—Te voy a ayudar con la memoria. No te das idea la cantidad de desmemoriados con los que me he encontrado en el último tiempo —le contesté.

Lo miré fijo. Su cara cambió; sus colores, también. Era un Photoshop en vivo, una transformación espontánea. La cara de jugador de póquer, de aplaudidor de actos oficiales, tiene un límite y ese mediodía lo encontró. Era banca en ese momento.

Conocía esos instantes. Muchas veces, diría a lo largo de muchos años, los periodistas nos enfrascamos en diálogos inconexos, poco interesantes, amorfos, en general sin sentido aparente. Centenas de veces he permanecido sin interés sentado en sillas lujosas, he comido en restaurantes carísimos, en mesas envidiables. Pero siempre me quedé, y lo seguiré haciendo. Es el animal quieto, la mirada del reptil. Aguda y profunda. Miles de horas invertidas para un momento, para la salida rápida y certera del reptil. Adrenalina pura.

Me sentía ganador en ese momento.

Lo miré y saqué el teléfono. Me había llevado anotados nombres, horarios, días. Todo lo que podía para lograr la estocada final. Sereno, con el tinte de dueño de la situación, le empecé a detallar cada uno de los encuentros.

— Viniste...

Me miró descreído. Yo estaba al frente, era mío. Volví a la mirada del reptil. Me detuve en sus gestos. Su cara se endureció. Era el momento sublime de todos aquellos años de esperar.

— ¿De dónde sacaste eso?

— No puedo ni quiero contarte —le respondí.

— Pero ¿qué tenés?

— No tenés suerte. No tengo intenciones de contarte nada. Esta vez lo único que estoy dispuesto a hacer es escuchar respuestas más que contestar preguntas.

Era un rechinar de espadas verbales. Ni él estaba convencido de que tenía que contar algo ni yo dispuesto a contar nada. No había manera de salir de ese pantano en el que me quedé miles de veces ante fuentes que me mentían en la cara.

— Pero decime de dónde sacaste estos datos —insistió.

— ¿Me vas a contar o no qué hacías esas veces en este lugar? Es más, creo que usaban aquella mesa.

— Eran reuniones normales.

— No te creo. Estos funcionarios no se movían a ningún lado si no era por

miles de dólares. ¿Pretendés que yo crea que todos eran corruptos menos vos?

—No te quiero convencer de nada. Solo te digo que eran reuniones normales.

—Te voy a dar un dato más: pagaste. Le entregaste muchos dólares a Baratta.

—Es imposible que se pueda probar algo así.

—Veo que no estás dispuesto a contarme nada, como hiciste siempre. Abandono. Me retiro.

La conversación siguió por otro lado, me corrí del ring. El hombre siguió animado. Después de todo, estaba acostumbrado a la doble vida del empresario exitoso con brillos de dinero y el corrupto que transitaba su oscuridad. Esa era su vida.

Pagó la ensalada y salimos del lugar poco tiempo después. Ninguno de los dos quería estar más.

—Si llegás a escribir algo, llamame.

—Quedate tranquilo que no voy a escribir nada. En todo caso, llamame vos cuando estés preso, dame ese gusto periodístico de hacerte la primera nota en la cárcel.

Me miró con una mezcla de impunidad y desprecio. Nos fuimos.

Nunca más hablé con él, eso sí: poco tiempo después yo estaba sentado en mi escritorio de la Redacción cuando lo vi esposado en una foto.

Mientras me juntaba con empresarios, con Candela y Santiago seguíamos mirando los reportes de Centeno. Chequeamos gran cantidad de dominios cuyos datos estaban en los cuadernos.

Tuvimos varias sorpresas. La primera es que había una docena que pertenecían a automotrices. Verificamos que, en realidad, son los vehículos que las compañías le entregan al gobierno para ser utilizados por los funcionarios para traslados oficiales. En este caso, varios estaban al servicio de la corrupción.

En 2009, Daniel Muñoz, el secretario privado de Néstor Kirchner, se movía en un Ford Focus dominio IJO 224. Entre el 5 de diciembre de 2009 y el 20 de octubre de 2010, fechas en las que lo utilizaba el funcionario, perteneció a Ford Argentina. Poco tiempo después, la automotriz lo vendió a un empleado.

En una de las fotos que estaban en la caja, aparece un BMW 181. Pudimos corroborar que desde 2003 está a nombre de Rafael Abanesi Sociedad Anónima, con domicilio en Leandro N. Alem 855. Decenas de veces, Baratta y su cortejo fueron ahí a retirar dinero. Poco tiempo después, Armando Loson, el dueño de la compañía, quedó preso. Cuando fue detenido e indagado, Loson negó todo. Al menos en los primeros días.

*No voy a declarar. Niego las imputaciones que se me formulan. No participé nunca de ninguna asociación ilícita. Nunca entregué el dinero que se menciona en la imputación.*

Pero si algo tiene la Justicia es que ayuda a recuperar la memoria. Pocos días después, contó:

*Antes de las entregas, Nelson Lazarte me llamaba para ver si podía pasar. Él era mi contacto. Siempre, las entregas que hice se las hice a Nelson, que pasaba en un auto con chofer que era un Toyota Corolla gris. En ocasión de una de las entregas, Nelson me dijo que Baratta estaba dentro del auto. Yo entregaba en una bolsita de cartón con pesos, con montos que rondaban entre 200.000 y 300.000 pesos.*

Nadie le creyó que pagaba en pesos.

De a uno y casi artesanalmente fuimos chequeando todos los datos que podíamos. Yo arreglaba reuniones con empresarios. Les daba alguna punta del trabajo que estaba haciendo, aunque a nadie le revelaba nada. Encontramos autos de poderosos empresarios estacionados en cocheras y recorrimos varias de las oficinas que aparecían en los cuadernos.

En ocasiones, por ejemplo, quedamos trabados con algunas direcciones muy visitadas porque no lográbamos establecer quién era el que usaba el vehículo.

Una de esas, recuerdo, se encontraba en la avenida Leandro N. Alem, epicentro del sistema de recolección. Ahora es la sede de la Cámara Argentina de la Mediana Empresa (CAME); antes había una repartición del Estado que estaba abandonada.

Fui una mañana a hablar con los mozos de los bares de la zona, en pleno

Microcentro porteño. Ninguno sabía qué pasaba en ese lugar. Pero encontré un testigo que afirmó que allí entraban y salían autos de vez en cuando. “Creo que las cocheras las alquila una empresa de la zona”, me dijo el encargado de un edificio cercano.

Otro día pasé por el lugar y volví a preguntar. Volví sobre el mismo encargado y le pedí que anotara alguna patente. Lo hizo y me las envió por mensaje de texto.

Todos pertenecían a una de las empresas más implicadas en el caso de los cuadernos.

Si bien podría listar decenas, centenares de pequeños chequeos que hicimos para verificar cada una de las anotaciones, aburriría con el relato. Pero hubo un episodio que nunca podré olvidar.

Llamé, por medio de lobista contratado, a un empresario que estaba en varios pasajes de los cuadernos. Le adelanté algo y nos juntamos en la esquina de Avenida del Libertador y Pereyra Lucena.

Teníamos varios temas en común. Hasta que en un momento nos enfocamos en lo que nos llevó hasta ahí. Él había hecho su tarea y le había preguntado a su cliente sobre los pagos y las reuniones que le había detallado. Yo le había dicho que estaba involucrado.

—Es un perejil en esta trama. Decile que me cuente las cosas que hizo.

Ese mediodía, el lobista llegó con un mensaje concreto.

—Qué te dijo —le pregunté.

—Dice que él es de un barrio de la provincia de Buenos Aires donde al que habla sobre sus colegas le dicen traidor. Y él no es un traidor.

—Decile de mi parte que Buenos Aires está lleno de barrios. Y los barrios, llenos de traidores que seguramente me van a contar de él —le respondí.

Meses después, el empresario bonaerense se mudó. Ya no vive en ese barrio, está en Marcos Paz, en la cárcel. Nada me comentó de cuántos traidores hay en su nuevo lugar de residencia.

## Capítulo V

### Las confidencias

Varios meses de 2018.

Tomé un compromiso de hermandad: nunca diré de quién se trata. No me lo pregunten. No insistan: será el secreto mejor guardado de esta historia. Lo cierto es que en estos meses de peregrinar a ciegas hubo un Confidente. Sabía todo, vio fotos de los cuadernos que inmediatamente borró y me advirtió mil veces que tuviera cuidado.

Nos juntábamos en un bar, en Iberá y Moldes. Pequeño, pero perfecto. Una cervecería con una barra y una heladera de puertas de madera. Como no hay mesas, los que pasamos por ahí buscamos algún taburete suelto, un rincón vacío para apoyar el vaso y algún plato de comida. Es un lugar de puertas abiertas. Invierno y verano, la cervecería no tiene límites, sigue más allá de la entrada. Adentro y afuera es lo mismo. Adentro hay techo; afuera, estrellas. Cierra a más tardar a las once y media, y siempre éramos de los últimos. Recién pedíamos la cuenta cuando el trapo de piso empezaba a correr. Bar de paso, sonrisa fácil y bastante bullicio de charlas animadas.

—Voy a escribir un libro con todo esto.

—No me digas, ¡qué novedad!

—La novedad es que vos vas a ser un capítulo.

—Dejate de joder. Yo no tengo nada que hacer ahí.

—Tenés. A vos te conté todo durante meses. Hay decisiones que tomé después de descargar el peso con vos. ¿Puedo poner tu nombre?

—¿Vos me estás jodiendo?

—No. Pongo tu nombre, no tu apellido.

—A mí dejame tranquilo. Suficiente fue escucharte hablar todos estos meses de los benditos cuadernos. Yo tengo otra vida, que nada tiene que ver con la tuya. Nada.

—Ni nombre ni apellido. Te describo, cómo sos.

—¡Nada! No quiero saber nada.

—No puedo creer. ¿Quién va a reparar en vos?

—No importa. No quiero saber nada.

—¿Color de pelo?

—Sos tremendo.

—Listo —cerré la última charla que tuve con el Confidente.

Nos veíamos desde el verano. Su vida transcurría muy lejos de mis corridas, mis horarios y mis días desiguales. Más bien, el Confidente de pelo oscuro, sano, morocho, algo rojizo al sol, transcurría sus días relativamente uniformes. Eso, quizá, lo descolocaba cuando llegaba. No sabía si en esa charla se encontraría con tribulaciones, entusiasmos o frustraciones.

El primer día en el bar fue como siempre. Llegamos y nos sentamos en la barra. Dos cervezas coloradas y algo para comer.

—Te tengo que contar en qué ando.

—A eso vinimos, ¿o me equivoco?

—Una fuente mía me entregó una caja. Ya me había dicho hace meses y por una cosa u otra, fue pasando el tiempo. Pero las fui a buscar.

—Ajá, ¿y?

Le conté lo que había adentro y detallé de qué manera me había hecho de aquellos documentos. Me miraba, mitad incrédulo, mitad sorprendido. Le relaté todos los detalles de lo que tenía como para convencerme a mismo al escuchar mis palabras: eso me había pasado a mí.

—¿Lo vas a publicar?

—Ni loco por ahora. Tengo que trabajarlo mucho.

—¿No lo vas a publicar en el diario? —dijo, esta vez sí, lleno de sorpresa.

—No, no puedo. Imaginate que involucra a decenas de funcionarios y empresarios enormes. Todos son poderosos, no hay cuatro de copas en ese mundo.

—En qué quilombo te metiste.

—No sé si un quilombo, lo que te digo es que esto es largo. Va para largo.

—La verdad, no entiendo por qué no lo querés publicar.

—Ponete en mi lugar. Llego al diario y les digo: tengo los cuadernos de un remisero que tomó nota de lo que hizo la banda de De Vido durante años. Están implicados Baratta, todo el Ministerio y las empresas más importantes del país, entre ellas Techint y el primo del presidente Mauricio Macri.

—¿Cómo se llama?

—Angelo Calcaterra.

—Más argumentos a favor de publicar.

—Listo. Te hago caso, publico. ¿Y sabés qué pasa al otro día?

—Y es la noticia del año.

—Sí, claro. Pero yo quedo tremendamente expuesto. Imaginate que el chofer, Centeno, diga que no los escribió él. Quedo yo, solito frente a todos, como el que publicó la historia sin que se pueda probar nada.

—Pero pueden pedir pericias para saber si la letra es de este fulano.

—Sí, claro. Una prueba que tarda años, y que no te dice demasiado.

—¡Dice que es su letra!

—Vos podés arribar a la conclusión de que lo escribió él, pero él a su vez puede decir que si bien es su letra, es todo mentira.

—Ahí te destrozan.

—Bien, llegaste al punto. Además, otra cosa. ¿Cuál sería el mejor escenario



para un abogado de Baratta, o de De Vido o de cualquiera de los empresarios o exfuncionarios implicados?

—Que no aparezca nada.

—Sí, eso sí. Pero, ya lo tengo yo, un periodista. Para mí lo mejor que les puede pasar es que yo los publique.

—Pero si los mandás al frente...

—Lo que hago es tocar la campana. Les doy el alerta y, en ese momento, le pongo precio al silencio o a la cabeza de Centeno. ¿Imaginate cuánto está dispuesto a pagar una empresa o un político para que el chofer diga que es todo mentira?

—No me lo puedo imaginar. Cualquier plata. Entonces, ¿no tenés nada?

—Ja. No es todo tan binario, sí-no. Puedo chequear que esto sea todo verdadero. Hablar con unos y otros, buscar datos. Hay mil cosas que se pueden hacer. Quieto no me voy a quedar, callado sí.

—Vos y tus misterios.

—¿Qué querés que haga? Si lo trabajo tranquilo creo que tengo la investigación más impresionante de la historia de la corrupción en la Argentina.

—¿Y si te equivocás?

—Si me equivoco, no tengo nada. Y si vos abrís la boca, tampoco.

—Vos tranquilo, ¿a quién querés que le cuente?

—Voy a laburar tranquilo. Sin apuro.

—Tené cuidado, estos te la pegan. ¿Te vas a meter con Cristina? —dijo en referencia a Cristina Kirchner.

—No es que me voy a meter con nadie en particular. Pero está dentro del esquema. Le va a llegar.

—¡Qué quilombo vas a armar! Dejate de joder. Todavía estás a tiempo de salir.

—Imposible, ¿sabés lo que es esto para un periodista?

—Eso me lo podés contar vos mejor que nadie.

—Es lo que buscaste siempre. Estoy cerca. No lo puedo abandonar. Está el detalle de cada uno de los traslados de la guita. ¡En bolsos! ¡No lo puedo creer! Son tremendos, no dejaron una por hacer.

—Cuidate. ¿No tenés miedo?

—No, ahora no. La mejor seguridad es que nadie sepa en qué andás. Ni se te ocurra abrir la boca —le dije, y seguimos con nuestra cerveza y nuestra cena.

Después de ese primer encuentro hablamos poco, pero nos mandábamos mensajes por teléfono a diario. Alguna vez le mandé la foto de la caja para que viera con sus ojos aquello que le había contado. El Confidente siguió con su vida. Viajó y volvió; y volvió a viajar y a regresar. Y cada tanto me preguntaba cómo seguía mi trabajo. Cuando le contaba que la investigación avanzaba, a él le parecía que era a un paso imperceptible. “Publicás o no”, solía decirme. Le contestaba siempre que se enteraría antes que nadie de los movimientos, pero insistía.

En esos primeros meses del verano, Baratta, el poderoso exsecretario del ministro Julio De Vido, estaba detenido. Pero en marzo, salió en libertad.

12 de marzo de 2018

11.01

¿Como vas con “los cuadernos”?

11.01

Ya te contaré c detalle.

Hoy a la noche nos juntamos con los dos periodistas que trabajan conmigo

A intentar escribir tres o cuatro notas!

Y entonces vamos a ver cómo estamos

11.02

El fulano que estaba implicado salió de la cárcel

Lo liberaron

¡Será mucho más duro ahora!

11.04

Si lo vi

Una cagada

11.08

Nos vamos a ver la cara pronto, me parece

Será bravísimo!!!

11.08

Y si, esto lo puede llevar preso de vuelta

11.09

Entonces va a usar todos los medios para enterrar este tema

11.32

Espero que tengas suerte

Y que no te pase nada

11.33

Más que suerte, tengo que tener mucho cuidado

Si obvio

11.42

Me muero si te pasa algo

No me va a pasar nada, el tema es que no se si lo voy a poder dar.

Tengo que hacer malabares

11.44

Vas a poder

Siempre logras lo que quieres

Tarde o temprano

Desde la libertad de Baratta todo cambió. Aquel grupo de personas que formaban su entorno, se conmovió. Todas las piezas se movieron y empezaron a hacer su juego, después de meses de estar quietas, casi aletargadas.

Volvimos al bar, allá por marzo. Esta vez fue a pedido mío. Necesitaba hablar con él, desahogarme, escuchar su consejo y de paso repetirme a mí mismo algunas certezas. El Confidente siempre llegaba después. Lo esperé. Se desocuparon las dos banquetas, las mismas que la primera vez. Nos saludamos, y a los pocos minutos le saqué el tema. Directo, sin rodeos.

—Todavía no publiqué nada. Y tengo varias ideas, pero no decidí ninguna.

—Y ahora, ¿qué pasó?

—Nada que no sepas. Baratta salió de la cárcel y estuve intentando, por mi fuente, tratar de convencer a Centeno de que me diera una entrevista y reconocza que él escribió esos cuadernos y que es verdad todo lo que dice.

—¿Vos qué creés?

—Hice una base de datos y empecé a chequear todo lo que pude. Es todo verdad. Te puedo asegurar que lo que está escrito efectivamente pasó.

—No te entiendo. Es todo verdad, lo chequeaste y no querés nada.

—No es que no quiero, lo que pasa es que tengo terror de darlo así. Ya te dije cuáles son mis reparos. Es el mejor escenario para ellos; si lo doy así, se termina la

prueba, desaparece. Si Centeno no lo asume, ¿vos creés que los funcionarios o los empresarios van a reconocer la guita en los bolsos? Lo niegan todos. Y yo quedo de frente, para que todos me sacudan. A mí y al diario.

—Pasaron dos meses y no hiciste nada, no lo sabe nadie. Si no lo olfateás bien, dejalo pasar.

—Como se nota que no sos periodista.

—Yo me muero con una cosa así. ¿Todavía los tenés?

—No. Los tuve que devolver cuando Baratta salió de la cárcel. Me los pidió mi fuente porque a él se los pidió Centeno. Ni me hables, ese día casi lloro.

—Y para qué los quiere ahora.

—Si los escribió para extorsionar a Baratta, los necesita en su poder.

—Se va a hacer unos manguitos.

—Esa es mi gran duda. Si los quiere para extorsionar, no puede ir a decirle a Baratta alegremente que le dé plata para que se los entregue. Imaginate llegar, tocarle timbre a tu jefe, casi tu amo, y decirle: “Dame guita y te doy los cuadernos donde está todo lo que recaudaste estos años”. Imposible, no es así una extorsión.

El Confidente me miró con ojos casi incrédulos. Tomó de su vaso y, alzando los hombros, me hizo un gesto invitándome a seguir hablando.

—Si esa es la finalidad que tiene, necesita que alguien los haga públicos. Que se filtre, que salga por algún lado y después te va a llamar tu jefe incendiado. Ahí podés extorsionar con más posibilidades de éxito.

—Y sí, tiene lógica.

—Si hay una mínima posibilidad de que esa sea su intención, o de que esté esperando eso, voy a hacer otra cosa. No le voy a dar el gusto.

—Otra cosa, ¿qué es?

—Ir a la Justicia, presentarme, hacer una denuncia y darle las pruebas. Entregarle todo, la base de datos que armamos en este tiempo, contarle todo el

esquema, pasarle los nombres. Yo te dije, todo o nada. Esto es todo.

—Estás loco. Primero, despedite de la investigación.

—Ese es el riesgo periodístico, perderlo todo. Si se filtra y sale en otro lado, se terminó. Pero hay uno que me preocupa más. Denunciar en este país es toda una decisión. Acá nadie denuncia nada.

—¿Qué otra opción hay?

—Pensé que podría ser un político, alguien que lo haga público y que después se convierta en causa penal. Pero es lo mismo, la consecuencia va a ser que las pruebas vuelen. No queda nada.

—Si la hacés vos, quedás escrachado.

—Sí, pero es el único camino que veo para que esto sea algo más que unas notas en *La Nación*. ¿Podés entender de qué se trata la descripción que hay en los cuadernos? Es un relato en primera persona de la corrupción más jodida de la Argentina.

—Entiendo, obvio que entiendo. Pero ¿tenés idea del quilombo que vas a armar?

—Sí. Lo sé.

—¿No temés que sea una operación todo esto?

—Todo me resulta fidedigno, es un reflejo de lo que pasó. Pero tengo las mismas dudas que vos. Tantas, que no publiqué una coma. Ni tampoco lo haré si no estoy del todo seguro.

—Jugás un pleno; ganás todo o perdés todo.

—¿Vos qué creés que pasará?

—Creo que perdés. Es imposible que nadie se entere y que no termine por sacarlo otro. Pero intentalo. ¿Cómo vas a hacer?

—Voy a hablar con un fiscal. Y ahí decido.

La conversación siguió por otro lado y, nuevamente, nos fuimos últimos del bar. No tenía nada decidido ni mucho menos había avanzado en ese tiempo de cervezas y barras. Pero necesitaba escucharme. Era una forma de convencerme.

Esos días, además, hablé con varios periodistas. Algunos trabajaron conmigo en el diario, habían sido mis jefes en la Redacción. Con más batallas que yo, decidí contarles una parte, para que entendieran qué tenía en mis manos y por dónde andaban mis tribulaciones.

Todos comprendieron que las herramientas periodísticas permitían llegar, más o menos, al punto que estábamos en ese momento. Había plena certeza de que los hechos relatados eran reales, pero también de que la publicación no iba a hacer más que ahuyentar las pruebas. Palabras más, palabras menos, todos fueron por la misma receta. "Judicializá una parte", me contestaron. Era lo que esperaba que me contestaran. Me imaginé al boxeador arropado en el rincón que esperaba la campana. Cuando al fin sonara, a pararse frente al oponente. Y ahí, en ese momento, cuando el banquillo se retira, la pelea es uno contra uno.

Sabía que era el sendero por el que se podía llegar al lugar que alguna vez me había propuesto. Todo o nada. Pero más allá de las palmadas antes de la partida, era un camino de ida, no puede desandarse. Y lo peor, se transita solo.

## Capítulo VI

### El desenlace

Abril de 2010.

Estábamos los tres solos en uno de esos despachos de Comodoro Py donde se respira un aire viciado y puede olerse el tufo del poder. Atiborrado de souvenirs y libros, apenas queda espacio para una computadora de escritorio y una notebook. De fondo suena fuerte, siempre fuerte, una radio. Entre las frases pegadas en las paredes una, bien visible, advierte: “Piense, luego hable”. Le presté atención entonces; la recuerdo ahora que escribo este libro.

Sentado a mi lado estaba el Fiscal. Enfrente, del otro lado del escritorio, el Juez.

—Doctor —dijo el Fiscal con voz seria, impostada, como para llamar la atención.

El Doctor, entonces, recorría el camino de la causa, las posibilidades que se abrían con la documental que ya estaba en el expediente después de haber declarado durante horas y de haber entregado los registros, incluidos los digitales, que tenía en mi poder. Pero aquella voz seria lo interrumpió y le dedicó toda su atención.

—Es posible que a Diego lo maten si esto se conoce —alertó el Fiscal.

Diego, o sea yo, era, según él, blanco de aquel eventual asesinato.

—¿Le parece? Tienen los colmillos limados —respondió el Doctor.

—Por cinco lucas verdes lo matan.

—Sí, eso es verdad, es lo que sale un sicario. Pero lo cierto también es que cuando no manejan todos los hilos del poder es más difícil. Una cosa es que tengan la policía, la inteligencia, todos los organismos de seguridad, y otra muy distinta es que ya no puedan manejar esos hilos.

—Doctor, en este tipo de investigaciones se mata por silencio, no tanto por venganza. Eso queda para otros delitos. Pero sabemos que por silencio se mata.



El Fiscal ya me había informado sobre los riesgos. Se había tomado unos minutos para advertirme que la decisión de hacer una denuncia, con las consecuencias que eventualmente acarrearía, podía generar riesgos a nuestras vidas.

Tiempo después, apenas saliera a la luz toda la investigación, entrevisté a Carlos Stornelli en el diario y retomamos esa cuestión. Llegó puntual. Era domingo a la noche, cuatro o cinco días después de aquel miércoles en el que la causa tomó estado público. El diálogo no fue largo, pero resultó ser el único en el que ambos, mano a mano, repasamos los primeros momentos del caso y los riesgos que corrimos durante la investigación. En los encuentros anteriores, éramos solo nosotros. Ahora, ya no estábamos en territorio neutral o dentro de los dominios de su fiscalía: todo se desarrollaba frente a cámaras de televisión y ojos escrutadores, muchos de los cuales esperaban un paso en falso que les permitiera meter la cuña en la grieta del proceso. Todo era tensión en el estudio.

Lo primero que me pidió, al aire, es que nos tuteáramos, nuestra relación llevaba tiempo de sedimentación. Bares, departamentos y la fiscalía habían sido algunos de los lugares donde nos encontrábamos, como él me sabía decir, “para cambiar figuritas”. Esa noche, en *La Nación*, nos vimos por primera vez después de que toda la Argentina empezó a hablar de la causa, la sorpresiva mañana del 1° de agosto de 2018.

—Nos vimos por primera vez a fines de marzo...

—Sí, para mi sorpresa. El primer recuerdo que tengo es que miré lo que me traías. Nunca me imaginé que se trataba de algo así, jamás había visto algo parecido en casi cuarenta años de Tribunales. Y recuerdo tu prudencia y el trabajo que tu equipo había hecho hasta ese momento. Tuve que tomar aire y pensar un poco para procesar cómo seguir. Inmediatamente vi lo que se venía.

—Estábamos en un bar en Palermo y yo saqué algunas copias. Cuando las viste, ¿enseguida pensaste que iba a ser una causa de este tamaño?

—Sí. Me imaginé. Además, varios de los mencionados ahí son viejos clientes de la fiscalía. Tengo otras causas en las que varios de estos personajes aparecieron, muchas de ellas desde 2006 o 2007. La causa Skanska, por ejemplo. Me di cuenta de que esto era la fotografía de lo que todos imaginábamos. La fotografía había aparecido. Se venía un trabajo enorme.

—¿Qué pasaba si yo decidía no declarar?

—Si no declarabas ni aportabas documentos yo no podía hacer demasiado. En la vida de un fiscal hay mucha gente que se acerca a sondear y finalmente no pasa nada. Pero a vos te vi decidido, estaba convencido de que ese trabajo iba a terminar en la Justicia.

—Yo desconfiaba de vos, de que se filtre algo.

—Sí, nos juramentamos y salió bien.

—¿Desconfiabas de que yo lo publicara antes de que terminara la investigación?

—En ese momento ya no, porque ambos éramos conscientes de que una filtración nos podía costar la vida. Yo sé lo que es esto, sé lo que es el poder y sé lo que podía llegar a pasar si alguien sabía que nosotros teníamos estos cuadernos.

—¿Qué podía pasar?

—Nos mataban, nos podían llegar a matar.

—Vos me preguntaste bastante si yo tenía miedo en aquellos primeros días.

—Sí.

—Y te mentí —le contesté.

El Fiscal se sonrió porque, cuando hicimos los primeros palotes de la investigación, siempre le había dicho que no tenía temor de avanzar. Volvió a la palabra.

—Yo me di cuenta un poco, pero creo que el instinto periodístico estaba por arriba del miedo.

En el despacho del Doctor esa tarde de abril, sin poder prever lo que se venía, el ambiente aquella tarde estaba pesado: se respiraba el temor.

—La mejor protección es que nadie se entere de nada. Que esto sea un silencio absoluto, un secreto que se mantenga lo más cerrado posible —dijo el Doctor.

Inmediatamente empecé a contar la gente que estaba al tanto. Los periodistas que trabajaron conmigo, el secretario general de la Redacción y el subdirector del diario. Algunos más, de pasada, a los que les había comentado una parte, pero en quienes confiaba plenamente.

—Nosotros no vamos a decir nada ni vamos a publicar. Ya he dado muestras de que no estamos apurados por esto. Lo tenemos desde enero y nuestra reserva ha sido absoluta —les aseguré para dejar bien en claro que nuestro silencio no solo era confiable; estaba garantizado.

—En la fiscalía lo vamos a trabajar muy pocos, todos de extremísima confianza. Las copias van a quedar en una caja fuerte a la que nadie tenga acceso. Solo una persona va a intercambiar con vos, no te hagas problemas; no te podemos dar más garantías que estas, pero confiá en nosotros —confirmó el Fiscal.

—En el juzgado será igual. Muy poca gente... un par. Y si es necesario podemos sacar la causa físicamente de acá —contestó el Doctor. Explicó, entonces, que había una dependencia en un edificio militar en la que algunos jueces federales podían utilizar unos despachos, a los que se accedía con una llave que solo él tenía y que, además, había que tener un permiso para poder pasar el control de acceso.

—Nadie puede decir nada. Si se filtra, se pudre todo. Se termina la investigación —había rematado el Fiscal.

—Igualmente declaraste bajo identidad reservada.

—Creo que sí —le contesté. Sabía que en esa instancia, “identidad reservada”, esa categoría que desde la enunciación genera intriga, era demasiado poco como para sentirse seguro. Según me habían explicado, la declaración original, que obviamente contiene todos mis datos, se guarda en una caja fuerte. Luego, de acuerdo con el procedimiento criollo, se saca una copia y a ese duplicado se le tacha el nombre y las referencias personales con un fibrón negro, y se vuelve a fotocopiar. Finalmente, la foja uno del expediente es esa última, con los datos detrás del fibrón, mientras el original permanece a buen resguardo.

Sabía que esa protección era demasiado escasa para estar seguro ante lo que vendría. Según me explicó un amigo que transitaba por Tribunales a diario, una ínfima capa alcanzaba para mi autoconvencimiento. No más que eso.

—Más allá de eso, ¿vas a querer custodia? —me preguntó el Doctor.

—Si todos nos comprometemos a no decir nada, prefiero que no. No tengo miedo si nadie sabe en qué andamos. No estoy dispuesto a cambiar mi vida por esto.

Nos saludamos y regresé caminando por esos pasillos desalmados de Comodoro Py hasta la salida. Los meses que siguieron no volví a ver al Doctor. Sí tenía reuniones y varias conversaciones con el Fiscal. Sabía cómo iba la causa, qué podía esperar y, más o menos, tenía una idea de los tiempos. Pero las diligencias judiciales marchaban por un camino paralelo.

Mientras tanto, por mi cuenta, seguía realizando el arduo proceso de chequeo de información. Durante mayo y junio, tomé alguna de las líneas de investigación y la analicé a fondo, incluso la confronté y hablé con los protagonistas para conocer el alcance de aquellas anotaciones del chofer Centeno.

Las conversaciones se sucedían. El jueves 19 de julio, el Fiscal me llamó a las once y media. Transcurría la primera semana de las vacaciones de invierno y, por lo tanto, los primeros días de la feria judicial. Yo estaba, a esa hora, dedicado a mis deberes de padre. No era normal que me llamara a esa hora. El Fiscal es más bien noctámbulo y las charlas largas son por la noche. Más allá de sus tareas en la Justicia, tiene un hobby. Remata sus días con el viejo oficio de relojero. En su casa, cada vez que cambia una hora, se desata una romería de sonidos.

Cuenta que tiene un pequeño departamento en el que desarma y arregla relojes antiguos. Los que puede, reconoce; los otros, apenas los desarma. Cierta vez, entre aquellos cambios de figuritas, me introdujo al mundo de esos aparatos magníficos. Se entusiasmó con una pieza valiosa del mil setecientos que decora un mueble, y estuvo largo rato comentándome las particularidades de aquella maquinaria de perfecta singularidad. En otra ocasión me trajo varios relojes de bolsillo, su verdadera debilidad. Me contó que la experiencia de encontrar una pieza de colección tiene varias etapas. Emparentó la paciencia imprescindible para la búsqueda y la adrenalina del hallazgo con el instinto del cazador, que va más allá de la pieza en sí.

“La pesquisa es la mejor parte. Encontrar algo que nunca imaginaste”, se entusiasmó. Me acordé de que había algo, lejos de esos engranajes sincronizados que lo desvelaban, que nos hermanaba. El oficio de periodista se alimenta también de esa ilusión mágica de que un día, aquella fuente que durante años abonaste con decenas de cafés, saludos amables y, por qué no, algún secreto cuidado por años, trajo consigo una revelación. ¿Me interesaba más la búsqueda de la noticia que la

noticia en sí misma? No tenía tiempo siquiera para dedicarme a pensar la respuesta.

Ambos estábamos asomados a una compleja maquinaria: veíamos cómo se combinaban, encastraban y actuaban entre sí cientos de piezas de un mismo mecanismo. Ante nosotros —abierto como un reloj— se presentaba un sistema de acumulación de riqueza y uso de poder. “Algo de eso tenemos entre manos”, se explicó valiéndose de figuras surgidas de su pasión por los relojes. Una causa que —según me confesó—, nunca imaginó que lo iba a alcanzar. “En cuarenta años en Tribunales, jamás vi tanta prueba junta”. Estábamos en medio de esa pesquisa. Casi inconscientes.

Pero ese día no seguía sus lógicas horarias de relojero; el Fiscal había llamado el mediodía. Fue por teléfono, lo que encendió mi primera alarma.

—¿Podés venir a Comodoro Py?

—¿A qué hora?

—Ya.

—Bancame. Me ducho y salgo para allá.

—¿En cuánto estás?

—No sé, depende el tráfico. Calculá una hora y cuarto.

—Apurate. Nos vemos en un rato.

Cortó sin más palabras. El Fiscal no las usa si no las siente totalmente necesarias. Y en ese momento, no tenía más que decir.

Cambié mi mañana, como sucede tantas veces cuando el oficio termina por disponer de nuestros tiempos. Me subí al auto y salí para allá.

Como tantas veces en las que intenté confiar en la tecnología, erré el camino. Agarré por la zona del Puerto de Buenos Aires y quedé atrapado en medio de camiones y obradores.

Por dónde andás?

12.55

En 10

13.16

Y?

13.18

Abajo

13.18

Subí al quinto.

Sabía que algo iba a suceder, jamás lo había notado tan ansioso con mi presencia. Atravesé casi corriendo esos pasillos de Comodoro Py, más desangelados que de costumbre por el frío de julio y el receso judicial de invierno. No me crucé con nadie, apenas una guardia en una mesa desvencijada al lado de la escalera, ni bien se sale del ascensor.

Saludé y caminé hasta el final de ese pasillo, donde está la fiscalía. Me anuncié en la Mesa de Entradas, que como era feria, con la ventana cerrada. Un empleado abrió, me tomó el pedido de ver al Fiscal y cerró.

Ahí me quedé unos minutos, con el pulso acelerado por la percepción de que algo estaba por ocurrir. Habían transcurrido poco más de cuatro meses desde el día que había pisado por primera vez ese lugar.

—Pase por la puerta del costado.

Entré en la fiscalía y todos me miraron como viejos conocidos. Sentí, claramente, que aquellos dichos silenciosos de principios de abril ya eran conocidos por varios de esos funcionarios judiciales que me saludaron al pasar. Estaban todos, pese a la feria judicial. Devolví los saludos y seguí hasta la oficina del fondo, la del Fiscal.

—¿Cómo andás? ¿Cómo va todo? —me preguntó, parco.

—Bien, todo bien —contesté. Le expliqué que había decidido ir por la zona del puerto y que eso me había demorado. Pero no había caso, no le interesaban demasiado mis tribulaciones de conductor. Solo estaba atento a lo que venía. Tomó el teléfono y llamó mientras yo intentaba ser foco de su atención.

—¿Está el Doctor? —preguntó. Esperó unos segundos y concluyó—: Decile que vamos a verlo.

Volvimos a salir a los pasillos desalmados de Comodoro Py. Bajamos un piso y llegamos al despacho del Juez. Golpeamos y su secretaria nos hizo pasar apresurada. Nos esperaban, todo estaba dispuesto para esa reunión que, claramente, no se trataba de una visita más.

El Doctor nos esperaba adentro. Me saludó solemne.

—¿Cómo anda, Cabot?

—Bien. —Era el segundo en poco menos de diez minutos que me hacía una pregunta de circunstancia solo para consumir tiempo. Estaba de más mi respuesta, a nadie le interesaba cómo estaba; tampoco yo tenía la más mínima intención de contarle. Apenas un formalismo.

Mientras se daba ese brevísimo diálogo, el Fiscal se acomodó en una de las sillas delante del escritorio. De la oficina contigua trajeron dos sillas más. Ya no íbamos a ser solo tres los participantes, como en la reunión anterior. Volví la vista sobre el despacho y me topé nuevamente con la frase “Piense, luego hable” sobre la que me había detenido aquella vez en la que —en ese mismo escenario— se debatió sobre la posibilidad o no de que me mataran.

Habían pasado seis meses desde el mediodía en el que me entregaron los cuadernos y todos estábamos en absoluto silencio. Pero la premura de esas horas indicaba que, irremediablemente, la investigación entraba en etapa de definiciones, se adivinaba la inminencia de un golpe de efecto.

El Doctor tomó la palabra.

—Diego, primero le quería presentar a la secretaria.

Se había ampliado aquel núcleo duro. Además del anfitrión y el Fiscal, había dos personas más: el secretario del Fiscal, y una secretaria del Doctor. Después de la presentación, la charla siguió.

—Venimos bien, no hubo ninguna filtración del proceso. Tenemos muchas pruebas y hemos ido avanzando con mucho cuidado. La causa tiene una enorme solidez. Los dichos que están narrados en los cuadernos son reales. Construimos mucha prueba. El aporte que nos ha hecho nos ha sido de suma utilidad.

—Me alegro —contesté sin demasiada convicción. Del otro lado del escritorio, con la barba blanca y un chaleco sobre la camisa, el Doctor se mostraba serio. Pero más allá de la formalidad de la recepción y de las palabras de cortesía que me regaló al inicio, estaba claro que ese no era el punto. El Fiscal me miraba y los dos secretarios estaban ansiosos. El Doctor cerró una frase que a nadie le importaba demasiado y me miró fijo.

—La causa es sólida y la prueba que ha recolectado es muy buena. Pero necesitamos pedirle algo más. Como le dije, la prueba es sólida, pero hay un eslabón que no está claro y del que todos se van a aprovechar. Su declaración empieza cuando le entregan los cuadernos, pero no está claro cómo le llegan a usted y quién se los dio. Si se puede acreditar ese paso en el expediente, la solidez del proceso cambia.

Todos lucían serios, algo tiesos. Y la seriedad en un juzgado federal, para quienes no transitamos diariamente esos despachos, termina por generar un aire irrespirable. Suele pasar que el trabajo fuera de los horarios habituales distiende las formas. No era el caso de aquellos funcionarios judiciales en pleno receso.

—Le vamos a pedir algo —dijo, por fin, el Doctor.

—¿Qué necesita? —pregunté casi por cortesía. Ya imaginaba cuál era el fin de aquel rodeo.

—¿Cómo es la relación con su fuente?

—Buena, mantengo el contacto con frecuencia.

—Está al tanto de la denuncia que hizo.

—No, nunca le conté. —El silencio de la sala se había tornado un poco más grave. Ninguno de los cuatro funcionarios suele expresar sus emociones. Sus caras permanecían imperturbables. Ante cuestiones procesales que a mí me quitaban el sueño, mostraban hasta qué punto tienen el cuero curtido. Sin embargo, en ese momento todos a la vez se acomodaron en sus sillas, casi coreográficamente.



—Le voy a ser directo —dijo el Doctor—. Sería ideal que declarara, que viniera y contara cómo le llegaron y en qué circunstancia se los entregó. ¿Qué dice?

—Y sí, le daría otro peso.

Era eso, finalmente. Llegábamos al punto casi inevitable: pedirle a un periodista que revelara su fuente. Más aún, sugerirle que además de darles el nombre de la persona, lo invitara a declarar en una causa penal en la justicia federal para involucrar al poder. De ahí, claro está, la excepcionalidad de aquel mediodía en Comodoro Py.

—Tengo un contacto fluido. Nos mantenemos conectados bastante seguido, por mensajes de texto. Pero no tengo idea cómo se tomará una cosa así.

Ya no había rodeos, todo era simple y directo.

—Diego, lo querés contactar vos o preferís pasarnos el nombre y que nosotros lo busquemos —dijo el Fiscal.

—No, el nombre no se los puedo pasar. Déjenme a mí, yo lo contacto y les aviso.

—Bien, confiamos en vos.

—Lo llamo hoy mismo, le pido de encontrarnos y le comento. Les vuelvo a decir que él no sabe nada de que yo hice esta denuncia.

—Imagino que si te entregó esto a vos debe tener claro que alguna vez se va a saber — apuntó el Fiscal.

El Doctor miraba detrás del escritorio. A su modo, se había retirado de la negociación. Ya había planteado el tema y ahora, reclinado en su sillón, esperaba tranquilo el desenlace.

—Sí, está bien, pero no te olvides que nunca le dije nada. Pensá que, al menos, una persona en este mundo sabe que él entregó los cuadernos. Centeno lo va a querer matar.

Nadie dijo nada. De pronto, el Doctor se incorporó.

—Cabot, usted intente. Nosotros le vamos a avisar cuándo.

—¿Cuándo sería?

—La semana que viene no va a pasar nada. Esté atento para la siguiente.

El Fiscal, algo más didáctico, interrumpió. Me miró y fue directo al grano:

—Te vamos a decir cuándo lo tenés que contactar. No te olvides de que no sabemos para quién juega. ¿Vos qué creés que dirá?

—No lo sé. Hablo de otros temas, pero la verdad es que siempre tuve temor de contarle. Imaginen a lo que lo voy a exponer.

Los secretarios seguían la conversación en silencio. Callados en sus lugares, dejaban que hablaran sus jefes. El aire estaba denso, era un momento clave de la causa. En cada silencio que se hacía, el Doctor volvía sobre alguna precisión.

—No haga nada. Si quiere llámelo, pero no le diga nada de lo que le pedimos. Nos jugamos mucho si él llega a dar la alarma. Cuando le avisemos, tiene unas pocas horas para informarle. En lo inmediato, lo mejor que puede hacer es irse de vacaciones. Vaya a algún lugar tranquilo. Y cuando regrese, como le dijo el Fiscal, esté atento. Cuando le avisemos, la cosa ya va a haber empezado, por lo tanto, va a contar con unas horas. Si no lo logramos, seguiremos con lo que tenemos. Pero le repito, sería importantísimo que lo hiciera.

—Me queda claro. No se preocupe —intenté cerrar. Pero el Doctor no daba por terminado el encuentro.

—Hay una cosa más que le quería pedir.

—¿Qué?

—Los periodistas que trabajaron con usted vieron los cuadernos, ¿no?

—Sí, claro. Trabajamos meses con ellos.

—Sería bueno que ellos también pasen a declarar.

—Les voy a preguntar, pero en su caso, si no quieren, yo los puedo dejar afuera. No le puedo asegurar cómo se van a sentir ante semejante exposición. Lo voy a hablar personalmente con ellos.

—Todo será después de la semana que viene.

Ya no había más que decir. El Doctor cerró la charla con una recomendación enfática.

—Le repito, váyase de vacaciones si quiere la semana que viene. Será después de la feria. La causa va muy bien.

En eso alguien golpeó la puerta del despacho. Era su secretaria privada. Entreabrió y llamó al Doctor.

—Me está esperando una persona. ¿Quiere salir por la puerta de adelante o da la vuelta por atrás? Me parece mejor que no lo vean.

Le di la mano y saludé a todos. La secretaria me acompañó por otra puerta. Pasé por un corredizo estrecho, que los expedientes acumulados hacían apenas transitable. Esperé en uno de los pasillos que comunica con el corredor central. La secretaria caminó unos pasos y miró si el Doctor ya había hecho pasar a su visita. Entonces me hizo señas. Saludé al pasar y me fui.

Nuevamente bajé las escaleras de ese edificio desierto y frío. Caminé como siempre por esos pasillos, entre sombras y soledades. Apesadumbrado.

## Capítulo VII

### Las horas previas

Julio de 2018.

Con aquellas palabras del Doctor y del Fiscal frescas retumbando en mi cabeza, me fui de Buenos Aires esa última semana de julio. No quería estar en ningún lugar donde pudiera encontrarme con gente conocida, nadie que pudiera preguntarme algo. No sabía si esas cinco personas que estuvimos en el despacho del Doctor éramos los únicos que estábamos al tanto de la investigación. Por las dudas, quería estar lejos de todo. Así que agarré el auto y me llevé a mi familia de paseo por el interior del país, hasta el límite mismo de la Argentina con Brasil, en Misiones. Regresé a Buenos Aires el sábado 28 de julio.

En el camino de vuelta, mientras manejaba con la vista fija en la ruta, imaginaba el tiempo que venía. Ya sabía que en mis primeras horas en la ciudad debía empezar a comprometer a más gente en la cruzada. No estaba ansioso; estaba inquieto.

Apenas desarmé las valijas, le mandé un primer mensaje al Fiscal.

17.02

Ya estoy en Buenos Aires

17.34

Hola, cómo te fue?

19.23

Bien, muy bien. Lugar maravilloso

19.56

Que bueno, cuando nos veamos, contame bien.

Lo primero que me daba vueltas era preguntarle a Santiago Nasra y Candela Ini, los otros dos periodistas que trabajaron conmigo en la investigación, si estaban dispuestos a pasar por Comodoro Py. No había nada que ocultar, solo decir la

verdad; pero era una decisión que únicamente ellos debían tomar.

Mi temor no era que dijese que no, sino que, una vez trasladada la negativa a la Justicia, igualmente los llamaran a declarar como testigos de manera compulsiva.

Al otro día de mi regreso, el domingo 29, le pedí a Candela que nos encontráramos. Santiago no estaba en Buenos Aires.

El lunes 30 me junté temprano con ella. La puse al tanto de las novedades y la previne de lo que inmediato se avecinaba. Hablamos largo, repasamos los ejes del trabajo en el que ya llevábamos muchas semanas involucrados. Fue casi una charla de advertencia, un modo de pedirle que levantara la guardia. Pensábamos que todo iba a decantar en la semana siguiente y armamos una pequeña hoja de ruta para los días que venían.

Candela jamás tuvo dudas. Varias veces durante esos meses les había preguntado si querían seguir adelante o salir del grupo. Pero ella siempre me había respondido con una fuerte convicción: "Yo sigo, no me bajo. De esta no me bajo", me aclaro en cada ocasión. También estaba de acuerdo en acompañarme en mi voluntad de ir a fondo con nuestra investigación. Teníamos la fe intacta en el trabajo hecho a consciencia semana tras semana, sin descanso.

Luego de la feria, abrían las Mesas de Entradas en la Justicia. El final del receso, pensaba, se haría lento, incluso el mío. Esperaba esa alerta para empezar con la gestión con mi fuente. A media mañana, llegó.

30 de julio.

11.01

Cómo viene la semana?

Avanzo con el contacto?

11.34

Si, Avanzá.

Apurate

Fue suficiente. De pronto se presentaron todos los miedos que habían rondado mis horas aquellos meses. Sabía que lo que venía era irremediable y que, en esa consecución de hechos, mi nombre iba a quedar estampado en medio de la trama, una trama que ya tomaba vida propia. No tuve valor ni siquiera para contestar el mensaje. Lo dejé ahí. Último entre todos.

Por otra parte, empecé a contactarme con Jorge Bacigalupo, el exvecino que me entregó los cuadernos. Era, finalmente, lo que en ese momento me atosigaba. Nunca le había informado sobre mis pasos y jamás me detuve en contarle las motivaciones, el derrotero por el cual transité para optar por ese camino. De hecho, durante todos esos meses, jamás había dado su nombre a nadie. Ni a la Justicia ni a quienes formábamos el grupo de trabajo.

Estaba abrumado por temores. Más que temores: por miedos, por qué no. En horas iba a ver la luz la investigación que hacía meses manejábamos entre sombras, sostenidos por una red cerrada que había sabido mantener el silencio. El efecto dominó que imaginaba era sencillo pero letal. Como en esos ensayos en los que al volcar solo una pieza arrastra con su efecto inmediato a todas las que están cerca, irían cayendo uno a uno el chofer, los exfuncionarios y, los empresarios. Y después, los mejores abogados penalistas del país se concentrarían en un único objetivo: destruir la investigación. El poder con el cuchillo entre los dientes.

Sabía perfectamente que mi rol era el de mensajero en este libreto. En la historia reciente, ante situaciones similares, cuando el kirchnerismo se vio contra las cuerdas, aplicó una sola receta: al mensajero se lo mata, se lo esmerila con descrédito, se lo injuria. El mundo del vale todo estaba a la vuelta.

No sabía cuál iba a ser la conducta de los empresarios llevados a la justicia penal. Ellos no transitan esos pasillos. Pero imaginaba horas de mucha reunión con su gente de confianza y luego, la estrategia. Claramente, si no se rompía ese pacto de silencio con el que siempre se construye el andamiaje de la corrupción, también yo iba a ser blanco de sus declaraciones. Ese era mi destino irremediable en las próximas horas. Ya no era momento de buscar alternativas.

A la una del mediodía estaba por la zona de Colegiales. Me retumbaba el “apurate” con el que había quedado congelado aquel chat con mi contacto judicial. Terminé una reunión y tomé coraje: le mandé un mensaje a Jorge Bacigalupo.

Jorge. Diego, como andas?

13:13

Hola Diego, todo bien, tus cosas profesionales están bien?, espero que así sea.

13:20

Necesito verte unos minutos

13:21

Todo bien

13:21

Ok. Decime donde nos juntamos y a que hora.

13:30

Mañana a la Mañana?

Tipo 9?

13:32

Perfecto, ¿venís a casa a tomar un café, o quieres que nos encontremos en otro lugar? De mi parte no hay problema alguno.

13:33

Podemos ir a algún café por Lacroze y Cabildo

13:36

Claro, por ejemplo Havanna que está sobre Cabildo, de la vereda impar, entre Lacroze y T. Garcia

13:55

Ok. Ahí. A las 9

13:55

Dale.

A las dos de la tarde estaba en la Redacción. Necesitaba que las horas pasaran lo más rápidamente posible. Me senté en mi escritorio y empecé a hacer lo de todos los días. A mi alrededor, nadie sabía en qué ocupaba mis horas.

Esa tarde me puse a escribir una nota sobre un conflicto en Aerolíneas Argentinas. Hasta el último momento me mantuve dentro de mis temas. Me preguntaron si estaba en condiciones de escribir la tapa del suplemento de Economía y Negocios del domingo siguiente. "Estoy con un tema entre manos; si sale esta semana, voy a estar con una demanda de tiempo importante", contesté.

Las horas quemaban y aquel diálogo que me pedía que me apurara estaba ahí, quieto. Fue una tarde de temor. Recuerdo que le escribí a mi Confidente.

16.08

Las cosas se precipitan

16.32

En serio? Qué pasa. Contame

16.45

Creo que todo va a ser esta semana

16.56

Qué es todo?

16.56

No sé. Pero en principio mañana tengo una reunión con mi fuente para pedirle que declare.

16.57

Y qué va a hacer?



16.57

Ni idea, espero me acompañe. Pero él no sabe nada de que fui a la Justicia.

16.58

A qué hora te ves?

16.56

A las nueve, por Belgrano

16.56

Estás nervioso.

16.56

Nervioso, ansioso, con miedo. De todo un poco!

16.56

Avisame cómo te va. y Cuidate!!! Te van a estar apuntando de todos lados

16.56

Te aviso

Pasé la tarde en mi escritorio y, si bien escribí como lo hago casi a diario, me costó concentrarme en un tema ajeno a aquella investigación que, sentía, llegaba a su momento cúlmine. Una y mil veces me pregunté cuál sería su respuesta cuando le contara cuáles habían sido mis pasos y qué pretendía ahora. Si me decía que sí, empezaba a cargar con el peso de haberle cambiado la vida. Exponerse ante la opinión pública y contar su historia: su decisión frente a un amigo que confió en él la custodia de documentos determinantes para conocer el mecanismo de la corrupción en la Argentina.

Si me decía que no, temía su reacción. Estaba convencido de que tarde o temprano la Justicia sabría que era él quien me había entregado los cuadernos. Durante meses pensé cuál era la mejor forma de proteger a mi fuente, cómo hacer para mantenerlo fuera de la línea de fuego. Pero no pude. Lo máximo que había

conseguido era guardar su nombre para mí. Y nadie más. Además, si se negaba a declarar, sería Oscar Centeno, el remisero, su amigo, quien eventualmente lo llevaría al meollo de la trama. No había manera de generar otro resguardo; no se podía construir otro contrafuego.

A las seis de la tarde, ya no podía con mi ansiedad.

18:13

Jorge, podrás a las 8?

18:14

Ok. Entonces a las 8 nos vemos.

18:15

Perfecto gracias

Había ganado una hora.

Terminé mi día en el diario y me fui. Cerca de las diez de la noche regresé a casa, consciente de que no había vuelta atrás. Nunca había contestado aquel chat que quedó inconcluso. El Fiscal envió un mensaje a las nueve de la noche: "Diego", decía. Necesitaba terminar el día y ponerme a pensar en cómo retomar el diálogo. Iba a encontrarme con mi fuente, pero el resultado era incierto. Lleno de temores, tomé el teléfono cerca de la medianoche.

11.36

Recién veo

12.16

Novedades

1.12

Mañana [por esa mañana] lo veo a mi fuente

Y mañana pasa a declarar la periodista que trabajó conmigo.

A la madrugada aún no había recibido respuesta. Quedaban pocas horas, casi no pude dormir. A las ocho de la mañana le avisé que estaba algo demorado, que llegaría unos veinte minutos más tarde. Era 31 de julio y, si bien había hablado varias veces con Bacigalupo durante aquellos meses, no lo veía desde el 21 de marzo cuando le devolví los cuadernos. Así fue nuestra relación durante esos meses:

8 de marzo de 2018

18.22

Hola Diego, estuve reunido con Centeno el viernes y sábado, le explique con claridad que le conviene ir a lo de Bonadio, presentar el material que tiene y pedir la cobertura como testigo protegido. Bueno, se mostró lleno de dudas y temores respecto de su seguridad y la de su familia, el domingo por teléfono. me pidió que le devuelva todo el material que tengo, el cual le manifesté que estaba en Córdoba, que iba a solicitar me lo traigan, ¿cuando se lo podemos devolver? Obviamente después que vos tengas todo el material copiado. Se lo podremos entregar el viernes 16 de marzo. Hoy Baratta sería puesto en libertad. Un abrazo grande, nos estamos viendo cuando vos así lo dispongas.

18.26

Ok. Quedamos para el viernes 16

18.30

Dale, de paso planea que se puede hacer. Yo no tengo miedo

El mensaje me desplomó. Anduve unos días sin entender muy bien cómo seguir, qué destino darle a lo que tenía entre manos. Sentía muy cerca la frustración de no poder avanzar con la investigación. Trabajé siempre con la cabeza puesta en una premisa: "Todo o Nada". Ilusionado con conseguirlo todo, andaba cerca del nada.

Por esas horas, la crónica periodística daba cuenta de que la Cámara Federal porteña había dictado una falta de mérito y ordenado la excarcelación de los exfuncionarios kirchneristas De Vido y Baratta en la causa donde se investigan las compras de gas importado.

El exministro de Planificación Federal siguió detenido por el caso en el que

se investigaba la gestión en Río Turbio; Baratta, histórica mano derecha, recuperó la libertad y volvió a su departamento de Belgrano.

Los movimientos de Baratta, claramente, determinaban los de Centeno y los de su entorno. El exfuncionario había sido encarcelado el 19 de octubre de 2017, cuando el juez Claudio Bonadio ordenó su detención y pidió el desafuero de De Vido. Ese día yo estaba por viajar al exterior y Jorge Bacigalupo me mandó un mensaje para decirme que tenía los cuadernos en su poder.

22.37

Hola Diego, soy Jorge Bacigalupo, acabo de leer la nota en La Nación, muy buena la información, bueno tengo disponible y a tu disposición, los apuntes de los que hablamos en alguna oportunidad.

Así había empezado el intercambio como mi fuente. Seis meses después, Baratta estaba de vuelta en libertad y, justo ese día, Centeno le pidió los cuadernos a mi fuente, Bacigalupo.

Cierta vez, un exjuez de la Corte Suprema me comentó al pasar. “Cuando sos funcionario, tenés que saber que podés pasar seis meses preso después de irte de la gestión”. Ese fue el tiempo que estuvo el expresidente Carlos Menem por el caso de contrabando de armas a Croacia y Ecuador. Algo similar le tocó a Domingo Cavallo, por la misma causa. Era, según el juez del máximo tribunal, el tiempo razonable que un político podía soportar en la cárcel. Además, servía para lavar las culpas de los magistrados ante la opinión pública que reclama justicia para los corruptos.

Baratta había cumplido esa regla. Seis meses y otra vez de regreso al departamento de Belgrano. De todos modos, la rutina del exfuncionario cambió. Desde su liberación, se mostraba mucho menos salidor. Se lo veía menos por su oficina de la calle Florida, en plena Galería Jardín, una consultora en la que recaló luego de sus días como uno de los líderes de la planificación y la infraestructura argentina.

Tenía sus razones para ser cuidadoso. Una vez, mientras bajaba desde su departamento de Belgrano, el ascensor se detuvo en un piso y se abrió la puerta. Un vecino lo vio y le dijo: “No viajo con corruptos”. Las puertas se cerraron y el aparato siguió su viaje hasta planta baja. El incidente, menor pero ilustrativo, terminó en una queja en el consorcio.

El círculo cercano a Baratta se conmovió. Cuando Bacigalupo me pidió que le devolviera los cuadernos, no tuve otra opción: si no lo hacía, daba el aviso a Centeno que jamás quise dar.

El 9 de marzo a la mañana, horas después del pedido de Bacigalupo, nos juntamos en mi casa con los otros periodistas que trabajaban conmigo para generar una copia en alta definición de cada una de las páginas. Instalamos un trípode en el medio living y ajustamos la luz todo lo que pudimos. Uno pasaba las hojas; el otro se ocupaba de la cámara. A mí me tocó el mate de la mañana.

Copiamos todos los cuadernos y realizamos las fotos que meses después inundaron la Argentina. En ese momento dispusimos que cada uno se llevara un juego en un pendrive, además de dejar una copia en dos discos rígidos externos.

No confiaba en nadie, ni siquiera para sacar fotocopias. Un día de marzo, me fui al diario a las cinco de la madrugada. Entré en el edificio y llegué al segundo piso. Estaba solo en una Redacción desierta. Me puse frente a una fotocopidora e hice copia de todos los cuadernos. Uno a uno, recorrí todas las páginas una vez más. No me detuve en nada, en ningún detalle, en ninguna página en particular. Aquella madrugada de soledad tenía un objetivo: obtener las copias de todo ese material que no vería nunca más.

Evalué cada escenario posible, no había mucho más que hacer: devolverlos, no hacerlo o quedarme con alguno que me pudiera servir como eventual prueba. Aquel esquema de lograr que el chofer me contara a mí la historia y que yo la trasladara a los lectores ya no sería posible. Se había derrumbado la posibilidad de tener la investigación de mi vida. Al menos eso sentía en ese momento de angustia.

Me había comprometido a entregar los cuadernos el 16 de marzo. Le había dado la palabra a Bacigalupo que, a su vez, era atosigado por Centeno. Ese día regresaría la caja tal cual me la había dado en enero. Pero no lo hice, le fallé.

Hasta último momento exploré la posibilidad de hacer fotocopias certificadas ante escribano de todo el material. ¿Cuánta gente se iba a enterar del tema si una escribanía intervenía? ¿Podía mantenerse en secreto con tantos nombres y empresas involucrados? En principio tendría participar a mucha más gente del diario, ya que debía justificar una fuerte suma de dinero para pagar la certificación de una enorme cantidad de copias.

Una vez más, volví a mi plan original.

El 20 de marzo recibí un mensaje, ya no había tiempo para más dilaciones. Bacigalupo le había dicho a Centeno que le había pasado los cuadernos a un primo de Córdoba. Y Centeno, en un momento de desesperación, le había ofrecido tomar el auto y manejar hasta esa provincia a buscarlos.

20 de marzo de 2018

9:16

Hola Diego, buen día y buen martes. Tengo que tener urgente conmigo el material de Oscar. No se bien que problemas tiene con su empleador, pero vino a casa en llamas. Por favor decime en donde y en el tiempo mínimo posible puedo tener lo solicitado. Espero tu respuesta.

9:18

Mañana, le parece?

Primera hora

9:18

Ok.

Buenísimo, vos decidí el dónde y a qué hora. Abrazo

10:01

Hoy le confirmo

10:02

Gracias Diego, quedo en espera

Un día después, el tiempo se había acabado. Estaba convencido de que entregarlos y volver a decidir la estrategia era la única opción. Esa mañana no fue una más, sentía que aquella ilusión de narrar por primera vez la corrupción en la Argentina en primera persona, aquella idea de darles vida y carácter de testimonio a los ojos de aquel remisero de los viajes millonarios, finalmente se terminaba.

Repasé las decenas de notas que jamás pude escribir por ese dato remiso que

nunca llegó, y volví sobre la cara de todos aquellos involucrados, empresarios inmaculados y exfuncionarios sospechados que me escupieron el poder en la cara durante años. Pensé que jamás iba a poder cortar los hilos de aquella careta de hipocresía con la que me hablaban.

Bacigalupo estaba ansioso, inquieto por la presión de Centeno.

21 de marzo de 2018.

10:00

Hola Diego, buen día y buen miércoles.

Avísame cuando nos encontramos, Centeno me está volviendo loco.

Gracias y disculpa por la molestia.

11:06

A las 12 ¿Paso por su casa o prefiere en alguna esquina?

11:07

Gracias, yo te espero en casa.

12:09

Estoy a pocos minutos

Le aviso desde abajo

12:26

Estoy

12:27

Bajo

Abrí la ventanilla y Bacigalupo se acercó al auto.

—Centeno está arriba, algo ansioso — me dijo.

Le entregué la caja tal cual la había recibido dos meses atrás, aunque abierta.

—Le dije que se la había mandado a un primo de Córdoba y que nadie recibe nada sin mirar qué es —me aclaró. No fueron más de dos minutos. Lo saludé y me fui.

Desde ese encuentro en marzo en el que le devolví los cuadernos había pasado mucho tiempo. El 31 de julio nos íbamos a ver y yo le iba a contar qué había pasado con toda la información. Le iba a informar que, por una decisión mía más que de él, se habían convertido en la pieza clave de una trama que estaba a punto de conocerse.

Esa mañana, temprano, me escribió. Habíamos quedado en un bar cerca de la esquina de Cabildo y Federico Lacroze. Como el bar aún no había abierto, me pasó las coordenadas de un nuevo punto de encuentro.

Llegué unos veinte minutos tarde. Bacigalupo me esperaba en una mesa cerca del fondo. Levantó la mano y me senté frente a él. Más puntual que yo, había llegado a horario y ya había corrido el primer café.

Era uno de esos bares que yo jamás hubiese elegido. Algo oscuro y con una mezcla de estilos y detalles que le quitaban cualquier rasgo de personalidad. Bacigalupo siempre me preguntaba por mi familia y cómo estaba yo al inicio de cualquier diálogo. Ese día no fue la excepción.

—Bien, Jorge, por suerte, todo bien. Tengo que contarle algunas cosas —lo previne.

—Sí, por supuesto, decime.

—He trabajado intensamente después de que usted me entregó los cuadernos en enero. Imagínese que ha pasado mucho tiempo. Y han ocurrido varias cosas, especialmente desde marzo, cuando se los devolví.

—¿Qué hiciste?

Ante la pregunta directa, no había más lugar para preludios. Le relaté cada uno de los pasos que había dado, desde la investigación en silencio hasta la devolución. Dejé para el final, claro está, la decisión de llevarlo a la Justicia.

—Hice una denuncia con todo lo que me entregó a lo que le sumé todo lo



que investigué.

—Me parece muy bien — me respondió.

—El tema es que la cosa se ha acelerado en las últimas horas.

—¿Dónde está la causa?

—Yo hice la denuncia con el fiscal Carlos Stornelli y la causa la lleva el juez Claudio Bonadio.

—¿Y qué pasó?

—De acuerdo con lo que sé, se han acumulado muchas pruebas. Pero el tema es que yo nunca dije cómo y quién me entregó los cuadernos. Por lo tanto, eso es toda una incógnita. Su nombre no lo tiene nadie.

Bacigalupo me miró de frente, enfocó sus ojos claros y algo vidriosos en los míos. Sabía perfectamente que aquel hombre iba a ser distinto desde ese momento, que jamás se olvidaría de aquellas palabras. Ya nada podía volver atrás.

—Jorge, yo nunca le di su nombre a la Justicia, pero hace unos diez días tuve una reunión y tomé un compromiso: pedirle que vaya declarar. Sepa que es su decisión, que guardé la fuente y jamás revelé su nombre. Pero temo que, tarde o temprano, van a llegar a usted. Les interesa que les cuente cómo fue que usted recibió los cuadernos y cómo fue que me los dio a mí.

Bacigalupo se quedó callado un momento. Hizo un gesto que ya había visto varias veces. Sentado, apoyó sus manos en los muslos y meneó la cabeza mirando para abajo. Fueron los segundos más tensos que había vivido desde que me llegó aquella bitácora de la corrupción criolla. Levantó la vista y volvió a mirarme fijamente.

—Mire, Diego. Tengo 73 años y estoy más cerca de Lázaro Costa que de esta vida. Si es lo que tengo que hacer para ayudar a que esto se sepa de una buena vez, que se destaque todo y que le sirva a usted, estoy dispuesto.

La referencia a una de las más tradicionales funerarias de la Argentina fue la más cruda descripción de lo que pasaba por su cabeza: de algún modo, el lugar que ocupaba en esta trama lo hacía temer por su vida.

Yo me sentí aliviado, pero también profundamente egoísta. Su paso al lugar de denunciante lo convertía en un blanco de los involucrados y lo exponía de manera cruel con Centeno. Pero las miserias se confiesan después y yo, sentado en esa mesa del bar de Belgrano, esa mañana fría, pensaba apenas en mí y en lo que significarían esas palabras para el expediente.

Finalmente, mi fuente, la que tanto había guardado, entraría en Comodoro Py para relatar aquellas horas en las que le entregaron los cuadernos, los meses durante los cuales estuvieron quietos en su casa y los minutos de vorágine cuando me los entregó.

No dije nada, apenas pude con la sensación de que lo irremediable ya no se podía detener. Bacigalupo retomó el diálogo.

—Diego, ¿y cómo tenemos que hacer?

—Yo hablo con el Fiscal y le aviso cuál es la hoja de ruta. Él me dijo que, en caso de que aceptara, armara una reunión con usted.

—Perfecto, hágala cuando quiera. Yo me voy a mi casa y espero su llamado.

—¿Cómo viene su tarde?

—Yo estoy con tiempo, Diego; a mi edad y jubilado, tengo mucho tiempo. Arregle usted y me avisa.

Seguí unos minutos explicando el motivo de mis decisiones. Volví a contarle el andamiaje de pasos que —uno a uno— había dado para llegar adonde estábamos y le expliqué todos los movimientos que terminaron por exponerlo. Pero a Bacigalupo ya le importaba poco. El hombre había decidido un rumbo y no necesitaba ningún argumento más.

—Llame al Fiscal y me avisa. Yo lo voy a estar esperando —zanjó.

—Gracias, Jorge —alcancé a decir.

Pedí la cuenta y nos fuimos juntos. Fue la primera vez que sentí que estaba todo terminado. Nos despedimos, salimos a la calle y el aire de aquella mañana de invierno me terminó de despertar.

Caminé rápido unos pocos metros y, desde la esquina de Cabildo y Federico

Lacroze, le escribí al Fiscal.

8.55

El hombre está dispuesto a verte

9.07

Estoy en Palermo

9.26

Preparate para las 14, por Belgrano

9.29

Ok

A tu colaboradora mandala a la Fiscalía

10.37

¿Querés que vayamos a la casa de "el hombre"?

10.39

Ok

A qué hora?

10.39

A las 14

Al mismo tiempo, tuve otro intercambio con Bacigalupo.

9.26

Jorge, a las 14. Con él y yo

Donde quiera

9.30

Estoy en casa, preguntale si quiere venir o yo voy a el lugar que a él le quede cómodo.

Bueno, confírmame.

10.38

Vamos para ahí.

10.39

Los espero con café y medialunas.

Me quedaban un par de horas para terminar de cerrar la cadena que había empezado a construir hacía meses. Pensaba en aquella tarde de verano, cuando salí abrumado de aquel departamento con una caja llena de cuadernos. Repasé todos esos días de incertidumbres, miedos y, sobre todo, soledades.

Me guardé para mí ese rato hasta las dos de la tarde. Encontré otro lugar donde matar el tiempo. Y ahí estuve, a unas pocas manzanas de donde sería el encuentro.

Unos minutos antes de la hora de la reunión, llamé al Fiscal. Ya había llegado. "Te espero en la vereda del sol", me respondió.

Nos saludamos y le indiqué el edificio al que teníamos que ir. No hablábamos demasiado. El Fiscal, viejo zorro judicial, sabía que de esa reunión dependía gran parte de la solidez de la causa que lo había desvelado en el último tiempo. Lo mío no era ansiedad; más bien, miedo y entusiasmo. Mezclados. A veces ganaba uno; a veces otro. En ese momento, los temores estaban muy por encima de cualquier atisbo de expectativa.

Desde la puerta le escribí a Bacigalupo.

13.51

Estamos

13.51

Nos quedamos un par de minutos en la puerta prácticamente sin hablar, hasta que el hombre apareció en el palier del edificio. Abrió la puerta y le tendió la mano al Fiscal.

—Jorge Bacigalupo —le dije al Fiscal a modo de presentación. Fue ahí cuando por primera vez le di el nombre de mi fuente a la Justicia.

—Encantado, doctor. Usted no me conoce pero yo sí. ¿Qué tal, Diego?

—¿Cómo le va? ¿Cómo anda? —contestó el Fiscal.

Subimos al ascensor y llegamos rápido a ese tercer piso. Salimos a la derecha y, ni bien el dueño de casa abrió la puerta, nos recibió la perra.

—¿Cómo se llama?

—Sasha —contestó Bacigalupo—. ¿Un cafecito, doctor?

—Sí, cómo no.

—Diego, ¿vos también?

—Sí, gracias.

Nos sentamos alrededor de la misma mesa redonda en la que habíamos conversado en enero. Esta vez, la había cambiado de lugar. Estaba más cerca de la ventana y enfrentada a un televisor que colgaba de la pared.

El Fiscal trabajaba a dos bandas: ganarse la confianza de la perra con caricias y mantener una conversación con Bacigalupo, que, detrás de una pequeña barra, preparaba café en cápsulas.

Había arreglado la mesa para la recepción. En una panera estaban las medialunas prometidas, con algunas servilletas de papel y varios manteles individuales. Era un rodeo de seducciones mutuas.

Bacigalupo apeló a un recurso viejo pero tremendamente efectivo: hurgar en algún conocido de ambos. Así se empezaron a tirar nombres, fechas y relatos de la última vez que cada uno de ellos se había visto con esa persona. Llegó a la mesa

con los cafés y se sentó con nosotros.

Las medialunas volaron en minutos mientras el Fiscal y el anfitrión repasaban algunos títulos de una prolija biblioteca que estaba en un rincón del departamento. Sobresalían todos los tomos de historia que escribió en los últimos años Juan Bautista "Tata" Yofre, de quien Bacigalupo se declaró admirador por la enorme cantidad de datos con los que contaba sobre la historia moderna de la Argentina.

Ambos habían monopolizado la conversación, aunque, de a poco, se terminaban los temas. El Fiscal no podía disimular la ansiedad de que prefería la inmediatez. Siguió la conversación sobre anécdotas improbables y aventuras de la historia reciente en la que los protagonistas eran conocidos por ambos. Sentí la necesidad de introducirlos, después de todo, yo había generado ese encuentro; ellos se terminaban de conocer.

—Jorge, el Fiscal me pidió que hablara con usted. El motivo de esta visita, usted lo sabe, se lo expliqué hoy a la mañana —dije sin rodeos.

—Sí, Diego. Doctor, él me explicó todo.

—Jorge, para nosotros una declaración suya tiene una enorme importancia. La investigación ha tenido muchos avances pero Diego nunca nos dijo cómo habían llegado esos cuadernos a sus manos. Que lo cuente usted en la Justicia sería de una enorme importancia —le explicó el Fiscal.

Ya no había nada que hablar, ningún otro tema importaba.

Bacigalupo enfocó sus ojos claros, su mirada algo vidriosa en el funcionario judicial. Se mantuvo un eterno instante en silencio mientras acariciaba la perra a su lado, frente al televisor encendido.

—Hoy le dije a Diego la verdad. Soy solo, soy viudo, tengo 73 años y un hijo. Si es lo que me toca hacer, lo haré encantado. Doctor, cuente conmigo.

El Fiscal no cambió en nada su expresión. Viejo lobo, sabía que desde el momento que había aceptado aquella reunión la declaración era segura. No sé si yo modifiqué mis facciones entonces, si las emociones ganaron, pero sí recuerdo que estaba profundamente aliviado.

Pese a la aceptación, todo era tensión alrededor de esa mesa. El Fiscal tomó

el teléfono y contestó un mensaje. Permaneció ausente unos minutos mientras Bacigalupo repetía que estaba convencido de ese paso. Pero al Fiscal poco le interesaban las palabras en ese momento; estaba en otra cosa. De pronto, levantó los ojos, también claros, y lo miró.

—Jorge, le tengo que informar algo.

—Diga nomás.

—Su amigo Centeno está detenido. Lo hemos ido a buscar a su casa y está a disposición de la Justicia. Imagino que entre mañana y pasado será indagado.

Bacigalupo dejó de acariciar la perra y puso sus dos manos sobre las rodillas. Meneó la cabeza y miró hacia abajo.

—Yo le dije al Negro que esto iba a terminar así. Le dije que tenía que ser él el que se presentara ante el Juez y le contara toda la historia. ¿Sabe cuánto tiempo hace que se lo dije? Años. Pero no quería saber nada. Si hasta ahora sigue remiseando para ellos.

—Está detenido y a disposición del Juez.

La tensión subió esos momentos. Y para mí, mucho más. No eran todavía las tres de la tarde y yo también acababa de enterarme de la detención de Centeno.

Por primera vez, tomaron forma aquellas palabras del Doctor cuando me dijo, en julio, que desde el momento en que me avisaran, no habría mucho tiempo para lograr la declaración de Bacigalupo. Entendí el plan: detener a Centeno, solidificar ese eslabón que estaba sin construir con la declaración de mi fuente y, después, avanzar con lo que seguía.

Fue un shock. Tomé conciencia en ese instante de lo irremediable de los sucesos, de la autonomía de los hechos que había iniciado y de la gravedad de lo que vendría. Mis miserias se vinieron encima; mis temores también empezaron a mover sus fichas. Imaginé mis días de ahí en adelante y me puse a pensar en que todos los planes de esa noche se terminaban. Cambiaban el diario, la agenda y mi vida en pocas horas. Abrumado, me metí en la charla. No podía aportar nada, solo empezar a afinar la logística de los pasos siguientes.

—Jorge, cómo quiere hacer.

—¿Le parece mañana a la mañana? —preguntó.

—Sí, claro, cuando a usted le quede bien —arrimó el Fiscal.

—¿A qué hora? Yo lo vengo a buscar —me ofrecí.

—A las diez puede ser, pero quédese tranquilo. Yo me tomo el subte.

—¡No! No me cuesta nada. Yo paso por usted, lo espero en Comodoro Py y lo traigo.

No quería dejar ninguna posibilidad librada al azar. Además, imaginaba, tampoco podía permitirme que se arrepintiese en algún momento. Finalmente, empecé a temer. Me retumbaba aquella frase que me había dicho el Doctor: “En la Argentina se mata por silencio; no tanto por venganza, al menos en este tipo de delitos”. Esa noche, junto a su verdad, era un hombre vulnerable.

El Fiscal miraba y asentía. En un momento, Bacigalupo se acordó de que al otro día, entre las once y la una, venía la señora a limpiar.

—Vamos temprano, yo lo paso a buscar a las siete y para esa hora está de vuelta —propuse.

Entonces habló el Fiscal.

—Escúcheme, Jorge. Estoy con el auto y la custodia abajo, ¿no le parece ir ahora y terminar con el asunto? ¿Qué tiene que hacer? No le va a llevar más de una hora. Después Diego lo acerca.

—De acuerdo, vamos. Espere que me abrigo y vamos.

—Jorge. Quiero que sepa que, de ahora en más, al menos por un tiempo, se va a tener que cuidar. Puede ser peligroso para usted que ande demasiado expuesto —le dijo el Fiscal.

—Quédese tranquilo, yo sé cuidarme. Y además, me quedaré quieto. No tengo demasiada actividad. Estoy jubilado y a mi edad, ya no hay tantas urgencias.

En pocos minutos y después de alguna conversación animada por la actualidad, los tres bajábamos por el ascensor. Nos despedimos. Ellos se fueron en el auto oficial y yo los seguí en el mío.



Era una tarde relativamente tranquila, y en no más de veinte minutos estábamos en los tribunales federales. En el camino hablé con el diario. La Redacción estaba a cargo de una mujer esa tarde ya que el secretario general, José del Río, llegaba a la madrugada de viaje.

Veníamos hablando con él desde hacía varios días.

30 de julio de 2018

13:27

José. Buen día! Estas para cinco?

Se precipitaron los tiempos

18:16

Uy

Aterrizo el miércoles

1 de agosto ya estoy ahí

Si te parece agendemos ya una hora para el miércoles

18:17

La bloqueamos con lu

18:17

Algo hablamos con Gail y Martín Rodríguez Yebra para poner en marcha algunas piezas por las dudas de que salga

18:17

La cosa se precipita

18:18

No llega al miércoles?

18:18

Mañana a las 8 tengo una reunión importante! Te tengo al tanto

18:18

Pls

18:18

y... no depende de mi

18:18

Pero demoslé todo el despliegue

18:18

Yo aspiro a que todo sea la que viene

18:18

Avisame si hay alguna traba o algo que llamo para que te den todo lo que precisas

18:19

Tranqui

Veamos qué pasa estos días

18:26

Miércoles estoy ahí

Martes 31 de julio

10:48

Aloo

10:48

Acá pronto a tomar vuelo a la tarde

Como venimos

10:51

Bien!!!!

10:51

En el diario pusimos en marcha varias cosas

10:51

A las 8 me reuní con fuente. La que me dio la documentación

10:52

Me habían pedido si lo podíamos traer a declarar.

10:52

Aceptó!!!!

10:52

Bien!!!!

10:52

A las 14 nos juntamos con el Fiscal y él en el departamento de mi fuente

10:53

Después de eso ya está todo listo para avanzar

Para que la justicia avance

10:53

Gail [Scriven] y Martín [Rodríguez Yebra] a tu disposición si hay que avanzar hoy

10:53

Si. Todo bárbaro con ellos

10:53

Sino mañana nos vemos y planificamos todo

10:53

Te mantengo al tanto pero todo es inminente. Buen viaje

17:31

A punto de despegar

17:31

Ansioso por aterrizaar

17:31

News?

17:31

Llego 4.40 am

18:09

A las 5 am

18:09

Sucede todo

18:09

Te esperamos. Ja

18:10

Excelente

18:10

Mañana la rompes

18:10

Igual celebremos luego

18:10

Ahora foco

18:10

Tremendo lo q viene

18:11

Ya detuvieron al escritor

Las comunicaciones con José del Río habían aumentado en esas horas. Él coordinaba el equipo y se comunicaba con sus dos alfiles en la Redacción: Gail Scriven y Martín Rodríguez Yebra. Ellos hablaban conmigo, me asistían en cada movimiento, ejecutaban las decisiones en una Redacción que empezaba a tener las pulsaciones más altas y, sobre todo, me tranquilizaban. Gail y Martín eran el bálsamo que necesitaba en esos momentos de extrema tensión. A este puñado de personas se sumaba Fernán Saguier, subdirector de *La Nación*. Empezamos a dar forma definitiva a la información más relevante y más revitalizadora que puede tener la Redacción de un diario.

Esa tarde del 31 de julio, ya en Comodoro Py, bajé del auto y crucé la calle llena de camiones y embarrada por las obras en esa zona de Retiro. Había puesto a la Redacción al corriente de lo que estaba sucediendo. Hablé varias veces con Gail: la gran duda era ver qué haríamos con la edición papel, que tendríamos que terminar de cerrar pocas horas después. “No te puedo decir si damos algo o no, por ahora”, le contesté. Ella, como siempre, me dejaba hacer, me daba siempre la derecha.

Subí las escaleras de Comodoro Py y volví a las sensaciones que me

producía aquel edificio. Soledad y lejanía. Pero ese día, tenía mucho miedo por lo que vendría. No podía dejar de pensar que la Argentina estaba a punto de conocer una causa cuyas consecuencias eran imposibles de proyectar del todo, pero que seguramente cambiaría la agenda.

Escuchaba cada paso que daba en esos pasillos silenciosos. Llegué a la fiscalía y me senté a esperar que Bacigalupo terminara de declarar.

En el piso de abajo, además, estaba Candela, mi colaboradora fundamental, junto a Santiago. Él de vacaciones; ella, sentada frente a un funcionario judicial relatando todo lo que había vivido aquellos meses en los que trabajó conmigo.

Dos personas, en ese momento, arrastradas por toda la maquinaria que puse en marcha en enero, estaban en momentos fundacionales de su vida, esos que mirados a lo lejos pueden o no traer buenos recuerdos. Todo había sedimentado, pero el resultado de la causa era incierto. Nuestros nombres, nuestras palabras y nuestros testimonios eran protagonistas de una trama que enredaba al poder. Y la historia reciente no ha escrito capítulos muy elogiosos de los que lo han hecho.

Me senté a esperar. Media hora después, una secretaria del Fiscal vino a hablar conmigo. Me confesó que estaba al tanto y que a ellos también les había cambiado la rutina de trabajo. Me dijo que nunca había tenido una causa así. Excusó a su jefe: estaba en medio de aquella declaración.

El tiempo no pasaba en los despachos de Comodoro Py. De pronto, apareció el Fiscal.

—¿Tenés un rato más? Esperanos unos minutos, hablamos y después lo alcanzás a Bacigalupo a su casa.

—Sí, espero.

Candela terminó de declarar y me llamó.

—Hola, Diego.

—¡Cande! ¿Cómo te fue?

—Bien. Ya salí.

—¿Estás tranquila?

—Sí, sí. Me preguntaron varias veces si conocía quién te había entregado los cuadernos. Hablaba sobre un tema y de inmediato volvíamos a la misma pregunta. Siempre les contesté que jamás nos habías dicho el nombre.

—Bueno, quedate tranquila. Esa persona ya declaró.

—¿Vos qué vas a hacer?

—Voy para el diario. Andá para allá que yo termino acá y nos encontramos. Preparate para una noche larga de trabajo. Cancelá todo lo que tengas.

A la media hora, Bacigalupo terminó de declarar.

—Esperá unos minutos. Después, lo llevás a Bacigalupo a su casa.

Permanecí en ese despacho del rincón de Comodoro Py más cercano al puerto porteño.

—Vení —me llamó el Fiscal.

Salimos juntos al pasillo, solo había un personal de custodia en una oficina cercana. Bajamos un piso y llegamos al despacho del Juez. Nos anunciamos y entramos.

El Doctor estaba, como muchas otras veces, de camisa y chaleco, sin corbata. Volví a sentarme en el mismo lugar en el que lo había hecho cuando me pidieron que contactara a mi fuente.

Con la radio prendida detrás, como siempre, el Doctor y el Fiscal intercambiaron unas palabras relajadas. Al magistrado le llamaron a atención los anteojos que ese día tenía el hombre que había llevado adelante la investigación.

—Los compré en un aeropuerto; se me rompieron los míos y son los únicos que tengo —se justificó, tratando de explicar que esos colores, marco celeste y patillas blancas, no tenían tanto que ver con sus gustos sino con la necesidad de enfocar.

El Doctor estaba apoyado en su sillón con las manos juntas. El marco de ese despacho no permitía imaginar la profundidad de lo que vendría.

—Como usted sabe, ha declarado Bacigalupo, la fuente que le entregó los

cuadernos a usted. Por lo tanto, esa parte, en la que nosotros le habíamos pedido su colaboración, está terminada.

—Sí, sabía que estaba declarando. ¿Cómo sigue la cosa?

—Todo lo que viene es inminente. Va a haber varias medidas judiciales que, por razones que entenderá, no puedo comentarle.

—Entiendo.

—Le quería comentar algo. Esta denuncia fue hecha allá por abril frente al Fiscal en los términos de la identidad reservada. Ahora bien, cuando la causa se conozca, una de las grandes intrigas va a ser quién fue el denunciante. Se van a tejer mil hipótesis y se le va a agregar un misterio que no debiera. Usted sabe cómo es ese sistema: en algún momento se va a saber y será entonces cuando va a tener que dar muchas explicaciones de gusto —dijo el Doctor. A mi lado, el Fiscal asentía.

—¿Qué sugiere?

—Mi opinión es que no es necesario que se oculte su nombre, va a tener un efecto mucho peor. Y, además, no veo por qué hay que ocultarlo.

Lo miré al Fiscal para ver cuál era su opinión.

—Me parece innecesario que haya ese misterio. Esto es una investigación tuya y no creo que sea bueno ocultarlo.

La decisión era ahí y ahora. No había ni siquiera unos pocos minutos para decidir. A su forma y con palabras medidas, me dijeron que irremediamente mi nombre se conocería. Abrumado, contesté.

—Si ustedes creen que es lo mejor, avancemos así.

Hasta ese instante solo un puñado estábamos al tanto de todo; la segunda parte, que ahora comenzaba, sería pública. Se terminaba el anonimato, mi nombre quedaría en el medio de la trama.

El Doctor se paró y se terminó la reunión.

—Muchas gracias por todo —dijo. Me dio la mano, lo saludé y nos



retiramos.

Salimos con el Fiscal y volvimos a su despacho. Nos esperaba Bacigalupo, de camperón y pantalón beige, tal como lo habíamos arrancado de su casa unas horas antes. Estaba en una oficina en la que trabajan varios funcionarios judiciales. Lo saludé y seguí de largo a la del Fiscal.

—Lo que viene es fuerte.

—¿Qué tan fuerte?

—Muy fuerte. Estate atento y cuidate.

—¿Qué puedo publicar?

—El compromiso es el mismo que asumimos hace meses. Nada hasta que haya movimientos judiciales. Cuando se conozca, vos ya tenés todos los datos de la investigación; sabés cómo se llegó hasta acá. De ahí en más, es tu trabajo.

—Decime algo más de lo que se viene. Me voy para el diario y me van a preguntar.

—No puedo.

—¿Y Centeno?

—Está detenido, creo que acá abajo, en la Alcaldía.

—¿Cómo está?

—No sé, no lo he visto.

—¿Declara mañana?

—No creo, imagino que el jueves. Pero por ahí, mañana a la tarde.

—Decime qué se viene mañana.

—No puedo. Solo te digo una cosa; esto es jaque mate. Andá, quedate atento y llevá a Bacigalupo a su casa.

Nos saludamos, me acompañó y salí al encuentro del hombre que siete

meses antes me había entregado los cuadernos. Estaba en medio de un café con varios funcionarios y auxiliares del despacho. El Fiscal lo saludó.

—Gracias, Jorge. Su testimonio es muy valioso.

—Yo ya le dije, no tengo nada que ocultar. Si sirve para algo, para desenmascarar todo lo que pasó, encantado. Quedé en que mañana le voy a traer a su secretario un dato de una dirección que no recuerdo. Ya sabe, lo que necesite. A sus órdenes.

—Diego lo va a llevar. Cuídese.

Salimos juntos a esos pasillos. Ninguno de los dos habló demasiado. Recuerdo que le pregunté si había estado cómodo y cómo lo habían tratado. Tampoco busqué saber qué le habían preguntado. Tensos y silenciosos, esperamos el ascensor.

Bajamos en soledad, con un edificio vacío. En la puerta principal de Comodoro Py hay una guardia que se limita al saludo. Pasamos por el escáner que hace años no funciona, descendimos por las escalinatas y alcanzamos la vereda. Cruzamos con precaución la calle, como siempre en esa zona entre camiones apurados, y llegamos a mi auto. Le pedí que se pusiera el cinturón para acallar a ese grillo electrónico que suena cuando alguno está desabrochado.

Estaba aturdido. No quería iniciar ninguna conversación. Unas diez horas antes, Bacigalupo se había encontrado conmigo en un bar. Desde ese momento, la vorágine de la jornada lo había arrastrado a Comodoro Py y lo había sentado frente a un funcionario que le tomó declaración. Su vida había dado un vuelco abrupto en poco tiempo, en medio día. Y yo, claro está, me sentía ciertamente responsable de ese vuelco.

—Jorge, muchas gracias —le volví a decir.

—No tiene nada que agradecerme —me tranquilizó.

—Usted es consciente de lo que hizo, ¿no?

—Sí. Es lo que había que hacer. Quédese tranquilo.

—Según lo que puedo presumir, mañana empezará todo. Le pido que se cuide. Igualmente, por ahora, no voy a dar su nombre, pero no pasará mucho hasta

que se sepa. Ahí lo van a llamar de todos lados, canales, radios, televisión.

—Yo no tengo más nada que decir. Lo que tenía que hacer, ya lo hice. Lo que más me preocupa es mi hijo. Pero imagino que no pasará nada.

—En eso estamos igual: a mí me preocupan mucho los míos.

—Vamos a ver qué pasa.

La conversación siguió. Dejé atrás Retiro y agarré por Libertador, camino al Norte. Era plena hora pico, por lo tanto el tráfico no permitía apurar la marcha.

La conversación siempre iba por el mismo tema, lo que vendría y las revelaciones de aquellos cuadernos que guardó en su casa. Me contó que al día siguiente volvería a la fiscalía a entregar una dirección de un emprendimiento del matrimonio Baratta cuyos datos él tenía. Le ofrecí llevarlo y me dijo que no, que esa vez prefería el subte. No insistí.

Volví sobre Centeno. Le recordé que su amigo, aquel que le había entregado el secreto, estaba detenido.

—No te imaginás las veces que le dije que vaya y cuente, que lo iban a dejar pegado. El Negro es buen tipo, muy buen tipo, y él sabía en qué se metió. Pero nunca pudo salir. Una pena —me contestó. Noté que, por primera vez, me tuteaba. En el fondo me alegró, cualquier señal, por pequeña que sea, que dejase traslucir que no estaba enojado conmigo, era una caricia para mi pesar.

Seguimos por Libertador, el tráfico era cada vez más denso.

—Dejame sobre Libertador, no te metas para adentro que vas a tardar mucho.

—No, Jorge. Lo llevo.

—En serio te digo, me va a hacer bien caminar unas cuadras.

Estacioné en la esquina de Olleros y Libertador y nos despedimos. Le volví a decir que estuviera atento, que se cuidara y que me llamara si necesitaba algo.

Bacigalupo se bajó y yo saqué mi teléfono para ver si tenía algún mensaje urgente. Me escribía Gail, con quien hablaba por la edición del día siguiente.

17:54

¿Estás por acá?

18:13

Yendo

18:14

Bien

18:14

¿Cuánto te falta?

18:14

Solo para saber

18:14

¿Algo hoy?

18:14

¿O mañana?

18:17

Mañana. A la mañana

18:17

Imagino que a la madrugada pasa todo

18:17

Perfecto

18:17

Te esperamos

18:24

Búscame cuando estés

Ninguno de los otros chats tenía importancia en ese momento. Retomé Avenida del Libertador y seguí para el diario.

Eran los instantes finales de esa soledad periodística abrumadora con la que había convivido pocos meses. Ya terminaba, ahora podía compartirlo con colegas, con amigos, con familiares. Pensé en cada una de las personas a las que les había contado, aunque sea una parte de la historia. Repasé los meses del silencio, no podía terminar de creer que se hubiera podido construir un secreto alrededor de información de tanta relevancia. Me pregunté cómo sería lo que vendría y en qué lugar quedaría después de esa batalla.

Entonces llegué a la Redacción, el lugar donde me siento arropado. Eran las últimas horas de mi anterior vida.

## Capítulo VIII

### La vigilia

—¿Cómo estás?

—Bien, Gail. Tranquilo.

—Vení. Hablemos.

Llegué al diario y Gail fue la primera que me recibió. No sé si estaba tranquilo, pero la respuesta era la que todos necesitábamos. Estaba sereno, pero no era tan sencillo lograr tranquilidad.

Fuimos a la “Sala de tapa” junto con Martín Rodríguez Yebra. Eran más o menos las siete de la tarde del martes 31 de julio. A esa hora, en un día convencional, la tapa ya estaría relativamente decidida en un alto porcentaje. Siempre, claro, a la espera de las novedades.

La página web, nuestro canal más importante en esa franja horaria, tiene a esa hora uno de los momentos de más tráfico del día. Es la hora en que se termina la jornada de trabajo. Son momentos de ansiedad por la búsqueda de un buen título.

Estábamos los tres solos en la sala vidriada. José del Rio ya los había puesto al corriente de todo. Los tres, además, informaban a Fernán Saguier sobre cómo marchaba aquella noticia.

—Mañana a la madrugada sucede todo. Es inminente. Ya detuvieron al chofer y yo sé que después de eso va a pasar todo. Imagino que las detenciones y los allanamientos serán temprano. Eso es lo que pasa siempre.

—¿A cuántos van a detener? —preguntó Gail.

—No sé exactamente, pero calculo que entre quince y veinte en el primer día.

—¿Podemos contar algo ahora?

—No, nada. Imaginate que vamos a tocar la campana nosotros.

—No, claro.

—Y en la edición impresa —preguntó Martín.

—Y... esa es la duda. Si todo va a ser a la madrugada, no creo que podamos adelantar mucho tampoco.

—¿Cuánta gente lo sabe?

—Imagino que ahora mucha más. Ya hay más movimientos. Estuve en Comodoro Py, donde llevé a Bacigalupo a declarar. Y allí, en los juzgados, aquel grupo pequeño que vi todo este tiempo, se amplió. No sé, mucha.

—¿Nos preparamos para mañana?

—Sí. Todo a la web, temprano.

—Llamemos al equipo completo que va a estar involucrado en la producción —propuso Gail.

La sala se empezó a llenar. Vinieron los editores y los secretarios de Política y Economía, las dos secciones de la Redacción que tenían que ver con la cuestión por los empresarios y los exfuncionarios salpicados. Todos ya sabían algo. Se sumaron dos áreas que eran determinantes para contar la historia, casi una novela negra de la Argentina: Arte, a cargo de todo el diseño de lo que producimos los periodistas, y Fotografía, clave para registrar esos momentos que jamás se van a repetir.

—Es fuerte, lo que viene es fuerte —les dije.

La estructura de una Redacción es un reloj periodístico. Todo el mundo sabe qué tiene que hacer en momentos excepcionales. Ya el clima dentro de ese lugar vidriado era de una maravillosa tensión por las noticias.

No hubo una conclusión distinta de la que teníamos desde hacía siete meses: esperar. Compartí con todos la decisión que había tomado pocas horas antes. Les comenté que la Justicia me había aconsejado no ocultar mi identidad como denunciante y que finalmente había accedido a que se conociera mi nombre. Eso, claro está, nos exponía, no solo a mí sino a toda la organización. Conté las razones que me dieron en la Justicia para evitar sumar una intriga innecesaria en la causa. Ya no había vuelta atrás.

Gail siempre estaba atenta a la cuestión humana más allá de la agenda periodística.

—¿Y? ¿Cómo te sentís con eso?

—Y bueno, ya está. No hay mucho por hacer. Me parecieron razonables los argumentos que me dieron. Ahora, a bancarla.

Todos sabíamos que la exposición iba a ser enorme y que, en la Argentina de las pasiones, ese tránsito podría resultar traumático.

La Redacción estaba en ese movimiento propio, inercial, a velocidad crucero. Cada uno en su tema, con su pieza del rompecabezas para lograr armar el dominó a cada minuto en la web, para intentar tener el mejor diario papel a la mañana. Pocos imaginaban lo que vendría.

Pasé por la sección Economía, mi lugar en la Redacción, donde hice toda mi carrera. Fui por un mate, como todos los días, y un rato de charla distendida con amigos, compañeros de ruta, confidentes, colegas. Tengo todo en ese rincón de la Redacción, donde me había mudado hacía poco tiempo. Libros que me llegan, apuntes, algún cuaderno y tazas, siempre tazas con los restos del último café. El monitor suspendido, colgado de un brazo, y un teléfono que no anda desde hace meses y que he dejado de usar con el tiempo. Debajo del escritorio, ubicado en una planta abierta donde todos somos vecinos, tengo dos cajas que quedaron de dos movimientos en la Redacción. Nunca las abrí y siempre me prometo desenterrarlas para ver qué encuentro. Arrumbados hay investigaciones que no hice, libros que no leí, lapiceras que no usé, apuntes que no volví a leer.

Pasadas las nueve de la noche, algo cambió. Las páginas de los diarios empezaron a dar la noticia de la detención de Centeno. Se había filtrado la primera medida judicial.

Reparamos todas las publicaciones, se percibía que nadie sabía exactamente el motivo de aquella decisión. De hecho, las notas la relacionaban con la causa que investiga la compra de gas licuado que se importaba en barcos que descargan en el puerto de Escobar y, hasta poco antes, también en Bahía Blanca.

Nos volvimos a encerrar en la “Sala de tapa”, los mismos que hacía un rato habíamos tomado la decisión de no publicar. El clima ya no era el mismo. La vida pública de la causa empezaba a latir, y, a su ritmo, la Redacción. Los que estamos dentro del mundo de las noticias calientes sabemos lo que significa la adrenalina



de publicar, la instancia única en la que se toma o no la decisión de salir o guardar, convivir con la duda de qué tendrán nuestros colegas, muchos de ellos talentosos y trabajadores, que podrían estar acercándose al mismo lugar que nosotros.

Teníamos plena conciencia de que nadie estaba al tanto de lo que había pasado todo ese tiempo, nadie tenía la materia prima que había sido utilizada para el trabajo judicial, pero la eventualidad de perderlo todo en ese momento era el peor escenario. Un escenario absolutamente posible. Quizá nunca nos lo hubiéramos perdonado.

Entramos cansados. Así describí ese momento en la primera nota que publicamos sobre aquellos momentos de adrenalina, dudas y cansancio.

*Era una romería de camisas afuera, pelos rebeldes y maquillajes olvidados después de tantas horas de trabajo. Eso sí, en cada rostro cansado había dos ojos encendidos por el fuego que nos produce la noticia irremediable. Ya se filtraba. Lo damos y salimos en "el papel", así le decimos aquí al diario, o esperamos a después de que la Justicia abra la partida. Unas quince personas, los que se acababan de enterar; los que sabían algo; los que estábamos desde el inicio, todos opinábamos.*

—Ya está publicada la detención de Centeno, ¿qué hacemos? —abrió la charla uno de los secretarios.

—Creo que esto lo tenemos que dar —contestó otro.

—Subamos ya a la web la detención de un chofer de Baratta. Eso es lo que están dando los demás y lo podemos dar. Creo que nadie sabe el motivo. Si se fijan, nadie apunta a esta causa, lo relacionan con la denuncia que hizo su exmujer, justamente, en el juzgado de Bonadio —tercié.

—Subamos eso.

—¿Qué hacemos con la edición *print*?

—Diego, ¿cuánta gente lo sabe ahora?

—En este momento mucha gente. No te olvides que, si van a detener entre quince y veinte personas además de decenas de allanamientos, el juez ya debería haberle avisado a la policía. Calculo que están al tanto no menos de doscientas personas —contesté.

Eran las cerca de las diez de noche. Las caras se tensaron cuando les pasé un número aproximado; en mi interior, estaba convencido de que ya serían un poco más.

Si una redacción pudiese mostrar sus sensaciones, en ese momento se podría decir que estaba con “piel de gallina”. Se mezclaban dosis de entusiasmo, bronca, impaciencia y, obviamente, los desencuentros entre colegas apasionados por la noticia, por llevar el mejor producto a nuestros lectores. Abrumados por lo que irremediablemente vendría; desconfiados por lo que podía pasar. Todos en la “Sala de tapa”, ahí donde todos los días se cocina la portada. Ya estaba todo dispuesto en la Justicia y decenas de divisiones buscaban sus chalecos para hacer una ola de detenciones de exfuncionarios y poderosos empresarios.

—Yo creo que lo deberíamos dar. No podemos jugarnos a ser los únicos que nos quedemos afuera de la noticia más importante del último tiempo —opinó uno de los presentes.

—El problema es que yo vengo trabajando desde hace meses en secreto. Hay una suerte de pacto de honor con la Justicia. No podemos tocar la campana unas horas antes después de tanto silencio. No podemos ser nosotros.

—Pero va a salir en otro lado. Si lo sabe tanta gente, seguro que se filtra.

—¿Qué pasa si lo publicamos en el papel?

—Lo que pasa es que se sube inmediatamente a la web. Entonces, tipo dos de la mañana, ya está todo publicado.

—¿Podemos esperar la publicación en la puntocom?

—Es lo mismo, cuando vaya la tapa terminada, se va a saber, se nos filtra acá.

—Creo que algo deberíamos dar. No nos podemos quedar callados con toda la información que tenemos.

—¿Diego?

—O no damos nada, o damos todo. Es imposible contarlo a medias. Es un diario que va a estar en la calle mañana a la mañana, cuando ya haya pasado la parte más importante de las detenciones y allanamientos. Creo que no se va a

entender qué publicamos si no damos todo.

—Yo lo publicaría.

—Sí, coincido. Algo tenemos que dar.

—¿Y si por alguna razón no pasa nada? Yo estuve toda la tarde en Comodoro Py, me quedé todo el tiempo en que declaró Bacigalupo, lo traje después, y creo que va a pasar esta madrugada. Pero si por alguna razón se aplazan todos los movimientos, no solo vamos a dar una noticia que no fue, sino que tocamos el botón de la alarma para todos. Mañana, no queda ninguno.

—Eso es un problema, si no hacen nada en la madrugada, quedamos en el peor lugar.

Para entonces, en la página web ya estaba publicada la noticia de la detención de Centeno. Sin detalles, casi por obligación. No quedaba demasiado tiempo para tomar decisiones. Los diarios tienen, más allá de la producción de las noticias en la Redacción, un proceso industrial de impresión y luego, un esquema complejo y encadenado de logística y distribución. Están canceladas las dudas y las indecisiones en esos momentos. No podíamos esperar.

A esa hora ya no hay reuniones a puertas cerradas en la vidriada “Sala de tapa”. Al final del día, cada cual trabaja en lo suyo. Uno a uno, desde sus escritorios completan pieza por pieza el rompecabezas que se publicará en pocas horas. Pero esa noche, todo era distinto. Alrededor de la mesa, se tiraban las opciones, se argumentaba, se rebatía, se discutía. Fuera de la ronda, los que pasaban por ahí, veían que algo sucedía y sospechaban: la excepcionalidad del momento se transmitía como una onda expansiva que alcanzaba al resto del piso.

La noticia caliente nos apasiona. Pero esa, que nos tenía a nosotros y a mí puntualmente en el medio de la trama, nos interpelaba de otra manera. No había lugar para ningún error. Las miradas se tensaban.

—Yo creo que no podemos dar nada, más allá de la detención de Centeno. No quiero ser yo el que rompa el pacto de silencio. Pero si es decisión de todos, lo damos —dije en un momento donde la balanza se empezaba a inclinar para el lado de la publicación.

José ya estaba en viaje a Buenos Aires; entre todos, conducidos por Gail y Martín, empezamos a construir una solución intermedia. Daríamos la noticia de la

detención con un agregado: podría ser el inicio de una causa que involucraría a muchas más personas. Una vez que la Justicia abriera el juego, nosotros subiríamos toda nuestra producción a la web. Era una noticia que empezaría a vivir su vida digitalmente, como la mayoría en estos días.

Inmediatamente, distribuimos los roles. Yo escribiría esa nota y luego dejaríamos que los hechos ganen: habíamos decidido, por última vez, no priorizar la primicia y mantener la apuesta que había empezado siete meses antes. No seríamos nosotros los que íbamos a correr tras la espectacularidad por ganar unos minutos de adelanto a nuestra competencia. ¿Y si alguno lo publicaba? Pues todo estaba resuelto, valía la pena dejar pasar esa noche para ganar a largo plazo. Convencidos de nuestras decisiones, y sobre todo de los riesgos que corríamos, dejamos pasar, quizá, una de las primicias más importantes de la historia del periodismo moderno.

Ahora bien, tan secreto había sido todo que no teníamos nada preparado. Hubo, reconozco, caras de reproche que me interpelaron. Tenues y comprensivas; no hay minutos para esas menudencias en tiempo de noticias calientes.

Cada sector diagramó su noche. Nosotros, con Candela, decidimos ir a casa a escribir. Arte se quedó en el diario preparando las piezas que iban a darle visibilidad a nuestros textos. Empezó a escanear la tapa de los cuadernos, los individualizó y buscó algunos registros de Centeno como para entregar a la opinión pública, a nuestros lectores, a los demás periodistas que iban a cubrir la noticia con nuestro aporte. Luego, empezó a darle forma a una pieza periodística que nos acompañó siempre y que actualizamos decenas de veces desde entonces: quién es quién entre los involucrados. Fotografía armó noche de guardia en el edificio donde vive Baratta, en pleno corazón de Belgrano. Un reportero gráfico se instaló ahí y otro lo iba a suplantar sobre el amanecer. Los demás, noche de vigilia y espera.

A las seis, un equipo de secretarios y editores ya estarían atentos para subir a la web todos los trabajos. A mí me quedó una tarea: el llamado final, el toque de campana para que el contenido se muestre por primera vez.

Me senté a escribir la nota que al otro día estaría en la tapa del diario.

*1 de agosto de 2018, La Nación.*

*Un chofer de Roberto Baratta, el número dos durante los 12 años de la gestión de*

*Julio De Vido al frente del ex-Ministerio de Planificación Federal, quedó detenido ayer. Hasta allí la noticia. Sin embargo, Oscar Centeno, de él se trata, es el primer eslabón de una investigación cuyas consecuencias aún son difíciles de imaginar.*

*El remisero del poder quedó a disposición del juez Claudio Bonadio después de un procedimiento en su casa de Olivos. Se lo acusa de haber sido el chofer de uno de los autos que recaudaban dinero de coimas.*

*Hoy, cuando se lleve a cabo la indagatoria del detenido, no será la primera vez que se vea la cara con el juez. En noviembre de 2017, ya había sido llamado a declarar en el marco de una causa en la que se investiga el pago de sobrepagos en la compra de los barcos de gas natural licuado (GNL).*

*Entonces, una expareja de Centeno se presentó espontáneamente ante al juez. En su declaración testimonial, dio detalles de ciertos movimientos que se hacían en autos utilizados por el ministerio que manejaba De Vido en los que se recolectaba dinero de empresas que tenían trato con estos funcionarios.*

*Puntualmente, en un Toyota que manejaba el ahora detenido se trasladaba Baratta en todos los recorridos que hacía el entonces subsecretario de Coordinación y Gestión.*

*Según su expareja, el crecimiento patrimonial de Centeno tuvo directa relación con las tareas que realizaba para los funcionarios.*

Terminé de escribir y me fui a casa. Había firmado una nota en tapa sobre la que tenía innumerables datos que no incluí. Me había guardado, para siempre, la principal noticia que tuve entre mis manos. Sentí cómo se escurría la primicia más grande a la que había tenido acceso jamás, nada más doloroso para un periodista.

Cada engranaje para la publicación estaba preparado, después de meses de quietud. Con todo organizado, me fui a casa a seguir trabajando. “No dudes en llamarme cualquier cosa. Besos”, me escribió Gail después de despedirnos en la Redacción.

Tomé las cosas de mi escritorio. Los anteojos, la billetera, las llaves del auto. Metí todo en mi mochila negra. Saludé a los pocos que quedaban. Descendí dos pisos, cambié de ascensor, y bajé uno más hasta el estacionamiento. Era un momento único, lleno de entusiasmo y cansancio. A veces, después de tantos meses, llega el momento de la caída, de aflojarse, de los valles después de los picos de tensión. Como el escritor que se relaja después del punto final y que tiene que volver a dar todo de sí para promocionar su libro; como el estudiante después de

un examen. Sabía exactamente que no podía sucederme eso, que lo que venía sería difícil y extenuante.

Habían pasado ya las once de la noche. El auto me saludó con un guiño a la distancia. Puse la mochila en el asiento del acompañante y me subí. Hice el camino de siempre por Avenida del Libertador, de vuelta a mi casa, donde me esperaba una noche de vigilia.

Al finalizar un día fuerte de trabajo durante el cual escribo algo que me deja contento, o cada vez que regreso de una reunión con alguien que me contó ese dato que esperaba, disfruto mucho esos momentos en el auto. Pongo música, una *playlist* que siempre tengo a mano. Buenos Aires de noche, con menos tránsito, tiene una magia especial para mí. “Sin el menor empacho, disfruta de la ciudad desde dentro del coche, cuyo aire filtrado y equipo de alta fidelidad confieren patetismo a los detalles más humildes”, escribió Ian McEwan en su libro *Sábado*. Siempre recordaba esa escena, en la que el protagonista de la novela, un médico neurocirujano, había logrado disfrutar de su auto de lujo después de un sentimiento de culpa con el que empezó la relación con su vehículo.

Esas semanas, me había volcado completamente al auto. A fines de julio, había salido en bicicleta para la Redacción. En una esquina paré ante el semáforo y se detuvo una moto a mi lado. El conductor, un personaje con casco del que no me quedó ninguna referencia, sacó una pistola de la campera y me pidió mi mochila negra. Llevaba ahí gran parte de mi investigación. Por más recaudos que habíamos tomado —dejar todo alojado en varios lugares—, perder ese registro me paralizó. Mientras el semáforo marcaba rojo, saqué del bolsillo mi celular y se lo di. El hombre lo agarró y se fue. Por tercera vez en los últimos años me habían robado el celular a punta de pistola; las otras dos veces, en la puerta de mi casa: una cuando llegaba y la otra cuando salía. Entonces retomé el camino y volví con la bicicleta a mi casa. Había salvado la mochila y, sobre todo, la computadora que me acompañaba. Decidí moverme algo más seguro, al menos durante un tiempo.

Esa noche, pese a la música, al hermetismo de los vidrios cerrados, del tránsito amigable y de las luces de una Buenos Aires que me apasiona, todo era distinto. Doblé por Crisólogo Larralde camino a Cabildo. Me detuve en una esquina, saqué el teléfono y llamé a cada uno de mis hijos. A todos les dejé el mismo mensaje: “Mañana va a salir la investigación en la que estuve trabajando estos meses. Quiero que sepan que van a escuchar de todo de papá, que van a leer cualquier cosa. Cualquier duda que tengan, cualquier pregunta que me quieran hacer, cualquier explicación que necesiten, por favor me llaman. Los quiero

mucho”.

Arranqué y seguí camino. Fue el único momento en estos meses en el que me quebré. Las luces se difuminaron y ya no escuché ninguna melodía. Me pregunté, en soledad, si había hecho bien, si el camino elegido habría sido el correcto, si valía la pena tanto esfuerzo. No podía prever cómo terminaría la cosa, pero sí sabía que todo, irremediablemente, estaba por empezar. “¿Cómo saldré después de estas semanas que se vienen?”, me preguntaba. Conduje automáticamente, todo se desdibujaba a mi paso. No vi nada; apenas pude con mis ojos empapados.

Me retumbaban dos frases que al inicio de este proceso me dijo el Fiscal: “Si se conoce esto, te matan”, me dijo una vez. Faltaban pocas horas para que aquello que no podía saberse se hiciese público. La otra advertencia: “Al principio va a haber gente que te va a felicitar, que te va a palmear la espalda. Pero tenés que tener claro una cosa: en seis meses estás solo, se fueron todos y quedamos pocos. En un tiempo, cuando todo empiece a temblar, te van a acompañar pocos”.

Como pude llegué a casa. Estacioné, tomé la mochila negra y subí. Poco después, llegó Candela.

Nos sentamos a escribir varios textos, a medias claro está, a la espera de los movimientos judiciales.

A las dos de la mañana, llegó el primer bálsamo. Las ediciones impresas de los diarios no tenían ninguna nota sobre la investigación. No se había filtrado nada.

A las cuatro, se encendieron las alertas de nuestra gente. Un fotógrafo, apostado en la puerta de la casa de Baratta, nos informó que la policía había llegado al domicilio del poderoso exfuncionario kirchnerista. Ya no quedaban dudas, el operativo estaba en marcha.

A esa hora, Candela se fue a su casa, venían días largos. Desde el diario, el grupo destinado a la confección de las piezas gráficas me consultaba a cada momento.

Yo no dejaba de mirar los diarios, las páginas web, la televisión, para ver si algo se filtraba. Pero la noticia, todavía, no se dejaba ver.

A las cinco y media me acosté una hora; creo que dormí cuarenta minutos.

A las 6.59 tenía el siguiente reporte: once presos, faltan cinco.

A las 7.40 subimos la producción periodística más sorprendente de los últimos años en *La Nación*. Varias notas, fotos de nuestros reporteros gráficos con la imagen de Baratta, escoltado y esposado camino a un patrullero, y decenas de páginas de los cuadernos que habían dado origen a aquella causa se mostraban por primera vez.

Centeno estaba detenido y esa mañana empezaron a verse las consecuencias de la investigación iniciada en el verano. Nadie imaginaba que ese testigo cauto había construido una enorme prueba de la trama de la corrupción en la Argentina. Lo hizo en la cara de los funcionarios. Pero la impunidad ciega; tanto que Baratta nunca imaginó que ese hombre, al que alguna vez le regaló una valija vacía después de sacar los cuatro millones de dólares que, según Centeno, había alojado unos minutos antes, construía la prueba más contundente de su función en el gobierno de los Kirchner.

El poder estaba conmovido y los medios de todo el país tenían un solo tema, una investigación sobre corrupción que desde el primer momento se denominó "Los cuadernos de las coimas".

Se había lanzado a rodar la noticia. "Esto es jaque mate", me había dicho el Fiscal. Él y yo estábamos en medio de aquella partida.



## Capítulo IX

### Las primeras horas

El martes 31 de julio, hacia el final de la tarde, el presidente Mauricio Macri recibió una llamada. Era la ministra de Seguridad, Patricia Bullrich. La funcionaria, más que darle detalles, lo puso al tanto: había llegado un pedido de la Justicia que solicitaba decenas de efectivos para varios allanamientos y para la detención de dieciséis personas, entre empresarios y exfuncionarios.

Fue el primer aviso que tuvo el gobierno sobre la investigación que estaba entonces por salir a la luz. Según reconoció meses después, Macri se sorprendió. Le preguntó qué causa era y el motivo de las detenciones. La ministra respondió que era el juez Bonadio quien ordenaba la medida, y que la causa estaba caratulada “Fernández, Cristina Elisabet s/asociación ilícita”. No hubo más precisiones. Ni los servicios de inteligencia ni los operadores judiciales del oficialismo habían detectado la existencia de esa investigación. Y lo que causó más sorpresa fue que solo se conoció todo con los hechos, no con los preparativos.

Ese mismo martes 31, varios de los empresarios que luego terminaron salpicados por el escándalo se llamaron entre ellos: “¿Conocés alguna información?”. Alguien tenía el dato de que algo sonaba cerca. Se comentaba que había una causa importante.

Dos de ellos lo consultaron con sus abogados. Nadie tenía nada. Otros interrogaron a sus lobistas. Tampoco encontraron certezas. Mientras tanto, en la Justicia también corrieron las preguntas. A varios jueces y a otros tantos fiscales les pidieron su opinión sobre el funcionamiento y los alcances de la llamada ley del “arrepentido”, aprobada en 2016.

“Me consultaron, pero nunca supe el motivo”, se sinceró ante un hombre de confianza el fiscal Carlos Rívolo, uno de los que fue llamado a colaborar en el expediente a poco de empezar la causa de los cuadernos.

El motivo era escuchar otras opiniones sobre la ley del “arrepentido”. La causa necesitaba como pocas de esa herramienta para poder avanzar. Aquella norma siempre le resultó incómoda al kirchnerismo y a varios de sus aliados. Fue aprobada en la Cámara de Diputados el 16 de octubre de 2016 con 138 votos a favor (53,7%), una abstención y 113 ausencias. En el recuento de los votos positivos hubo 78 de Cambiemos, 30 del massismo y aliados, 22 del Partido Justicialista, 1 del progresismo y 7 de otros partidos. Entre los ausentes estaban 73 del

kirchnerismo, 10 de Partido Justicialista, 4 de la izquierda y el resto, repartidos entre los partidos que la votaron por la positiva.

El antecedente legislativo hacía presumir que las defensas de los acusados iban a atacar la ley. Por eso buscaron otras opiniones en el fuero y entre el Ministerio Público Fiscal.

La mañana siguiente, el 1° de agosto, en la casa de Juan Manuel Abal Medina, reinaba la incredulidad. El exjefe de Gabinete sabía cuáles eran los procesos que podían involucrarlo: “Tenía un mapa judicial en la cabeza y sabía qué juicios me tenían como imputado. Conocía los alcances de Fútbol para Todos o el Plan Qunita. Pero no tenía idea de que alguno más estuviera en marcha. Eso me sorprendió al punto de no creerlo”, se confesó después en un departamento de San Telmo ante un par de personas, una de ellas de extrema confianza. Tal fue la desconfianza que, según dijo, hubo un momento en el que pensó que era una equivocación, que el Hugo Larraburu que había sido detenido hacía un par de horas en su edificio cerca del Jardín Botánico no era su fiel colaborador. Siempre lo llamaba Martín. Finalmente lo leyó publicado en los diarios: su nombre completo es Hugo Martín.

Larraburu, como varios, fue sorprendido durmiendo. Le leyeron los cargos. Según compiló el Juzgado, el 1°, 5, 6, 8 y 9 de agosto de 2013 y el 2, 4, 5, 10, 12 y 17 de septiembre de 2013, Lazarte y Baratta entregaron la recaudación a una persona de Presidencia que manejaba el rodado marca Ford modelo Focus dominio MNI 589, utilizado por el exfuncionario, jefe de Despacho de Abal Medina.

La correlación de fechas era perfecta. Los pagos de agosto se hicieron días antes de las elecciones Primarias, Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (PASO). La última entrega fue el 9 de ese mes y las Primarias fueron el 11. Luego se interrumpieron las remesas hasta septiembre, cuando volvieron a darle dinero. Los comicios tuvieron lugar el 27 de octubre. Larraburu terminó preso y de su casa se llevaron un pendrive con centenares de siglas. Pocos días después, el detenido ayudó a decodificar los nombres de quienes estaban mencionados con iniciales.

Eran los primeros minutos de la causa de los cuadernos de las coimas. La madrugada de ese 1° de agosto, uno de los abogados de un empresario llamó a un operador político. Lo atendió al tercer intento: “Metieron preso a mi cliente. ¿Qué es esto?”. No hubo respuesta, al menos con las certezas que pretendía el letrado.

Angelo Calcaterra, primo del presidente Mauricio Macri y exdueño de la

constructora Iecsa, se despertó temprano. Por teléfono se había enterado de que el número dos de la que fue su empresa, Javier Sánchez Caballero, también era trasladado por la policía para quedar detenido.

En los pasillos de Comodoro Py había ansiedad. Durante la tarde del martes, en la fiscalía de Carlos Stornelli y el juzgado de Claudio Bonadio, la inminencia de los procedimientos generó que más integrantes de esas oficinas del quinto y el cuarto piso estuvieran al tanto de lo que se vendría. Stornelli no durmió. Se quedó en su casa y desde el juzgado lo mantenían informado.

A las 6.52 del miércoles habían quedado presos once de dieciséis. Poco después de las siete y media, *La Nación* cambió su portada del sitio digital y sorprendimos a la opinión pública con precisiones hasta entonces desconocidas.

Desde ese momento, mi teléfono no dejó de sonar. Por la mañana, en un grupo de WhatsApp que incluye a gran parte de los productores periodísticos de la Argentina, apareció mi teléfono. No dejaba de sonar al punto de la desesperación.

Las radios hablaban de la causa; los canales de televisión también. En todos lados se replicaba el trabajo que habíamos realizado durante la noche. Las únicas fotos que se veían y que ilustraban horas de información sobre el tema eran las que habíamos preparado nosotros.

En Comodoro Py se desató uno de los días más intensos de las últimas décadas. Una verdadera revolución empezaba en los principales estudios de abogados penalistas del país; una lluvia de defensas, estrategias y dólares los esperaban. El revoloteo en el mundo empresarial era descomunal: la gran mayoría de los detenidos o allanados eran conocidos. Todo giraba en esas horas en torno a la causa más secreta de las que alguna vez interpelaron la corrupción en la Argentina.

Mi teléfono era imposible de gestionar y en las redes sociales también se multiplicaban los mensajes. La primera noche llegué a casa a la una de la mañana, después de un día de trabajo infernal en el diario. Tenía más de 5000 mensajes en 738 conversaciones abiertas.

Había de todo. Felicitaciones, propuestas, insultos, amenazas, datos, información. Nada que no imaginara que iba a pasar, pero que igualmente me sorprendió.

Guardé algunos de esa mañana, solo para recordar todo lo que despierta semejante trabajo.

Carlos, un anónimo que cada tanto vuelve con sus mensajes deseándome, por ejemplo, que no me alcance para remedios, firmó:

Mentiroso, vendedor de humo. Lo peor para tu miserable vida.

Y hubo saludos, muchos, claro está.

Soy solo un lector anónimo de La Nación. Simplemente le quiero agradecer por su patriotismo, sentido de responsabilidad cívica, de conciencia institucional y de paciencia y en Usted, a sus dos colegas. Quiera Dios que esta sea una bisagra para la historia judicial de nuestro país... y que estos jueces que tenemos estén a la altura de las circunstancias.

También quiero pedirle a Usted, y a toda la prensa independiente, del medio que sean, que no dejen caer este caso... Sigán informando, dando novedades, haciendo que los jueces y fiscales se sientan observados... Son Uds. la herramienta que la opinión pública tiene para poner el ojo en los funcionarios a quienes le pagamos cuantiosos sueldos.

Por nuestros hijos y nietos, por el país que alguna vez dejamos caer.

Mi admiración, mi respeto y mi agradecimiento... y el de mucha gente honesta que está asqueada de tanta impunidad.

Varios lectores optaron por aconsejarme. Hubo tantísimos que prefirieron decirme cómo debería haber actuado, qué cosas tendría que haber hecho o por qué yo me había equivocado.

Tu trabajo fue impresionante pero, lamentablemente, fallaste en lo más importante: TENDRIAS QUE HABER CERTIFICADO NOTARIALMENTE LAS FOTOCOPIAS DE LOS CUADERNOS.¡!

Ignoro si sabias que tenías que devolver los cuadernos en algún momento, pero si no fue así cuando te los pidieron tenías tiempo para hacerlo. Eso hubiese convertido las copias en originales.

Tambien ignoro si solicitaste asesoramiento jurídico (aunque sos abogado) pero si lo hiciste el abogado que te asesoró es un burro.

Ahora se abrieron dos bibliotecas, como siempre pasa en derecho: la que diga que la prueba es igualmente válida o, como dice el impresentable (...), no se puede acusar a Cristina con fotocopias truchas.

De este argumento se van a agarrar todos los imputados. Una verdadera lástima.

No obstante, soy optimista, aunque el juicio se prolongue un poco más.

Te felicito. Un abrazo.

Con este tipo de mensajes convivo desde entonces.

Los operativos empezaron a las cinco de la madrugada del miércoles 1° de agosto. A media mañana, los funcionarios más importantes del ex-Ministerio de Planificación Federal ya estaban detenidos. Baratta salió de su casa esposado pasadas las siete. Para cuando se lo vio caminar con las manos inmovilizadas rumbo al patrullero que lo llevaría al Departamento de Drogas Peligrosas, su exsecretario, Nelson Lazarte, ya estaba disposición de la Justicia. La historia del lado de Baratta, sindicado por el juez Bonadio como uno de los recaudadores, se emparenta bastante con la de su jefe directo. Lo contó él mismo en la indagatoria:

*Quiero hacer un relato de cómo llegué a trabajar en el ministerio: a fines del mes de julio de 2003 yo vivía en Villa La Rana, San Martín y trabajaba con un maestro mayor de obra en la construcción. Ganaba bien pero el trabajo era muy pesado y no tenía obra social ni para mis hijos ni para mi esposa. En esos días me entero que estaba el presidente Kirchner en un centro de jubilados cerca de casa y se me da por escribir una carta pidiéndole trabajo. Fue así que se comunicaron conmigo y al otro día me citaron en la Casa de Gobierno. Ahí me derivaron al Ministerio de Planificación donde me atiende uno de los secretarios, quién era uno de los hijos de [Julio] De Vido, y me toma la entrevista Baratta. De ahí me mandó a trabajar a la Mesa de Entradas General del ministerio como cadete/auxiliar administrativo. Trabajaba recibiendo expedientes y correspondencia. Como no tenía estudios, empecé a cursar la secundaria. Más o menos en 2008 termine la secundaria y Baratta me ofreció trabajar en la Secretaría Privada de Coordinación, donde también hacía de cadete y atendía los teléfonos.*

El hombre siempre negó haber participado en los recorridos. Pero el Juez no le creyó al chaqueño de 40 años que fue detenido en su domicilio de Villa Ballester. "Yo recuerdo que a Lazarte le entregué dos cajas con dinero en el subsuelo del exedificio de YPF, en distintas fechas, pero no las recuerdo en este momento. Una

de las cajas tenía \$ 700.000 y la otra \$ 500.000. Otra particularidad que recuerdo es que en la caja con \$ 500.000, el listado de aportantes era mayor al dinero que tenía la caja”, dijo el exsubsecretario de Vivienda, Germán Nivello, también procesado por enriquecimiento ilícito. Esta fue una de las 219 veces que en 553 páginas de la resolución firmada por Bonadio se nombra a Lazarte.

Esa misma mañana también fue apresado el poderoso abogado del Ministerio de Planificación durante el kirchnerismo, Rafael Llorens. Decenas de veces es mencionado por Centeno al momento de retirar dinero de algún destino. Su lugar era el ministerio, pero varias veces hubo diligencias en Tucumán 410. Allí tenía su estudio jurídico particular, donde, además, trabajaba la contadora Silvina (Chili), hermana de Baratta. Negocios de familia.

La mañana corría y las listas de los exfuncionarios y empresarios presos se dispersaban por las redacciones de toda la Argentina. El expresidente de Enarsa, Walter Fagyas, también había quedado detenido en su departamento de la calle Tres de Febrero, en pleno Belgrano. Además de sacarlo esposado y con chaleco antibalas, la policía se llevó un revólver calibre .22 marca Taurus, que no tenía autorización para portar.

El despacho de Baratta estaba prácticamente desarticulado para ese mediodía. Faltaban dos funcionarios: Hernán Gómez, exasesor del Ministerio de Planificación y uno de los recaudadores más involucrados en el cobro de coimas, y el ingeniero Ezequiel García, quien se desempeñó como exdirector de Energías Renovables y también colaboró en la trama.

Inmediatamente después de que sus nombres aparecieron en todos los portales de la Argentina, varias fuentes empezaron a contactarme para darme datos de Gómez. Desconocido para la gran mayoría de la opinión pública, había logrado mantenerse fuera de las sospechas en un country, Talar del Lago, ubicado en la zona de Tigre.

En 2018, el barrio se convulsionó por el aumento de las expensas. Hubo una fuerte polémica entre los vecinos y el administrador, el consejo de administración y el intendente. Los problemas se centraban en la seguridad electrónica y los contratos con proveedores de obras como bacheo, instalación de medidores, parquización o recolección de residuos. Entonces se formó un equipo de auditoría al que se sumó un vecino de relativo perfil bajo: Hernán Gómez, comerciante, dedicado a la venta de artículos de limpieza, cloro y productos para piletas. En la división de tareas le tocó la auditoría de contratos; lo eligieron porque aseguró

tener experiencia por haber trabajado en el Ministerio de Planificación. Las reuniones de los vecinos eran jugosas y Gómez siempre se mantuvo callado, incluso con quienes comparaban aquellos problemas vecinales con la corrupción del kirchnerismo.

Su trabajo resultó de gran utilidad: descubrió varias cosas que permitieron que, en asamblea extraordinaria, se cambiara el consejo anterior y se nombrara uno nuevo. Renunciaron el administrador y el intendente, y se iniciaron acciones penales y civiles. Varios vecinos recuerdan que su aporte para descubrir y desarticular aquella trama sirvió mucho.

Pocos días después, los vecinos se despertaron con un allanamiento en su casa. Nunca más se lo vio por el barrio, permaneció dos días prófugo y se entregó. Nunca reconoció nada; solo que trabajó en el ministerio desde 2003 hasta abril de 2016.

Faltaba Ezequiel García Ramón, exdirector de Energías Renovables. El ingeniero estuvo prófugo dos días. El viernes llegó caminando a Comodoro Py de campera negra. Obviamente, quedó detenido.

Según la resolución de Bonadio, había un primer círculo de percepción de fondos conformado por quienes tenían contacto directo con los aportantes el dinero. El segundo círculo incluía, a su vez, a los que recolectaban esos fondos ilegales para entregarlos a quienes, en definitiva, comandaron y organizaron ese sistema. Entre los que integraban el primer círculo se encontraban Baratta, Fagyas, Lazarte, García Ramón, Gómez Llorens y Nivello, resumió el Juez.

Hubo un prófugo más: Oscar Thomas, exdirector del Ente Binacional Yacyretá. Fue el que más escapó de la Justicia. Un mes y medio después, el 18 de septiembre, una vecina lo reconoció en un departamento de la calle Uriburu, en pleno Barrio Norte porteño. Algo cambiado, salió esposado de su escondite.

Los integrantes del despacho más poderoso de la Argentina del siglo XXI estaban detenidos. Faltaban algunas piezas que se fueron completando con el pasar de los días. Pero esa mañana, varios exfuncionarios se amontonaron tras las rejas.

Sin embargo, la revolución más importante fue la detención de varios empresarios. No es común ver a los hombres de negocios subir a patrulleros con la cabeza gacha y, menos aún, acusados de corrupción.

La madrugada sorprendió a gran parte de los empresarios en sus domicilios. Dos de los principales ejecutivos de Electroingeniería fueron detenidos: Gerardo Ferreyra, uno de los socios y exmilitante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), y Jorge Neira, gerente comercial, quedaron a disposición de la Justicia desde temprano. Electroingeniería, una de las empresas de obra pública que más creció durante el kirchnerismo y una de las principales contratistas del Estado, con el proyecto más ambicioso que tiene la Argentina energética, la construcción de dos represas sobre el río Santa Cruz, La Barrancosa y Cóndor Cliff —alguna vez llamadas Néstor Kirchner y Jorge Cepernic—, quedaba desde entonces descabezada, en medio de interrogantes jamás despejados. Sus socios chinos tomaron el control de obra y Electroingeniería se debate en una enorme crisis.

Otros dos empresarios de la energía, Carlos Mundín, de la firma BTU, y Armando Loson, del Grupo Albanesi, caminaron esposados rumbo a la detención. El primero se mantuvo firme en la negativa; el segundo reconoció haber pagado coimas y fue dejado en libertad.

Claudio Glazman, también preso esa mañana, era de los menos conocidos. Nadie sabía exactamente el motivo de su detención. Él mismo se encargó de despejar las dudas poco tiempo después. El directivo del grupo Liberman dijo que, en 2009, por fuera de los intereses del grupo se acercó a Baratta para pedirle que “arbitrara los medios para que De Vido dispusiera la venta por remate de tres terrenos ferroviarios ubicados en la Ciudad”. Baratta accedió a considerar el pedido y le reclamó un millón de dólares. El empresario empezó a pagar puntualmente a su contacto en el gobierno. En total aportó, según sus dichos, un millón y medio de pesos entre junio y septiembre de 2009 en las oficinas de Emma de la Barra 353, en Puerto Madero.

Diligente, el desarrollador inmobiliario le entregó sus bolsos con dinero a Baratta en el estacionamiento de su oficina y, alguna vez, en la cochera de Galerías Pacífico. También en Recoleta, San Telmo y el Centro. Pero el acto de corrupción que él mismo reconoció le sirvió a Glazman para lograr la bendición de aquel selecto grupo de planificadores de la Argentina. El tiempo pasó y, mientras pagaba puntualmente, Baratta dejó de atenderlo. Nunca le cedió terrenos y, claro está, tampoco devolvió el dinero.

Sin aviso previo, y en medio de una enorme sorpresa, el número dos de la empresa que fuera de la familia Macri, Javier Sánchez Caballero, fue puesto a disposición de la Justicia. Quedaba por ver qué actitud tomaría el exdueño de la firma, el primo hermano presidencial, Angelo Calcaterra. Si asumía la culpa como



el que había ordenado los pagos o si negaba la existencia de los sobornos.

Ya iniciada la tarde, en el tablero de los empresarios con orden de detención faltaban tres: Carlos Wagner, de Esuco; Rubén Valenti, del Grupo Pescarmona, y Juan Carlos de Goycochea, un abogado cordobés que estuvo al frente de la filial local de la española Isolux.

Más de doscientos medios del mundo le daban cobertura a esa mañana argentina. El caso inmediatamente empezó a ser denominado “Los cuadernos de las coimas”. Algún diario italiano lo bautizó “cuadernópolis”. La rueda judicial giraba a velocidad máxima y la vorágine en la Redacción era imparable. De a poco, la noticia de corrupción más espectacular y sorpresiva de los últimos años se adueñó de la agenda. Y se llevó consigo mis tiempos, mis silencios y mis dudas.

## Capítulo X

### Los empresarios y los barrotes

—¿Tu defendido está detenido? —pregunté a uno de los abogados de un poderoso hombre de negocios que esa mañana había pasado de la cama al patrullero.

—Sí, lo llevaron desde su casa, a primera hora.

—¿Adónde?

—A la División de Drogas Peligrosas —contestó el abogado penalista al referirse al lugar donde fueron alojados esos días los empresarios.

—¿Dónde queda?

—Ni idea. Soy abogado penalista, pero me dedico a defender a los empresarios. Nunca tengo que ir a visitarlos a la cárcel, no tenemos clientes presos. No sé dónde queda —contestó con una sinceridad abrumadora.

El miércoles 1° de agosto los abogados penalistas empezaron a desfilan por los pasillos de los tribunales federales. Esos pisos de Comodoro Py eran una pasarela de trajes importados de telas italianas y corbatas centradas. El fuero actuaba y los estudios desplegaban su lobby. No era para menos: gran parte de los empresarios más importantes del país estaban detenidos o en vías de estarlo. Las reuniones se sucedían entre el cuarto y el quinto piso mientras algunos que no habían sido detenidos llamaban a sus asesores para ver cómo proceder.

Esa tarde se dio, quizá, el paso más importante para esas horas de convulsión. Centeno, el chofer detenido el lunes, decidió cambiar de abogado. Se trataba de algo más que de un mero reemplazo de letrado. Era, sobre todo, una modificación en la estrategia en la defensa: “A mí, el abogado [Norberto] Frontini me lo puso y me lo pagó Baratta. Iba a hacer lo que Baratta quisiera respecto de mi situación”, dijo el exchofer. Inmediatamente trascendió que pasó a ser representado por el defensor público, Gustavo Kollmann.

Así se terminó la expectativa de que Centeno iba a ser el primer arrepentido a cambio de su libertad. Era, al fin, la necesidad de otra estrategia de defensa. Un camino era impensado con un letrado solventado por el hombre al que iba a incriminar en pocas horas.

Pero fueron los sucesos del jueves los que condicionaron gran parte de lo que sucedería después. Oscar Centeno asumió haber escrito los cuadernos y dio detalles puntuales y precisos de todo lo que estaba en esa bitácora. Ganó su libertad y se fue a un lugar que solo un puñado de personas conoce y nadie revela. La llamada ley del “arrepentido” empezaba a ganar protagonismo.

Finalmente, el viernes 3 de agosto, Centeno declaró bajo esa figura judicial. Sin embargo, más allá de sus dichos, durante el tiempo en que la investigación fue un secreto, la Justicia verificó los hechos relatados en los cuadernos con una serie de medidas de prueba.

Entre 2008 y 2010, 44 registros de ingreso de vehículos a la Quinta de Olivos coinciden con el detalle del día que escribió el chofer.

El 27 de febrero de 2008, Centeno anotó que fue a buscar una camisa para Baratta y después se dirigió al IAF (Instituto de Ayuda Financiera, para el pago de retiro y pensiones militares) a pedir un préstamo. En los registros de la entidad figura que esa fecha, Centeno se llevó 16.397 pesos.

En otra oportunidad, el 14 de abril de 2009, Centeno indicó que llevó a Baratta al sanatorio Mater Dei, donde le hicieron una infiltración en el tobillo. La Justicia pudo comprobarlo con el médico que lo atendió en los consultorios externos quien, además, le dio una orden para una resonancia magnética nuclear. De modo similar se corroboraron centenares de anotaciones durante meses.

Ese 3 de agosto de 2018, Centeno se sentó a declarar.

*Yo los cuadernos los empecé a escribir por una costumbre castrense de anotar fecha y hora de los lugares donde uno va. Así hacen los militares pues se tiene una hoja y se va anotando a dónde se va. Cuando vi que las personas que trasladaba empezaron a llevar bolsos con dinero pues ellos mismos hablaban empecé a anotar con mayor precisión, todos los datos que veía o tomaba conocimiento. Cuando falleció el Dr. Kirchner que creo fue en el año 2010 dejé de escribir porque pensé que iban a dejar de hacer esos viajes de recaudación, no anoté más ni fecha de ingreso ni nada. Cuando empiezo a ver que los vuelven hacer a los viajes de recaudación empiezo a anotar de nuevo.*

*Siempre llevaba las libretas al costado del asiento o en el buche de la puerta y si me indicaban concurrir al mismo lugar que el día anterior, consultaba en el cuaderno. Aclaro que son ocho los cuadernos; no tengo más.*

Luego relató las peleas con su expareja que determinaron la decisión de

sacar los cuadernos de su casa.

*Aproximadamente en el mes de noviembre se los di a Jorge Bacigalupo. Le di caja cerrada, como estaba. Se la entregué por temor a que me entraran a robar a mi casa o temor a que Hilda [su expareja] se enterara y me denunciaría. Los cuadernos los tuvo Bacigalupo hasta febrero o marzo. Yo le pedí que me los devuelva porque en una oportunidad me dijo que se los había dado a un amigo por si le pasaba algo.*

Finalmente, contó el sistema de recaudación.

*Después de la muerte de Kirchner, cambiamos y ya no llevábamos el dinero a Uruguay 1306 sino que llevamos todo a la casa de Baratta y él, a la noche o al otro día, venía con dos bolsos, uno el normal y el otro vacío. No sé si dejaba el dinero ahí o lo llevaba a otro lado. Muchas veces íbamos a la Quinta de Olivos.*

El efecto de aquel acto no pasó inadvertido para los abogados. Uno de ellos contaba días después: “Fue un espejo. Ahí estaba la libertad de tu cliente. Y los que estamos en esto lo sabemos: todos quieren estar libres”. Empezaba a gestarse el inicio de una catarata de confesiones.

Juan Carlos de Goycochea, uno de los empresarios mencionados varias veces en los cuadernos, no estaba en su domicilio cuando fueron a detenerlo. Se enteró de la causa en Esquel, donde esquiaba en medio de sus vacaciones de invierno. Inmediatamente, se comunicó con Javier Landaburu, abogado del Estudio Landaburu, Feder & Rosental.

La estrategia aparecía bastante clara. Nada de profugarse y entregarse en Comodoro Py. La decisión fue no tomar un avión por temor a que fuera detenido en alguno de los aeropuertos al presentar el documento. El expresidente de la constructora de origen español, encargada entre otras obras de la Central Térmica Río Turbio, aquella usina a carbón que nunca se terminó, manejó desde Esquel hasta Buenos Aires. La estrategia a la que se arribó era no arrepentirse. Con esa postura llegaron al mediodía a los tribunales de Retiro. Antes se había analizado la posibilidad de pagar la fianza que el juez Claudio Bonadio había fijado para todos: 30 millones de pesos para salir en libertad.

Según relata un abogado de la causa, fueron horas frenéticas durante las cuales varios empresarios buscaron reunir el dinero, juntar bienes o contratar el seguro de caución para salir excarcelados. Finalmente, el Juez dispuso, por pedido del Fiscal, que todos quedaran detenidos: empresarios y exfuncionarios.

De Goycochea se entregó en el juzgado mientras su abogado estaba en la fiscalía de Carlos Stornelli. En ese momento, aquellos pasillos del edificio de los tribunales federales, que siempre percibí desolados y fríos, despedían calor. El abogado subía y bajaba entre la fiscalía de Stornelli y el juzgado de Bonadio.

Paralelamente, salían las cédulas formales para gran parte de los empresarios que estaban citados a declarar el siguiente lunes 6 de agosto. Por esas horas, poderosos hombres de negocios recibían las temidas notificaciones para ser indagados. Decenas de abogados en Buenos Aires preparaban la estrategia que se acomodaba mejor a la situación de cada uno de los clientes.

“No hay sortijas para todos”, la frase del Fiscal retumbó fuerte el viernes en los oídos del abogado de De Goycochea. Una metáfora fue suficiente para que el letrado comprendiera la gravedad de la situación y bajara del quinto al cuarto piso de Comodoro Py, de la fiscalía al juzgado, para plantarse frente a su defendido: “La cosa viene en serio”. Fue aún más directo: “El escenario más probable es que quedés detenido”, le dijo al ex-CEO de Isolux.

De Goycochea y Landaburu entendieron antes que nadie el valor de las palabras en ese momento. “Si querés, nos sentamos frente al fiscal y vemos qué pasa”, le planteó el letrado al empresario. Así fue. Minutos más tarde, en el despacho de Stornelli tomaba forma la primera declaración en la que uno de los que pagaban retornos asumía sus delitos. “Nunca hubo una reunión del Fiscal o el Juez con mi cliente solo. Siempre estuve presente. A veces nos íbamos a otra oficina a hablar tranquilos. Pero siempre el trato fue cordial”, me decía pocos días después el abogado, que recordaba como anécdota que el mate iba y venía esa tarde en Comodoro Py.

*En Maipú 741 solo trabajaba el doctor Espiropulos y solamente atendía, como único cliente, a Isolux. Yo solía concurrir para temas jurídicos y en otras oportunidades fue ahí donde entregué a Baratta el dinero. Yo tenía acceso al domicilio porque tenía llaves. Siempre que realicé estas entregas, desde Madrid, normalmente el director financiero de turno me ordenaba que me acercara a una casa de cambio, siempre distintas, retirara los dólares que a veces eran 200.000, 250.000 y otras, 300.000. Eso ocurrió entre 2009 y 2014 inclusive. Volviendo al tema de las entregas de dinero a Baratta, estas eran aproximadamente tres veces por año.*

Ese viernes, con la declaración de De Goycochea, por primera vez en la historia, se abrió ese témpano de silencio en el que se movieron los negocios con el Estado durante décadas: un contratista de la obra pública relataba en primera

persona y en sede judicial algo que ya se sabía. Nunca antes un empresario había pronunciado estas palabras ante un juez: “Yo pagué coimas”.

*En primer lugar quiero aclarar que cuando declaré que Baratta me hizo el pedido de dinero para la campaña electoral en todo momento lo tomé como un eufemismo y que en realidad, lo que estaba reclamando era el pago de un retorno, coima, soborno o como quiera llamárselo, y es en este último sentido que transmití el mensaje a la autoridad española de la empresa. Nunca estuvo en la intención de la empresa Isolux realizar aportes para la campaña electoral. Por eso no había dudas de que el pago se realizaba para evitar represalias por parte de los funcionarios.*

Mientras que el empresario cordobés contaba su verdad, o parte de ella al menos, otro de los socios del estudio al que pertenecía Javier Larraburu escuchaba nada menos que al primo hermano del presidente Mauricio Macri, Angelo Calcaterra. El constructor no pidió demasiados consejos: siempre estuvo convencido de que tenía que correr por el segundo de su empresa, Javier Sánchez Caballero, detenido la madrugada del miércoles.

La noche del viernes, De Goycochea firmó la declaración, pero tomó una decisión: prefirió quedar el fin de semana detenido para evitar la mediatización de su caso. No quería que los diarios del otro día ilustraran sus portadas con la foto de su salida de Comodoro Py, por entonces llena de fotógrafos de guardia en busca de la imagen que jamás creyeron lograr: la de un empresario preso por corrupción en la Argentina.

El Juez lo dejó para el lunes. Sin embargo, a la mañana siguiente, los diarios informaron la decisión del primer arrepentido.

Por entonces, los detenidos estaban en la División de Drogas Peligrosas de la Policía Federal. “Una cloaca”, lo definió uno de los que pasó por ese reducto. Como relató otro de ellos poco tiempo después, la solidaridad en la adversidad se hizo moneda corriente. Todos estaban unidos en ese edificio, cercano al Cuartel General de Policía, a pocas cuadras del Congreso Nacional.

Pero claro, ahí adentro, los movimientos de unos y otros eran motivo de interpretación. El sábado, López Caballero fue trasladado a otra sede de la policía, en Avenida del Libertador y Cavia, frente al Paseo Alcorta. Irremediablemente, una señal de que algo pasaba. Esa sede policial, en pleno barrio de Palermo, era percibida como un lugar mucho más confortable para permanecer privado de la libertad. De hecho, lo era.

Todos los presos entendieron que esa partida significaba que había un nuevo arrepentido. Horas antes de aquel traslado, Calcaterra había comunicado su decisión a su primo Mauricio Macri: iba a declarar como arrepentido.

Al mismo tiempo, durante ese agitado fin de semana, Techint debatía su estrategia. En el domicilio de un ejecutivo se sucedían las reuniones, que en varias oportunidades lo tuvieron sentado a Paolo Rocca, el número uno de la organización. Convocaron a varios abogados para que les dieran su lectura de lo que vendría. La pregunta era qué hacer con la acusación.

Techint fue allanada la mañana del 1° de agosto, al igual otros treinta y cinco domicilios. En los cuadernos había varias menciones a un tal "Héctor", encargado de llevar el bolso de dinero a la cochera de una torre emblemática de la zona de Catalinas, uno de los lugares en cuyos subsuelos se recaudó más dinero.

La Justicia llegó ese día con algunas preguntas básicas. ¿Cuántos Héctor trabajaban en la organización en las fechas de los pagos? ¿Cuántos estaban ese día? ¿Cuántos son jerárquicos? Los funcionarios judiciales concluyeron muy rápidamente que se trataba de Héctor Zabaleta.

Para ese entonces, en el diario seguíamos con los debates internos. Teníamos la materia prima completa con la que se alimentaba la causa pero, a su vez, creíamos que aquel compromiso de no entorpecer una investigación que nosotros habíamos iniciado se mantenía. Seguimos atragantados con nombres, empresas, domicilios, indagatorias: preferimos ir siempre detrás de los tiempos procesales.

Varios letrados presentaron sus estrategias. Se quedaron con la de la mayoría: confesar las culpas. Algunas, al menos.

El lunes a las ocho de la mañana empezaban las indagatorias de Rodolfo Poblete, director de Relaciones Institucionales del Grupo Emepa, un conglomerado de empresas cuyo dueño es Gabriel Romero, concesionario junto con Metrovías del ramal ferroviario Belgrano Norte, y con Hidrovías del dragado y balizamiento del Paraná. Luego venía el constructor Manuel Santos Uribe Larrea; Eduardo Peduto, gerente de Industrias Secco; y Alejandro Ivanissevich, un poderoso empresario energético.

Pero la agenda se retrasó. A las siete, Calcaterra se presentó en Retiro. Desde el lugar de detención de Palermo llegó Javier Sánchez Caballero, su ladero. Dijo entonces, el número dos de Iecsa.

*En un momento Baratta comenzó a exigirle a Angelo Calcaterra que pusiera dinero para las campañas. Con el tiempo la exigencia se fue haciendo más fuerte y en un momento se cedió a la presión entregando dinero. El mecanismo que se me describió en la declaración indagatoria coincide con lo que estoy diciendo. Las entregas se hacían en bolsas pequeñas de papel, como por ejemplo las que se entregan en los negocios de ropa cuando uno compra una camisa o un pantalón.*

Luego le tocó el turno a Angelo Calcaterra.

*En una ocasión, Baratta me llamó por teléfono y me insinuó que tenía que empezar a aportar dinero para las campañas electorales. Después comenzó a presionarme para eso y fue así que terminamos poniendo plata en momentos de campaña electoral, porque la presión de Baratta era mucha.*

Dijo que no recordaba los montos, y que aquellos pagos se dieron en 2013 y 2015. Sus declaraciones fueron homologadas y los dos salieron libres.

Ese mismo día, apenas iniciada la semana, quedó claro cuáles eran los caminos. El que conducía a la libertad, pero también el que terminaba con los acusados a la sombra.

La logística del Servicio Penitenciario Federal estaba en pleno movimiento. Los empresarios eran trasladados en camiones celulares a la cárcel de Marcos Paz; los exfuncionarios, en cambio, a la unidad de detención de Ezeiza. En los penales se encontraron con otros reclusos también detenidos por causas de corrupción. Sin embargo, en Marcos Paz ninguno de ellos se cruzó con el más famoso: Julio De Vido.

Sobre el mediodía llegó el turno de los indagados. Poblete fue uno de los que mantuvo la estrategia que se había acordado el fin de semana: optó por negar los hechos.

*Quiero en primer lugar negar terminantemente pertenecer a una asociación ilícita. En segundo término, me gustaría ampliar la declaración una vez que mi abogado pueda analizar y estudiar las pruebas que hay reunidas en el expediente. No tengo más nada que agregar.*

Pocos minutos después, por orden del juez Bonadio, era trasladado, detenido, a Marcos Paz.

Aterrados más que arrepentidos, Ivanissevich y Uribelarrea tomaron otro



camino: confesaron los pagos, aunque dijeron que los montos eran menores a los que estaban detallados. Dijo Uribelarrea:

*La verdad es que me sentí implícitamente presionado. Hice el aporte en tres pagos, formando un total de US\$ 100.000, de la siguiente manera: se hicieron dos entregas por la suma de US\$ 30.000 a Nelson Lazarte en el domicilio de la calle Cerrito 1266 de esta Ciudad y un último, en la puerta del Ministerio de Planificación donde se le entregó a Lazarte la suma de US\$ 40.000.*

Firma, homologación y libertad.

Esperaba su turno Ivanissevich, exaccionista de Camuzzi Gas y ahora dueño de Emgasud, ahora Genneia.

*Días previos al 29 de abril de 2009, me convocó a su despacho el licenciado Baratta para solicitarme un apoyo para la campaña del doctor Néstor Kirchner como diputado Nacional. Yo le expliqué que a raíz de los códigos de conductas que rigen en mis empresas, la única posibilidad era efectuarlo a nombre propio y que eventualmente necesitaría un recibo. Baratta me explicó la urgencia de contar con los fondos rápidamente y así que de mis ahorros le entregué la suma de 500.000 pesos conforme a la descripción [que realizó Centeno].*

Firma, homologación y libertad.

Los abogados de los empresarios empezaron a ver claramente que no había tantos caminos de salida. Mentir era demasiado costoso y decir toda la verdad, también. Entonces empezó la segunda peregrinación de los letrados. Uno a uno le hacían ofertas de información a los fiscales — Carlos Rívolo ya se había integrado al equipo— de parte de sus clientes. Iban y venían con promociones.

En la cárcel, además, los detenidos presionaban. En Marcos Paz había horarios muy fijos de visitas: por la mañana podían ir las mujeres y por la tarde los hombres.

No fueron pocos los que creyeron que las reglas de aquel retiro penitenciario podían romperse igual que las de un country. Un allegado a una de las familias de un detenido contaba la siguiente historia. La mujer de un empresario arribó a la cárcel fuera del tiempo acordado. No estaba en el horario en el que las mujeres podían ir de visitas. La llegada fuera del turno le generó un intercambio con el funcionario del Servicio Penitenciario Federal. “Mi marido me dijo que podía venir a esta hora”, insistía la mujer. El hombre le explicaba que las normas de visitas son

esas y que no es posible romperlas, pero la mujer no entraba en razón. “Mi marido me dijo que puedo venir hoy”, volvía sobre sus argumentos y pretendía entrar. “Señora, me parece que usted no tiene claro dónde está su marido”, le contestó el hombre del Servicio Penitenciario.

Los detenidos recibían en una suerte de salón de usos múltiples con mesas. Todos juntos, sin demasiada intimidad. Allí se respira otro aire. Y se piensa de otra manera. Varios miraban cuando uno de ellos se iba. Conocían el derrotero: Comodoro Py, acuerdo para confesar sus delitos, homologación y libertad. Y claro, la vara de lo que se necesita para salir, un poco más alta. Aquellas sortijas son ahora un bien escaso.

Varios número uno de las empresas que tenían detenidos al segundo de la línea de mando siguieron la doctrina Calcaterra. Más o menos remolones para incriminarse, Gerardo Ferreyra, de Electroingeniería; Enrique Pescarmona; Gabriel Romero, de Emepa; Jorge Balán, de Industrias Secco, cambiaron delitos por empleados libres. Entre las constructoras entendieron rápido: correr a tribunales ante la primera mención. Así se presentaron varias con sus verdades a medias. Patriotas, gran parte de los empresarios confesaban pagar en pesos. Nadie cree que un constructor —que ni siquiera publica un aviso clasificado de un monoambiente en pesos— pueda pagar coimas en moneda nacional.

Fue la manera de abrir otras investigaciones y de avanzar con una velocidad inusitada. Con exfuncionarios quebrados ante la Justicia, que apenas pedían, a cambio de hablar, no quedar detenidos con quienes habían compartido aquellos años de remises y millones.

Esa primera semana terminaba, además, con una gran incógnita: ¿cómo y quién me había dado los cuadernos? El kirchnerismo y muchos periodistas encontraban en ese lugar el punto débil para desacreditar la investigación.

Yo sabía era una cuestión de tiempo, que todo se iba a conocer. Pero las especulaciones empezaron a correr y mi nombre y el del diario estaban en medio de las más disparatadas teorías.

El viernes 3 de agosto, a poco de que se conociera todo, decidimos contar quién y cómo me habían llegado los cuadernos. Era la pregunta que todos se hacían y que solo nosotros podíamos contestar en ese momento. Esos días fui agente secreto de los Estados Unidos, infiltrado del Mossad, parte de la mafia rusa, socio de Macri, escritor compulsivo de cuadernos manuscritos, desestabilizador y

mentiroso.

A la mañana lo llamé a Jorge Bacigalupo, un nombre desconocido para la gran mayoría de los que participaron en la investigación y anónimo para la opinión pública.

—Jorge, ¿cómo le va? Tengo que hablar con usted.

—Hola, Diego. ¿Cómo le va?

—Bien, muy bien. ¿Ha venido mirando lo que sucede?

—Sí. Claro. Dicen cualquier cosa.

—Como verá, nadie sabe su nombre y las especulaciones son enormes. De eso le quería hablar, ¿nos vemos a la tarde? ¿A las dos en su casa?

Llegué con retraso. Desde el domingo que no veía a mis hijos y fuimos a almorzar.

14.21

Jorge, voy un poco atrasado

14.22

Tranquilo, mi apuro es el suyo

Nos volvimos a juntar en el mismo departamento, en la misma mesa, con el mismo café. Nuevamente solos, con la única presencia de la perra Sasha.

—Lo necesito. Están diciendo de todo y queremos despejar dudas respecto de cómo me llegaron los cuadernos. Le quiero hacer una entrevista en el diario donde cuente todos los hechos, cómo fueron; cuáles fueron sus motivaciones. Básicamente todo lo que me contó tantas veces.

—Mire, Diego, usted sabe que yo tomé la decisión cuando le di los cuadernos, por lo tanto, si me necesita yo estoy. No tengo nada que ocultar.

La conversación siguió. Bacigalupo miraba con detalle cada cosa que se decía en los medios, que le dedicaban horas a la cobertura de los cuadernos. Las

dudas sobre la investigación se posaban en ese pase de manos. Ambos sabíamos que todo estaba contado en la Justicia, en el despacho del juez Bonadio. Pero nadie más estaba enterado de ese paso procesal que habíamos dado hacía solo 72 horas.

Esa tarde, Bacigalupo tenía planeadas una visita a la casa de una prima y una ida a Caballito. Quedamos en que lo pasábamos a buscar donde nos indicara. Me dio la dirección y acordamos la hora. Entonces, no había ninguna actividad que lo sacara de la rutina.

—Jorge, si hoy conocen su cara y su nombre, prepárese porque lo que viene no será fácil —le advertí una vez más.

—Usted quédese tranquilo; yo sé lo que hago. Sé cuidarme.

Bacigalupo bajó a abrirme y nos despedimos. Nos veríamos en un set de televisión. Yo empezaba a transitar un camino de mayor tranquilidad; muchas dudas respecto de cómo fueron aquellos días se iban a despejar. Pero como cada una de las decisiones que tomé, esta implicaba exponer a otros. Nunca pude dejar de experimentar esos sentimientos en cada paso que di.

Me fui al auto y manejé hasta el diario. Ese día, por primera vez, sentí que me seguían.

Llegó puntual y tranquilo, mucho más que algunos de los que estábamos ahí. Éramos un puñado y cada uno tenía un rol. Decidimos hacer la entrevista en el archivo, un lugar más reservado donde prácticamente no hay gente de paso. Dos cámaras, un par de luces y nosotros dos. Los que estábamos allí, con luz cauta, libros de fondo y un par de micrófonos, sabíamos que era un momento histórico de nuestras vidas periodísticas. Era una escena de película, de conversaciones tensas, de miradas entusiasmadas pero duras. Compañeros de trabajo, periodistas, en medio de la trama que siempre imaginamos. El caso de corrupción más relevante de la historia argentina moderna, aquel que en silencio esperamos durante meses, estaba por conocer una pieza clave. Y nuevamente nosotros teníamos ese broche periodístico.

A las diez y media de ese viernes 3 de agosto, en dúplex entre la señal de televisión y la página web de *La Nación*, Jorge Bacigalupo habló por primera vez.

—¿Por qué no se presenta?

—Soy Jorge Bacigalupo, tengo 73 años. Soy un sargento retirado de la Policía

Federal Argentina; trabajé como remisero muchos años desde el 98 hasta 2007. Anteriormente tuve un taxi, y como remisero fue que en el 97 conocí a Centeno, quien hoy está detenido por el caso de las coimas.

—¿Cuánto hace que lo conoce?

—Lo conocí en una agencia en Martínez.

—¿Cómo era su relación y con qué frecuencia se veían?

—Todos los días, por una cuestión de trabajo, ahí en Martínez. Después Centeno se fue a trabajar al Ministerio de Planificación.

—¿Cuándo?

—A partir de 2003, cuando Kirchner asumió como presidente, pero nos seguimos viendo como amigos, él viniendo a casa y yo a la suya. No con suma frecuencia, pero una amistad común.

—¿Cuándo le dio los cuadernos que hoy forman parte del caso de corrupción más importante de los últimos años?

—En octubre del año pasado. Un día me trae una caja cerrada y me pide por favor que se la guarde. Yo le pregunto: “¿Qué hay acá?”. Y él me dice que adentro había anotaciones que había hecho sobre el trabajo que hacía en el ministerio con Baratta.

—Algunos excompañeros de trabajo de Centeno que están hoy en el Ministerio de Energía, de Transporte, en el viejo edificio de Planificación Federal cuentan que era un hombre que anotaba mucho.

—No puedo dar fe de eso; recién vi parcialmente los cuadernos cuando los abrimos juntos.

—¿Por qué cree que se los entregó antes?

—Por confianza.

—¿Por qué los quería sacar de su domicilio?

—Es obvio: cuando él toma estado público por la denuncia que hace su

mujer, Hilda Horovitz, que convivía con él, Baratta cae detenido por primera vez. No es muy difícil ligar una cosa con la otra.

—Imaginar un allanamiento...

—Cuando esto se hace público más de una vez le insistí que se presentara a la Justicia, y eso sin haberlos abierto. En ese momento ya estaba Bonadio, y Horovitz hace la denuncia en el juzgado de él. Yo le dije: “Andá, presentate con lo que tenés y ponete a disposición”. Pero él tenía una serie de dudas que a mí no me cerraron y ahí pensé que podía ser por encontrarse identificado ideológicamente con la gente con la que trabajaba.

—Es lógico que mantenga en ese momento la fidelidad con su gente porque todavía estaba ligado.

—Hasta el lunes trabajó con Baratta.

—¿Por qué cree que los escribió o tomó ese registro tan detallado?

—No le conocía esa particularidad de ser una persona tan minuciosa, de haber escrito durante casi diez años. A mí no me cierra como una persona que hubiera querido extorsionar a nadie; si no, lo hubiera hecho.

—¿Usted dice que no lo hizo?

—No. En ningún momento le pidió nada a Baratta.

—¿Puede haber sido por una cuestión de seguridad?

—Ante cualquier eventualidad hay que ver que esa es una papa que quema, lo que estaba viendo él.

—¿Recuerda cuándo me los entregó a mí?

—Aproximadamente en enero, si no me equivoco.

—Le hago una pregunta que me quedó picando desde el momento en que me dio los cuadernos. ¿Por qué me eligió a mí?

—Por una cuestión de empatía, de haber leído su libro. El que hizo con Pancho Olivera, “*Hablen con Julio*”, que fue un regalo de mi hijo. Creo que tengo la

primera edición. Además, *La Nación* siempre me mereció confianza. Y después por seguir las notas suyas en el diario.

—¿Usted puede especificar si me dio los originales?

—Sí, los vimos juntos cuando los abrimos en casa.

—¿Se los entregó a alguien más en este tiempo?

—No, cuando usted me los devolvió, ese día Centeno estaba en mi casa. Subí con la caja abierta y ahí se produce un intercambio y me dice: “¿Cómo la caja abierta?”. “Y sí; es lógico, si yo se lo tengo que dar a terceras personas, tengo que saber lo que hay adentro”, le dije.

—Esa fue la explicación que le dio porque yo le devolví la caja.

—Claro, sí. Y le dije que no sabía lo que había y que no había leído nada.

—¿Qué tan consciente era de que se los daba a un periodista como yo, que venía siguiendo hace tantos años este tema, y que iba a terminar siendo publicado?

—Es la lógica, yo no iba a presentarme con una caja en la Justicia, donde no conozco a nadie.

—¿Su intención fue utilizar un vehículo para que esto se conociera?

—Exactamente.

—¿Por qué quería que se conociera esta información?

—Es más que obvio. Por la situación que estamos viviendo en el país. Esta gente se llevó puesto todo. El problema no son los que están, sino que estos van a volver si no se los para de alguna manera.

—¿Usted tenía la idea de hacer algún aporte para que se conozca al menos una parte?

—Exacto.

—¿Recuerda más o menos cuándo se los devolví y por qué me los pidió en ese momento?

—Cuando Baratta sale en libertad, él me empieza a pedir los cuadernos. Alrededor de un mes lo estuve entreteniendo hasta que un día lo tuve que llamar para devolverlos.

—¿Por qué no cuenta el momento que yo llegué y se los entregué mientras que Centeno estaba arriba en su casa, esperando?

—Él estaba arriba, los había venido a buscar. Yo le había dicho que me los iban a traer y él me respondió que entonces venía para casa.

—Entonces, ¿usted le devolvió la caja abierta con todo el material adentro?

—Agarró la caja y se subió al coche que dejó estacionado enfrente y se fue. Después me llamó porque habíamos discutido en casa.

—¿Le volvió a insistir con su consejo de que judicialice esa prueba?

—Yo se lo había dicho y él se negó, y eso fue lo que a mí me lleva a que esto tome estado público por otro lado.

—¿Esto que me está comentando lo declaró en la Justicia?

—Sí, en la testimonial conté desde cuándo lo conocía, no sé si fui tan amplio, pero quedé a disposición del fiscal Stornelli y del juzgado.

—Usted certificó en una testimonial que recibió los cuadernos de Centeno, que me los entregó a mí y que yo se los devolví y él se los llevó desde su casa.

—Exacto.

—Cuando se publique esta entrevista seguramente por ahí su vida o alguna parte vaya a cambiar. ¿Es consciente de eso?

—Es obvio, pero si no tomamos ese tipo de riesgo esto va a ser cada vez peor.

—¿Qué siente cuando ve todos los medios que estamos cubriendo esta noticia con enorme amplitud? Cuando ve todo lo que se dice, que si están los cuadernos, si existieron.

—Son disparates de todo tipo y color. Los desinformadores de siempre, les



digo yo. Cualquier cosa desde fantasear con que Centeno pertenece a los servicios, que lo puso Milani. Pero son cosas totalmente fuera de contexto. Si uno no tiene nada que decir, mejor que no diga nada.

—Cuando ve cómo se fueron desarrollando todos los hechos y lo que sigue respecto de las consecuencias, tantos detenidos..., ¿alguna vez se imaginó el impacto?

—No, para nada y me puso bien respecto de Centeno porque no es una mala persona, no es mal tipo. Por eso que se haya allanado a colaborar con la Justicia.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Anteayer, cuando fui a ampliar a Tribunales la declaración testimonial.

—¿Cuándo declaró?

—El martes o miércoles, al otro día, el jueves, fui de nuevo. Me había olvidado de algo y él [Centeno] estaba sentado ahí; lo estaban por indagar.

—¿Por qué volvió?

—Para ampliar la declaración testimonial, a dar algo que yo no estaba seguro y quedé con el secretario del juzgado que al otro día se lo iba a traer.

—¿En la fiscalía de Stornelli?

—No, en el juzgado de Bonadio.

—Cuando volvió a verlo, ¿cómo fue?

—Lo crucé caminando. Estaba sentado en una silla y había mucha gente.

—¿Se arrepiente?

—Estaría arrepentido si no hubiera hecho lo que hice.

—¿Tiene miedo?

—Tiene miedo la persona que dice que no hay que confundir temor con cobardía. Cualquier individuo normal tiene miedo a los acontecimientos que

puedan venir. Es cuestión de estar atento, cuidarse y punto. A esta altura de mi vida, con 73 años de edad, tomo la prevención normal que tiene cualquier ser humano ante lo desconocido.

Le agradecí. Nos quedamos todos charlando con un hombre al que no solo la opinión pública terminaba de conocer sino también todos mis compañeros. Era una atmósfera intimista, de color algo ocre. En el ambiente, iluminado como se armó para la entrevista, se veían con claridad caras cansadas y gestos satisfechos. Periodismo en estado puro. Cada uno, a su modo, excitado por la adrenalina que generan esos minutos que jamás se repetirán. Habíamos confeccionado una de las últimas piezas del rompecabezas.

Entre todos, volvimos a advertir al entrevistado sobre lo que venía, sobre los pedidos de notas, sobre lo que se diría de él. Bacigalupo se mostraba seguro de cada paso que daba.

Lo saludamos y lo llevamos al lugar que nos indicó.

Nos quedamos en la Redacción hasta tarde, como tantas veces, comiendo pizza con la mano en medio de la mística "Sala de tapa". Un equipo de trabajo que terminaba una semana que jamás olvidaremos.

Unos minutos antes, cuando la entrevista se repitió en el canal y en la web, le mandé el último mensaje del día.

22.29

Está al aire

22.30

Lo estoy viendo

## Capítulo XI

### El derrumbe

—Cuarenta y seis pasos.

—¿Cuarenta y seis pasos? ¿Qué? —pregunté.

—Cuarenta y seis pasos es lo que te lleva dar una vuelta a ese patio que está al lado de los calabozos, el único lugar en el que podés caminar. Cuarenta y seis pasos y terminás. Todo rodeado de paredes de varios metros de altura. Cuarenta y seis pasos. Te volvés loco —me dijo, con la mirada desenfocada, un hombre que los contó mientras estuvo en prisión.

El encuentro del mediodía retumbó en mi cabeza durante toda la jornada. Había terminado mi día de trabajo y todavía sonaban dentro de mí los ecos de ese diálogo cuando llegué a la cochera. Iba a buscar el auto para irme a casa. Había pocos estacionados pasadas las diez de la noche. Miré una raya en el hormigón y desde ahí conté cuarenta y seis pasos: “Cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, cuarenta y seis”.

Me detuve y me di vuelta. Veía la marca en el piso. Imaginé esa distancia dividida en cuatro y traté de armar aquella escenografía de encierro rodeada de paredes imposibles. No pude: imposible imaginar el encierro. Aún me resonaban sus palabras. “Cuarenta y seis pasos. Te volvés loco”.

Oscar Centeno, chofer, 7 de septiembre de 2015, cuaderno Rivadavia, azul, tapa dura.

*La verdad que cada vez que veo toda esta corrupción me duele el alma por la manera que roban sin escrúpulos y sin medir consecuencias...*

El lunes 6 de agosto fue un día que los empresarios argentinos relacionados con los contratos con el Estado difícilmente olvidarán.

Esa mañana había empezado con la declaración de Angelo Calcaterra. El primo del presidente Mauricio Macri había llegado temprano y se declaró culpable del pago de coimas. Eso le valió que el número dos de su constructora, Javier Sánchez Caballero, detenido la mañana del 1° de agosto, saliera en libertad.

Después siguieron las declaraciones de Rodolfo Poblete, de Hidrovía;

Manuel Santos Uribelarrea, de MSU Energy, y Alejandro Ivanissevich, de Emgasud, ahora Genneia. El primero negó haber pagado coimas y quedó detenido. Los otros dos asumieron sus delitos y se fueron a sus casas. La libertad parecía tener precio en esas horas del caso de los cuadernos de la corrupción. Los que hablaban y confesaban haber pagado coimas se marchaban; los remisos, a la cárcel.

Esa mañana, además, ocurrió otro hecho inédito. Héctor Alberto Zabaleta, un exdirectivo de Techint, la empresa privada más grande de la Argentina, había sido detenido:

*Lo llevé al licenciado al edificio de Techint, donde subió Héctor al auto y bajaron con su tarjeta al segundo subsuelo, donde le entregó a Baratta un paquete con dinero y luego salimos a la calle, donde se bajó Héctor y nosotros seguimos. Lo llevé al búnker de Scalabrini Ortiz 3358, dejó el paquete y lo llevé al licenciado al ministerio.*

Héctor, mencionado varias veces en los cuadernos, era el encargado de pagar a los funcionarios kirchneristas. Héctor era Zabaleta. Y, por aquellos años, un hombre de la estructura de manejo de dinero en la organización.

Calcaterra y sus abogados decodificaron a la perfección la estrategia judicial. Entendieron que el juez Bonadio no parecía conformarse con detener a los número dos de las empresas. Sánchez Caballero, inmediatamente debajo de Calcaterra en la constructora Iecsa, no podía jamás bajar a un subsuelo, esperar el famoso remise de los millones y entregar un bolso lleno de dinero sin que el dueño se enterara de lo que sucedía unos metros debajo de su despacho en Puerto Madero.

En aquella Argentina regía el cepo cambiario y los dólares no salían jamás del banco sin autorizaciones de la AFIP, al mando de Ricardo Echegaray. Todos nosotros, los ciudadanos comunes, debíamos completar formularios, pagar una tasa y demostrar nuestros ingresos para comprar apenas un puñado de dólares mientras las empresas cargaban kilos de moneda extranjera en bolsos para darles a Baratta y sus amigos. Aquella operatoria requería alguna sofisticación, que tornaba aún más imposible la teoría del empleado díscolo que actuaba solo.

La cofradía de silencio que se había impuesto durante más de una década entre empresarios y funcionarios en torno a las coimas esa mañana se había roto. Era un sálvese quien pueda.

Para ese entonces, los empresarios estaban detenidos en la División de Drogas Peligrosas, varios de ellos en el octavo piso. Según tres de los que pasaron

por allí, el edificio tiene aspecto presentable en la parte de las oficinas, pero se vuelve pestilente a medida que se llega a los pisos superiores, donde están los calabozos.

Al término de la jornada, Comodoro Py se mostraba lleno de móviles, la sede de los tribunales federales era el centro de la información en la Argentina. De pronto, llegó un camión celular en el que ya estaban sentados, esposados y amarrados los exfuncionarios presos, con la excepción de Baratta. Gran parte de la estructura de poder, negocios y corrupción de la Argentina de los últimos años, detenida, oscura y sin poder moverse, esperaba que un chofer —sí, un chofer— la llevara no sabía dónde. El camión arrancó y la marcha se animó con los comentarios de la causa. “No tienen nada. Son anotaciones nada más”, era el discurso dominante entre los exfuncionarios.

A minutos de andar en plena noche, el camión celular se detuvo. Nada se podía hacer más que esperar. De pronto se abrió la puerta y, de a uno, agachando la cabeza y con las manos adelante cuidadas por las esposas, subieron los empresarios que estaban alojados en Drogas Peligrosas. Juntos emprendieron el viaje a los penales.

El camino más razonable era pasar por la cárcel de Ezeiza y dejar a los exmiembros del despacho del Ministerio de Planificación Federal y seguir hacia Marcos Paz para que descendieran en su nueva morada varios de los empresarios más poderosos de la Argentina. Pero el itinerario se invirtió.

Los hombres de negocios llegaron al penal. Aturdidos por el viaje y, ya cerca de la medianoche, fueron conducidos a un lugar donde les hicieron “la entrada”. Trámites y requisas, todos desnudos, para ser revisados y distribuidos en sus celdas. Se volvieron a vestir y les entregaron una sábana, una frazada, una almohada y un cepillo de dientes. Caminaron en la madrugada fría de agosto cada uno a una celda. La puerta, sólida, sin barrotes, apenas con una mirilla, se cerró. Adentro, los hombres de negocios se encontraron con una cama de cemento, un retrete y un pequeño lavatorio con agua fría. El nuevo dominio de aquellos poderosos tenía 4 metros por 2,50. En ese instante, la vida de varios cambió para siempre.

Dentro del Módulo 3 quedaron detenidos seis empresarios relacionados con la causa de los cuadernos de las coimas: Gerardo Ferreyra y Jorge Neira, directivos de Electroingeniería; Claudio Javier Glazman, empresario inmobiliario; Armando Loson, presidente de Albanesi; Rodolfo Poblete, de Hidrovía; Carlos Mundín, de

BTU; y Carlos Wagner, de Esuco y expresidente de la Cámara de la Construcción. En otro pabellón, cerca pero sin comunicación alguna, estaban detenidos el exministro de Planificación Julio De Vido, su cuñado Claudio Minnicelli y el contador de los Kirchner, Víctor Manzanares.

Toda esta área funciona bajo el Sistema de Intervención para la Reducción de Índices de Corruptibilidad (IRIC), un programa implementado por el Ministerio de la Justicia de la Nación y el Servicio Penitenciario Federal en 2016, especialmente para los procesados por causas de corrupción.

Por la mañana, antes de que se abrieran las puertas de algunos calabozos, los viejos habitantes del pabellón ya estaban levantados. César Santos Gerardo del Corazón de Jesús Milani, teniente general retirado y jefe de Estado Mayor General del Ejército, desde julio de 2013 hasta el 24 de junio de 2015, era uno de los anfitriones. Otro, David García, cuñado del dirigente sindical Juan Pablo “Pata” Medina, también detenido, se convirtió en uno de los referentes para aquel grupo de nuevos ocupantes.

Sin dudas, el personaje más remiso del grupo era Marco Estrada González, más conocido como “Marcos”. Se trata de uno de los principales narcos peruanos, encargado de controlar la Villa 1-11-14 a sangre y fuego desde hace más de veinte años. La historia de acusaciones es larga para “Marcos”. Primero fue la “masacre de la canchita de los paraguayos”, durante la cual cuatro hombres fueron acribillados y un quinto herido de gravedad en el territorio que él domina, en lo que habría sido un intento de tomar por las armas el poder transa del Bajo Flores.

Según la Procuraduría de Narcocriminalidad (Procunar), conducida por el fiscal federal Diego Iglesias, “Marcos” fue condenado en tres oportunidades y “se ha dispuesto su procesamiento en otras dos ocasiones por integrar —en distintos períodos temporales que van desde el año 1999 hasta el año 2017— una organización narcocriminal que funciona en la Villa 1-11-14, con dominio territorial de espacios específicos de aquel barrio, y relacionada con distintas actividades de corte delictivo, especialmente con el tráfico ilícito de sustancias estupefacientes (incluyendo marihuana, cocaína y sus derivados como el ‘paco’), su comercialización y acopio de armas de fuego y municiones”.

—¿Vos sos nuevo? —dijo una voz del otro lado de la mirilla.

—Sí —contestó el detenido.

—¿Cuánto hace que no comés?

—Ni idea, he perdido la noción del tiempo.

—Esperá.

Hacía frío esa primera mañana en Marcos Paz. Por la pequeña mirilla de la puerta del calabozo pasó un vaso de plástico y un saquito de té. Con otro vaso, el detenido que estaba fuera del calabozo armó una suerte de canaleta por donde sirvió el agua caliente de un lado al otro. Revivir con algo caliente después de horas de ayuno.

Esa mañana, David García fue el que introdujo a los “nuevos” en el lugar. El pabellón tiene tres pasillos a los que dan todas las celdas. A su vez, esos corredores terminan en un espacio común donde hay dos mesas, una cocina, dos heladeras, el teléfono y un televisor. Ese lugar, donde los detenidos pasan sus días entre las ocho de la mañana y las diez de la noche, se comunica con el patio, el de los 46 pasos.

García pasó a ser una de las referencias. Les recomendó que llamaran a sus familias. Les dijo que muchas veces los seres más cercanos no tenían idea dónde estaban en ese momento. Para eso, claro está, existen las tarjetas telefónicas, una suerte de tesoro para los detenidos en un penal. Y pidió que les explicaran bien cómo es el lugar, que allí no hay violencia y que nada tiene que ver con los estereotipos que muchas veces se ven televisión.

Luego siguió con la rutina. Había dos heladeras, la gris era intocable. “No se les ocurra poner nada dentro de esa heladera y tampoco comer del alimento que hay ahí”, recomendó.

La heladera gris era la que usaba “Marcos”. El televisor también era manejado por el ciudadano peruano y, mal que les pesara a los “nuevos”, estaba clavado en canales de noticias donde la causa de los cuadernos era prácticamente cadena nacional.

La comida del lugar ni siquiera llegaba a ese pabellón. “Marcos” se cocinaba su propio alimento; el resto era atendido por Milani, que se hacía cargo de preparar el menú de todos.

A metros del penal hay una despensa, un mercado. La mecánica es la siguiente: los familiares de los detenidos prepagan comida ahí. Luego, los reclusos

piden qué quieren y los agentes del Servicio Penitenciario los ingresan al lugar. Ese mercado y no otro es el proveedor de los pabellones. Además, en las visitas, les pueden llevar alimentos que ni siquiera pueden tener condimentos.

La limpieza, según García, era clave. Mucha lavandina dentro de la celda y ni siquiera lavarse los dientes con agua que no fuera mineral. Él se encargaba de la limpieza de los lugares comunes y no quería que nadie le sacara esa tarea. No es para menos, allí consumía al menos dos horas diarias que lo sacaban de la rutina de esperar que pasaran los minutos. Así se organizó la vida en ese reducto bonaerense. Tanto García como Milani hicieron gala de ser anfitriones y, según varios que pasaron por el lugar, siempre fueron solidarios.

Hasta ese momento, en Comodoro Py los empresarios desfilaban y asumían sus delitos. Era el imperio del “yo pagué”. Pero nadie contaba el esquema. En Marcos Paz, algo de eso se cocinaba. Carlos Wagner, 76 años, caminaba abatido.

—¿Qué hago acá, a mi edad, con los problemas de salud que tengo? —se le escuchó decir una noche, antes de que a las diez les dieran la orden de ingresar a su celda.

La permanencia de Wagner en Marcos Paz era una cuestión de horas. En los tribunales de Retiro, sus abogados negociaban los términos del arrepentimiento. Había dominado la Cámara Argentina de la Construcción y amarrado negocios millonarios para él y para sus colegas durante más de una década. Se había sentado en la mesa de los poderosos y se cansó de aplaudir en cuanto acto oficial realizó el kirchnerismo. El martes 7 de agosto fue el primer día entero de Wagner en un penal de alta seguridad.

El miércoles 8, Héctor Zabaleta, de Techint, acordó presentarse como arrepentido y reconocer que efectivamente llevó dinero a la cochera del edificio de la multinacional, en pleno corazón de Catalinas. El directivo había declarado ante el fiscal Carlos Stornelli que abonaron cuotas mensuales de 100.000 dólares en el marco de la negociación por la indemnización que el gobierno del entonces presidente de Venezuela, Hugo Chávez, les pagó por la estatización de la metalúrgica Sidor.

En esos días, la estrategia de Techint empezaba a tomar forma. Luis Betnaza, director corporativo de la compañía, se presentó como testigo espontáneo. Pero Bonadio consideró que debía hacerlo como imputado y le tomó indagatoria.



*Después de una cena muy amigable, al día siguiente, se me acerca Uberti y me manifiesta el enojo del presidente Kirchner, alegando que la empresa no contribuía económicamente con el gobierno. Él dijo “ustedes no aportan nunca nada y el presidente Kirchner está muy enojado”, mi respuesta fue “el grupo Techint no hace negocios, nunca, con la política”. Eso tuvo un efecto que, en mi opinión, fue el que cerró el vínculo con Chávez.*

La empresa de Paolo Rocca acumulaba problemas con Venezuela y la llave para destrabarlos era el gobierno de Cristina Kirchner.

*Nos manifestaron que hagamos un aporte porque ello significaba gastos que el gobierno argentino no tenía por qué afrontar. Esto lo planteó, como contexto, De Vido y el que arregló el quantum y la forma fue Baratta.*

Según Betnaza, el pago fue una extorsión ya que había argentinos, empleados de Sidor en Venezuela, que no podían salir del país. Así las cosas, le dio instrucciones a Zabaleta para que hiciera los pagos. “La decisión la tomé yo; Rocca no sabía nada”, dijo. De esta manera, Betnaza asumió la responsabilidad y Zabaleta se marchó a su casa.

Wagner negociaba su propio camino. Esa noche ya todos sus compañeros de presidio anticipaban su jugada. Nadie sabía, claro está, la profundidad de sus dichos.

El constructor aparecía mencionado varias veces en los cuadernos. El 22 de septiembre de 2010 entregó más de tres millones de dólares, según escribió Centeno. El conductor del Toyota Corolla detalló que, tras retirar en diferentes lugares un bolso con 800.000 dólares y otro con un millón y medio, fueron hasta el departamento de su jefe para repartir la “comisión” que le correspondía a Baratta, Gómez, Fagyas, García y el propio Julio De Vido. Pero faltaba un bolso más que llevó el propio extitular de la Cámara Argentina de la Construcción.

*Llegó a las 18.05 en un Honda Accord con otras dos personas. Nelson le indicó la dirección. Llevaban también un bolso con dinero, aproximadamente, 1.000.000 [de dólares]. Al término de media hora, Wagner se fue.*

El viernes 10 de agosto, Wagner llegó a Comodoro Py. Se sentó frente al Fiscal y empezó a contar que pagaba coimas a funcionarios del kirchnerismo. El Fiscal lo cortó con cara de pocos amigos. Fue un momento de zozobra. “Eso ya lo sabemos, no aporta nada nuevo. Los dejo solos para que hablen de lo que

necesiten. En una hora nos vemos”, dijo y se fue.

La sortija estaba más alta y había que contar algo más que los simples pagos para ser tenido como arrepentido colaborador y acceder a la homologación y, eventualmente, a la libertad.

Una hora más tarde, Carlos Wagner, apesadumbrado después de días, entre el frío del invierno y la comida de Milani en el pabellón de la cárcel de Marcos Paz, empezó a declarar. Él, el hombre que con Esuco construyó miles de metros cuadrados y entregó negocios a sus colegas por miles de millones de dólares, estaba abrumado por los pocos metros en los que le tocaría vivir los años siguientes si no contaba algo más que las entregas de dinero.

El expresidente de la Cámara de la Construcción inició el relato más brutal de la corrupción en la Argentina. El país, por primera vez en la historia, conocería en primera persona cómo funcionó el llamado “club de la obra pública”, ese selecto grupo de amigos que se hizo millonario durante décadas y que con su laxa moral sirvió de financiamiento negro de la política argentina.

*Me recibí de ingeniero hace 52 años y ejercí mi profesión hasta hoy. En 1966, ingresé a Esuco. En las obras que se encuentran en ejecución, entre propias y asociadas con otras compañías, trabajan 3500 personas.*

Luego, se excusó de no haber recordado antes los hilos de la corrupción.

*Fui presidente de la Cámara de la Construcción de 2004 a 2012. En razón de mi edad, tengo casi 76 años, no pude recordar en mis anteriores declaraciones detalles de cómo funcionaba el esquema de recaudación de las obras viales que estaban a cargo de la Secretaría de Obras Públicas.*

Esas fueron sus primeras palabras. Y entonces sí, después de un inicio curricular y de recobrar repentinamente sus recuerdos, sentado frente a los fiscales, sin esposas, Wagner, un actor protagónico del poder durante el kirchnerismo, inició su confesión.

*Todos sabían que yo era el amigo de [Julio] De Vido. En 2004, el arquitecto me citó en su despacho y me dijo que por orden del presidente [Néstor Kirchner] debía garantizar en forma personal el éxito acorde a los intereses del gobierno en las licitaciones públicas que se llamaron a partir de ese momento, fundamentalmente en el rubro vial, que tiene mayores montos y más significativos. Porque la obra pública —me dijo—, iba a ser uno de los métodos de recaudación de dinero para los gastos políticos.*

Wagner empezó a pagar en cuotas su libertad. Sobre fines de los años 90, Esuco llegó a trabajar en Santa Cruz en obra pública. Uno de los primeros contratos fue la ejecución del aeropuerto de El Calafate.

*A fines de los 90, la empresa consiguió algunos contratos en Santa Cruz donde De Vido era funcionario. El gobierno de la provincia contrató a la empresa para la ejecución del aeropuerto de El Calafate y de una serie de obras menores. De Vido aparece en Santa Cruz porque era empleado de Entel. A raíz de esa importante obra conocí al arquitecto De Vido y al gobernador Kirchner en las sucesivas visitas que hicieron a la obra.*

Poco tiempo después, aquel gobernador se convertía en presidente y el arquitecto en su principal ministro.

*Yo tenía una actuación de 30 años en la Cámara de la Construcción. En ese momento era vicepresidente tercero.*

Justamente en la entidad empresaria, había que elegir un nuevo mandamás. En 2004 llegó la propuesta de De Vido: Kirchner lo necesitaba en un puesto clave para generar dinero negro que regresara a los funcionarios.

*A modo de ejemplo, llamada una licitación, los interesados compraban los pliegos y se reunían en distintos lugares para determinar al ganador de la licitación. Uno de los lugares era Venezuela 736, piso 3, de esta ciudad donde funcionaba la Cámara de Empresas Viales [conocida como La Camarita], y otros lugares más informales. Entre varias de las empresas que recuerdo en este momento puedo nombrar Perales Aguiar, Vial Agro, Biancalari, Losi Fontana Micastro, Marcalba, Iecsa, Chediak, Equimac, Coarco, Cartellone y Vialco. Algunas son estas. [...] Las empresas se reunían en los lugares establecidos y determinaban el ganador de la licitación en función de su interés por la obra y del trabajo tratando de priorizar a aquellas que menos volumen de trabajo tenían. Una vez adjudicada la obra, el compromiso era abonar para gastos políticos, para necesidades políticas el anticipo que estaba establecido en los pliegos.*

Fue el primer anticipo del detalle del “club de la obra pública”, el esquema de recaudación más cuidado por contratistas y funcionarios durante décadas. Luego, Wagner siguió:

*El porcentaje del anticipo financiero iba entre el 10 y 20 por ciento del total de la obra. Deducidos los impuestos, el compromiso era entregar la totalidad restante del anticipo financiero a modo de retorno. En las obras sin anticipo, se establecían montos equivalentes que se pagaban en los primeros tres certificados de obra. Quiero dejar claro que mi empresa*

*Esuco no estaba exceptuada de ese mecanismo. El monto de dinero era entregado a algunos de los recaudadores. Roberto Baratta disponía quién iba a recaudar, lo mismo el ingeniero [José] López. Mi función era garantizar que el señor que ganaba la licitación les pagara y si la contratista no cumplía, me responsabilizaban a mí y me dificultaban el pago de los certificados de mi empresa. También le dificultaban los pagos a la empresa contratista que no había cumplido.*

A poco de empezar, Wagner ya había contado cómo era el reparto de los proyectos y cuánto se devolvía de cada uno. Pero faltaban más detalles.

*El caso de las obras adjudicadas a mi empresa se comunicaba conmigo a mi lugar de trabajo, a mi empresa, no recuerdo a qué número porque es una central telefónica, y me avisaban cuándo pasarían a buscar el dinero y por dónde. También pueden haberse comunicado al celular que está a nombre de la empresa y que está secuestrado en la causa.*

*Las recaudaciones en el caso de Esuco, por lo general, las hacían en un lugar ajeno a la empresa. Solían ser en un café como el café La Puerto Rico, que está ubicado en la calle Alsina y Balcarce, en el hotel NH, que se encuentra a la vuelta del Cabildo, sobre la calle Bolívar, o en un estacionamiento en lugares públicos. A veces venían a San José 151 [la sede de la empresa] de esta ciudad pero el grueso lo recaudaban en otros lugares.*

*El auto Honda Accord que se menciona en las anotaciones de los cuadernos era efectivamente un auto de la empresa. No recuerdo haber ido al domicilio de Baratta pero el auto sí lo reconozco, era de la empresa. Las entregas se hacían generalmente en pesos debido a que durante el período que se menciona había restricciones cambiarias. Mientras no las hubo, los pagos se hacían en dólares.*

*El sistema interno de los funcionarios una vez que recaudan el dinero tengo la impresión de que era para arriba. Eso era lo que decían Baratta y López, que era plata para arriba.*

*El dinero era acondicionado en paquetes. Los confeccionaba una persona de confianza mía. Si se recaudaba en mi empresa, los paquetes de dinero los entregaba yo al recaudador. Si el lugar del encuentro era fuera de mi empresa, enviaba algún apoderado. La cantidad de dinero, es decir el anticipo de la obra que se había pagar, se entregaba en dos o tres pagos al funcionario que recaudaba. El anticipo financiero se iba a todo al funcionario. El IVA quedaba retenido ya que correspondía pagarlo a la AFIP a los 30 y 60 días. Eso se iba utilizando para iniciar la obra.*

El relato, entonces sí, desmenuzó el nudo de la corrupción. El retorno a los

funcionarios no se limitaba solo al adelanto para iniciar los trabajos. Según lo que confesó Wagner, que estaba bajo juramento de decir la verdad, por cada pago posterior se debía devolver una parte.

*Para los adicionales de obra y modificaciones, también exigía a las empresas el mismo porcentaje de retorno.*

Mientras el dinero que se pagaba como anticipo volvía a los bolsillos de los funcionarios, la obra empezaba con apenas un porcentaje mínimo. Wagner afirmó que con el IVA se iniciaba la obra. Es decir, por cada 100 pesos más IVA (121 pesos) que se pagaban para emplear trabajadores y comprar materiales, 100 volvían a través de la línea Baratta, De Vido y Kirchner, y solo 21 iban a la obra. Además, quedaba una deuda con la AFIP.

Wagner firmó el acta y ese viernes 6 de agosto recuperó la libertad. Para entonces, ya se conocía que, durante un allanamiento en un departamento de Puerto Madero, se habían secuestrado 150 obras de arte por un valor incalculable. Nadie sabía que aquel constructor de 76 años era coleccionista; de hecho, ninguno de los siete galeristas que consulté estaba al tanto de su gusto por el arte. La incógnita aún se mece sobre ese hallazgo.

“El alemán”, como varios lo conocen, dejó en unas cuantas carillas el relato más detallado del funcionamiento del “club de la obra pública”, ese que lo hizo rico pero que también lo mandó a la cárcel.

Desde entonces, la trama quedó descubierta. Ya desarropados cuando el secreto de su vida oscura salió a la luz, varios empresarios continuaron con ese relato despiadado de la doble moral argentina. Fue el turno de Juan Chediak, otro poderoso constructor de la Argentina:

*Aproximadamente en julio de 2003, el ingeniero Wagner me pidió que lo acompañe a ver a Julio Miguel De Vido a su domicilio que se encontraba ubicado en un edificio en Avenida del Libertador y la Avenida Coronel Díaz, de esta ciudad en el décimo piso. En esa charla estuvimos nosotros tres únicamente. Allí, las palabras fueron claras. De Vido me dijo: “Si querés seguir trabajando tenés que pagar”. Realmente me sentí amedrentado con esta situación, nunca me había pasado algo similar. Yo atiné a explicarle que veníamos de una crisis, la de 2001, pero me trató de llorón, me dijo que teníamos que entenderlo, que eso era así. Entendí el mensaje muy claramente y al tiempo empecé a llevarle algunas cantidades de dinero a su casa. Él no me impuso montos determinados, me dijo que necesitaban plata para la política. En alguna oportunidad me hizo ir al Ministerio a la calle*

*Hipólito Yrigoyen, esas veces me la hacía dejar en el baño. Las sumas rondaban los 100.000 y 250.000 pesos. Las entregas se hacían siempre en pesos y con frecuencia mensual. Siempre las entregas se las hice a él, a De Vido, en su casa, en su living, al lado de unos bonsái. Si llegaba a demorarme en la entrega, me llamaba por teléfono para exigirme los pagos. En un momento determinado, esta situación se terminó. Entre marzo y junio de 2004 fui invitado junto con otros empresarios que en este momento sus nombres no recuerdo a la Cámara Argentina de Empresas Viales que queda en la calle Piedras 383. Allí se encontraban Wagner y Ernesto Clarens, a quien yo en ese momento no conocía. En esa oportunidad, Clarens se presentó como el financista de los Kirchner y dio instrucciones muy precisas. Dijo: “Si quieren trabajar van a tener que pagar. Acá se es amigo o se es enemigo, no hay estados neutros, me van a tener que pagar a mí”. Entendí claramente que lo que planteaba era un sistema en el que todos tenían que pagar. Podían trabajar todos, pero todos tenían que pagar. El mecanismo de pago no lo recuerdo, no sé si era una alícuota pero no lo descarto. Clarens repartió tarjeta y dijo: “Ustedes me llaman y me traen el dinero acá”. Se refería a una oficina en el pasaje Carabelas.*

De a poco, los métodos de unos —los funcionarios y sus enviados— y la sumisión de los otros —los empresarios— fueron quedando claros. Chediak continuó su tremendo relato.

*Ahí yo nunca llevé nada, hasta que un día me llamó por teléfono y me dijo: “Vos tenés que venir por acá, ¿o no entendés?”. Fue así como le llevé 180.000 pesos y esta cifra me la acuerdo bien porque me dijo que según sus cuentas yo debía llevarle 250.000 pesos. Me devolvió la plata, los 180.000 pesos que había llevado, pese a mi insistencia de dejarle ese monto y me exigió que le lleve la suma total que supuestamente adeudaba que era 250.000 pesos. El día sábado siguiente, mientras yo estaba en mi casa, me llamó José López, desde un número que no recuerdo pero que por su prefijo era de Río Gallegos. Yo lo conocía, hacía un año que estaba en el gobierno y además tiene una inconfundible voz. Me dijo: “Te aviso que el que te va a hablar soy yo, eh”. Y me pasó con Clarens que me dijo: “Escuchame que te quiero el lunes con 250.000 pesos, no seas el chivo expiatorio, no seas el primer pelotudo que hacemos cagar”, entre otras frases amenazantes. Así, el lunes siguiente le pagué. Me pareció una amenaza brutal. A todos nos quedaba claro que José López ganó a partir de la muerte de Néstor más vuelo, Cristina comenzó a apoyarse en él. El triángulo empezaba a ser Cristina, López, Clarens.*

Los reyes quedaron desnudos. Los empresarios hacían cola para ganarle al proceso y ser ellos los que contaran qué habían hecho antes de que la Justicia les preguntara. Aldo Roggio dijo que devolvió 5% de los subsidios para la concesión Metrovías, la empresa que explota el subte porteño y la línea ferroviaria Urquiza. No fue menor su confesión ya que entre 2003 y 2015, su empresa recibió 211,9

millones de pesos anuales. Se puede concluir que aportó unos 49,59 millones de dólares a la recaudación ilegal, según la cotización del último día de cada año de los pagos. Si el esquema se repitió con cada empresa ferroviaria, esa cifra llega a 344,4 millones de dólares.

Pocos días después, Gabriel Romero, el otro concesionario de trenes, reconoció lo mismo y dijo, además, que pagó 600.000 dólares para que le extiendan la concesión de la Hidrovía, la empresa que tiene a su cargo el drenado del río Paraná para asegurar el transporte.

*El día antes de que se firme el decreto 113/2010 que aprobaba la renegociación de la Hidrovía y que fue publicado el 21 de enero de 2010, Baratta se comunicó telefónicamente con Poblete y le dijo que si no entregábamos el dinero no salía el decreto firmado. Poblete me lo transmitió a mí. No había una relación de índole comercial con Baratta. Poblete se juntaba de vez en cuando con Baratta para ver cómo estaba el tema de la renegociación, nunca le pidió la plata, salvo el último día. Nos pidió 600.000 dólares y se lo dimos en dos partes, en 300.000 dólares y 300.000 dólares. Quiero aclarar que De Vido nunca me pidió plata. Yo no hice cartelización de la obra pública, yo no estuve en el blanqueo, tampoco en el Panamá Paper. A Ricardo Jaime sí se le daba dinero, venía y le daba yo. No era un monto fijo. Le di dinero en varias oportunidades, no recuerdo el monto del dinero. La relación con Jaime empezó en 2003, 2004 o 2005, no recuerdo con precisión. Néstor Otero me hizo un vínculo con Jaime, nos encontramos y quedamos que yo tenía que darle un monto de dinero que no puedo precisar. Creo que era mensualmente, o cada tres meses. Lo que sí recuerdo que él decía: "Esto es para arriba y esto es para los gastos de acá". Esto era en concepto de los ferrocarriles.*

A menos de un mes de que se conociera, la causa de los cuadernos que había iniciado en soledad en enero, y que minuciosamente investigamos con Candela y Santiago, había empezado a desnudar la corrupción más rancia. Sentí que se corría el manto de hipocresía que dominó al país. Repasé decenas de lugares en los que me había encontrado con muchos de los protagonistas de esta trama de engaño, mentira y corrupción.

Faltaba que se quebrara algún funcionario. Ese fue Claudio Uberti. El relato del extitular del Órgano de Control de Concesiones Viales (Occovi) dejó perplejos a muchos. Confesó que Néstor y Cristina Kirchner estaban al tanto de los sobornos pero, además, impactaron los detalles que contó "el valijero" sobre la intimidad del poder durante el primer gobierno kirchnerista.

Arrumbado y desacreditado después del famoso escándalo de Antonini

Wilson, que venía de Venezuela con una valija con 800.000 dólares en compañía de Uberti, el exfuncionario padeció la soledad y el desprecio de los Kirchner. Solo Baratta, según dijo, lo visitaba de vez en cuando.

Pocos días después de la declaración de Luis Betnaza, de Techint, se dictó la orden de detención contra Uberti. Por esos días, el 13 de agosto, declaraba Cristina Fernández como imputada. Uberti, dolido con sus exjefes, decidió esperar la declaración para ver si había alguna defensa de quienes fueron sus laderos. Convencido de que sería su gran venganza, un día después se camufló con una gorra negra y se presentó en la fiscalía de Carlos Stornelli.

*El piloto del matrimonio Kirchner era un tal Potro Velázquez, de nombre Sergio. Recuerdo que Néstor Kirchner sacó al piloto de la Fuerza Aérea, para poner esta persona a cargo del Tango 01. Velázquez fue su piloto hasta el final del mandato de Cristina Kirchner. Los transportes de dinero se hacían al sur por vía aérea, en bolso o valijas, y se hacían a la luz del día y a la vista de los que estuvieran en el lugar. No vi dinero pero sí las valijas. Esta cuestión no era ajena la señora de Kirchner, que presenciaba los transportes. El ministro Julio De Vido me había encomendado que preparara los pliegos para la licitación de los corredores viales. Trabajé con 50 personas y cuando los tuve listos los hice llegar al despacho presidencial.*

Poco tiempo después relató cuál era su rol en la organización en la que participó, según sus dichos, entre 2003 y 2007. Dijo que le llevaba a Néstor Kirchner los bolsos con la plata que recaudaba en las concesionarias viales —estaba a cargo del organismo de control del sector— y que hacía esas entregas en el despacho presidencial de la Casa Rosada o en la Quinta de Olivos. Uberti confirmó que la expresidenta Cristina Kirchner estuvo presente varias veces en las que él dejó bolsos, además de contar que el encargado de comunicarle cuáles eran sus tareas fue el exministro de Planificación Federal, Julio De Vido. No fue solo el contenido de su testimonio lo que sorprendió a la Justicia, sino el tono en el que declaró y los detalles que brindó: habló desde un profundo enojo con quienes fueron sus jefes políticos. Dijo Uberti que le recomendó De Vido:

*Tenés que llamar a los empresarios y decirles que pongan, te van a llorar, pero vos deciles que pongan porque si no el presidente no va a firmar, si no renuncia. Viste cómo es El Malo. Los primeros meses sacaban una cuenta por cada uno de los seis corredores, era una cifra aproximada de 150.000 dólares. Desde 2003 hasta agosto de 2007 fue así. Primero le llevaba 150.000 dólares al despacho del ministro De Vido, luego se lo llevé personalmente al despacho presidencial, y se los entregaba en un maletín a las manos de Néstor Kirchner.*



*En otra oportunidad, una de las primeras veces que fui a ver a Néstor Kirchner, en el año 2005, le llevé la recaudación de los corredores viales a su despacho de la calle Balcarce. Quiero aclarar que siempre que le llevaba una recaudación me preguntaba si eran euros o dólares. En una ocasión le llevé paquetes de euros y pesos... Agarró a patadas el paquete de los pesos y lo tiró por el despacho. Kirchner era un suplicio...*

*En alguna oportunidad fui al departamento de Uruguay y Juncal. Llevaba entregas de Gerardo Ferreyra. Él me había dicho que cuando tuviera un paquete de dinero chico lo llevara al despacho de Balcarce, que si bulto era grande debía coordinar con Daniel Muñoz que recibía el dinero en la calle Juncal. En una ocasión subí al departamento, allí había otras valijas en el palier y en el dormitorio había muchas más. Eran alrededor de veinte valijas de distinto tamaño.*

Las noticias a diario agregaban testimonios, revelaciones, chismes y nuevas detenciones. Los arrestos se sucedían. Néstor Otero, concesionario de la terminal de Retiro y la de Once; los hermanos Sergio y Alberto Taselli, exconcesionarios de Trenes de Buenos Aires; Juan Carlos Lascurain, expresidente de la Unión Industrial Argentina; Raúl Vertúa, de una constructora que lleva su apellido; José María Olazagasti, exsecretario de De Vido, y su chofer, Hernán del Río, se sumaban a la lista de detenidos. Oscar Thomas, el oscuro exdirector del Ente Binacional Yacyretá, era encontrado en un departamento de la calle Uruburu.

Más tarde, el núcleo de secretarios de Cristina Fernández y de Daniel Muñoz empezó a caer en desgracia: también fueron apresados Raúl Copetti, exrecaudador del Frente para la Victoria; Ricardo Barreiro, exjardinero de los Kirchner; Roberto Sosa y Fabián Gutiérrez, exsecretarios de la expresidenta; Carolina Pochetti, esposa de Daniel Muñoz, y los presuntos testaferros Carlos Cortez, Sergio Todisco y María Elizabeth Ortiz Municoy.

La trama más corrupta de la Argentina moderna estaba expuesta. En vidriera, con sus maniqués desnudos, con su moral derrumbada. Lo explicaba el juez Bonadio después de que más de setenta personas pasaran por Comodoro Py a contarle la Argentina oscura de los últimos años.

*En el presente capítulo se tratará de explicar de manera lo más clara y llana posible lo que sucedió en la República Argentina entre los años 2003 a 2015, donde una colusión de funcionarios y empresarios [la Real Academia Española define la palabra "colusión" como "pacto ilícito en daño de tercero"] hizo funcionar una maquinaria que le sacaba con procedimientos amañados, dinero al Estado Nacional en detrimento de la educación, la salud, los jubilados, la seguridad, que dejaba al pueblo más humilde sin cloacas, sin agua*

*corriente, sin servicios, sin transporte seguro etc., etc., y todo esto se hizo para distribuir coimas a funcionarios corruptos a cambio que, por avaricia y codicia, ese selecto grupo de empresarios también se llenaran los bolsillos mediante su participación en licitaciones o concesiones, sosteniendo a posteriori un discurso acomodaticio y cobarde, pretendiendo haber cedido a las presiones oficiales, en bien de cuidar sus empresas y los puestos de trabajo de sus empleados.*

*Esta mecánica funcionaba más o menos así: para ganar una obra pública, la explotación de un corredor vial, una concesión de transporte ferroviario, ser beneficiado con la asignación de subsidios al transporte automotor, empresas prestatarias de bienes y servicios por cuenta y orden del Estado Nacional, una empresa o grupo de empresas — UTE— entregaban un porcentaje de lo que el Estado Nacional les pagaba, a los funcionarios que Néstor Carlos Kirchner y Cristina Elisabet Fernández designaban para esos menesteres a fin de recibir esos “retornos” o “coimas”.*

*Claro está que los fondos pagados por el Estado por esas contrataciones estaban “inflados” en perjuicio del conjunto de los argentinos y con el solo objetivo de enriquecer ilícitamente a funcionarios y empresarios corruptos. El producido de esos sobornos era utilizado para sufragar de manera ilegal actividades de naturaleza electoral, o vinculadas a la gestión política del gobierno y de organizaciones satélites; también se determinó que partes de esos fondos se desviaron para comprar voluntades del Poder Judicial o funcionarios que supieron trajinar algún organismo vinculado a tareas de inteligencia política; pero el grueso de esos fondos fueron destinados a engrosar de manera espuria e ilegal, el patrimonio personal de quienes entre los años 2003 y 2015 ocuparon los más altos cargos de la República.*

Leí la resolución ni bien salió. 551 páginas. Inmediatamente, mi teléfono volvió a llenarse de mensajes. Era 17 de septiembre de 2018.

Esa noche volví tarde de la Redacción. El Buenos Aires detrás de los vidrios polarizados parecía apacible, como siempre a esa hora. Recordé los primeros días, el calor del 8 de enero cuando fui a buscar la caja. Y de aquella frase que le dije a José del Río el primer día que le conté: “Esto es todo o nada. Estamos parados a mitad de camino de tener un gran documental o de no tener ni para un recuadro de quinientos caracteres”.

Esa noche, sentí que ya no era así. Nos habíamos alejado un poco de uno de aquellos extremos.

## Capítulo XII

### El reencuentro

Faltaban unos días para que se cumplieran dos meses desde la mañana del 1° de agosto, cuando salió a la luz el caso de los cuadernos de las coimas. Llegué al bar de la esquina de Iberá y Moldes y, como siempre, esperé un lugar en la barra. Pedí una cerveza roja y aguardé al Confidente con el que hablábamos desde el verano, aquel de pelo oscuro, sano, morocho, algo rojizo cuando le daba el sol. Seguía con las mismas intrigas, las mismas preguntas. Nada había cambiado en sus formas ni en sus tiempos.

Pero mi vida era otra. Desde la última vez que nos habíamos visto, viajé dos veces a Chile, Montevideo, Salta, Mar del Plata, Bariloche. Tenía previsto ir en pocos días a Bogotá, Córdoba y, finalmente, a Perú.

Cada vez que me escribía, me preguntaba dónde andaba. Y terminaba el intercambio con una frase que se había hecho latiguillo.

—Vos y tus días distintos.

Todo había cambiado de escala. Los llamados y los mensajes en uno de los dos celulares ya se acumulaban desde hacía semanas; el otro, un poco más cuidado, lo mantenía al día.

Lo esperé, ya sentado en la barra, con mi cerveza. Llegó un rato después, despreocupado.

—Qué quilombo armaste —me dijo. No era original, mucha gente que se me acercaba a hablar rompía el hielo con una frase similar.

Lo saludé un poco más calurosamente. Hablamos de bueyes perdidos, de esos temas que quedan en las alforjas y que surgen después de días de ausencias. A poco, fuimos al punto.

—¿Cómo estás?

—No sé. Con una sensación rara.

—¿Me jodés?

—No es tan fácil de asimilar. Es duro.

—Pero hiciste el laburo de tu vida. Tipos poderosos en cana, ¿qué más querés?

—Ese es uno de los temas. El otro día me encontré con uno de ellos, que ahora está en libertad pero que lo pasó horrible. No es algo que me ponga eufórico que un tipo pierda la libertad.

—Dejate de hinchar. Las hicieron todas.

—Eso le decía a él. Vos no estás arrepentido, solo te convenía por una cuestión de guita. Hiciste cuentas y te resultaba más barato confesar que esperar que la Justicia vaya. El tipo giró la vista y me miró. Nunca podré olvidarme de esa mirada.

—Pará, boludo, ¿te enamoró?

—Me dijo: “Si pudiera volver el tiempo atrás, no te quepan dudas que no lo haría. No te das idea lo que es volver, mucho más duro que irte. Cuando volvés, sos otro tipo, te cuesta mirar a los ojos a tu familia”.

—Ellos las hicieron todas. Por algún lado se iba a saber.

—Eso es lo que yo le decía. Ustedes jugaban a las escondidas, bueno, fue piedra libre.

—¿Más allá de esas cosas? Cristina dijo de todo de vos.

—Otra de las cosas previsibles. Si algo sabía era de su defensa ideológica más que jurídica. Matar al mensajero es parte de su credo. Pero viste que dijo que éramos un grupo de tareas. Eso me lo banqué, como dije en varias entrevistas, porque vino de su parte, y yo le doy peso a las palabras por quién las dice, no por lo que dicen. Pero te juro que me molestó.

—¿Y si gana las próximas elecciones?

—Yo trabajé años con ella como presidenta. Imagino que lo podré seguir haciendo.

—Bueno, ya estás curtido.

—No te creas que estás preparado. Desde los que creen que sos un héroe nacional hasta los que te desean lo peor. No te das idea las cosas que he leído sobre mí. Mirá.

Le mostré mensajes que me llegan por correo electrónico, por mail. Recorrimos felicitaciones, alientos, maldiciones, deseos de muerte, insultos, chismes, datos improbables, reclamos por más.

—Era sabido que eso iba a pasar.

—Yo no digo que no, lo que te digo es que no siempre estás preparado. Un día me siguieron desde la mañana. Una noche me junté con una mujer en una esquina, en Cerviño y República Árabe Siria. Pensé que podía tener algunos datos que me podían servir. A la noche voy a un lugar en Palermo Viejo, y un auto para detrás del mío. Bajó una persona y me encaró. Y me preguntó si sabía dónde quedaba la esquina en la que había estado en la mañana. Imaginate que no tenés que ser mago para darte cuenta de que me siguieron todo el día.

—¿Qué hiciste?

—En esos días me cuidaba mucho, iba a trabajar y volvía. No hacía nada más. Hablé con la Policía de la Ciudad y les pregunté si querían que haga la denuncia para que pongan un policía en un lugar que les pedí. Aunque sea un tiempo. Me dijeron que sí, que no me preocupara. Imaginarás que no pasó nada, no pusieron a nadie.

—¿En serio no pusieron a nadie?

—Sí. Los llamé caliente unos cuatro o cinco días después y ¿sabés lo que hizo el caradura?

—No.

—Puso un policía donde le había pedido. Le hizo sacar fotos y me las mandó todas al celular. Como para que vea que me quejaba de gusto. Obviamente, al otro día ya no estaba.

—¿Anduviste solo este tiempo, sin custodia?

—Y sí, ¿no te digo que pedí ayuda y que me hicieron eso? Pensé, nunca más le pido nada a estos tipos. ¿Sabés de qué me acordé? De una advertencia del Fiscal.

—¿Qué advertencia?

—Cuando arrancábamos me miró y me dijo: “¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Al inicio te van a palmear la espalda, en seis meses estamos solos”. Bueno, a los veinte días pedí ayuda y no me la dieron. Listo, lo hacés solo o no hacés nada. Aprendí que no hay que quedarse a esperar.

Le conté algunas cosas que lo sorprendieron. Por ejemplo, sobre ese equipo de polo en el que estaba un empresario de la construcción que quedó envuelto en medio de la causa. Esos chismes le encantaban.

—¿Y qué pasó?

—Un día, el tipo se quejó del estado de la cancha de polo que, al parecer, dejaba mucho que desear. Otro le contestó.

—¿Qué le dijo?

—Por qué no te callás la boca, corrupto de mierda. Mirá si nosotros nos quejáramos por el estado de la ruta 6 que está toda rota mientras ustedes se afanaron todo.

—Chau equipo.

—Y sí.

Seguimos repasando juntos varios relatos e intrigas, que él disfrutó como si le contara la trama de una película de detectives. Pedimos otras cervezas y cenamos.

—Todavía me acuerdo cuando me contaste del caso por primera vez. Nunca me imaginé este quilombo.

—Yo me ilusionaba. Pero era muy cauto.

Siguió la charla y terminamos nuestros platos. Tomamos lo que quedaba de cerveza en los vasos. Pagamos la cuenta y salimos a la calle, donde nos despedimos con un abrazo. Lo vi irse mientras sacaba mi teléfono y chequeaba llamadas, mails y mensajes. Tenía uno de otro amigo, algo más viejo, algo más olvidado. Me pasaba un dato que con los días pude chequear. Me lo había vendido así: “Escuchame, tengo una perlita/anécdota muy interesante, chequeala”.

Lo hice. Resulta que las coimas en una de las empresas implicadas en la causa eran mucho más formales de lo que luego quisieron hacerle creer a la opinión pública y a la Justicia. Tenían un nombre específico. Se las denominaba "DH". Ese era el concepto con el que figuraban en los sistemas informáticos de la compañía: aparecían los presupuestos de las obras y los detalles de las "DH" eran las partidas destinadas a los "arreglos/retorno". Ahora bien, qué eran las "DH" para esa compañía: las siglas de "Debilidades Humanas". No solo los cordobeses son finos para el humor, los mendocinos tienen lo suyo.

El 25 de septiembre le escribí a Bacigalupo.

11.11

¿Está para un cafecito?

11.11

Sándwichs te esperan, lo mejor en tu día de trabajo.

El mediodía se escurrió como siempre desde hace varios meses. Insistí más tarde.

14:22

Hola Jorge. ¿Está para esos sandwichs en 15 minutos?

14:24

Todo listo, te espero.

14:48

Abajo

14:48

Bajo

Volví a sentarme a la mesa redonda. Habían pasado varios meses desde nuestro primer encuentro en su casa. Bacigalupo inició su ceremonia del café y me sirvió uno. Los sándwiches estaban sobre la mesa, como tantas veces.

No recuerdo de qué hablamos. Le había contado al Fiscal que lo iba a ir a saludar. Me llegó un mensaje suyo.

16:08

Cabot

16:09

Sí

16:09

¿Seguis ahí?

16:09

Sí

16:10

¿Me esperan?

16:11

Venite si quieres. Te espero

16:12

Pasame la dire

16:34

Estoy abajo

16:34

Ahí baja

Allí nos encontrábamos de nuevo los tres, sentados alrededor de esa mesa, con el mismo café, los mismos sándwiches y la compañía de la perra Sasha. Costaba tomar perspectiva desde que Bacigalupo había mirado al Fiscal por



primera vez y aceptó ir a declarar. En aquel momento sentí que la investigación había empezado a dar sus frutos cuando Stornelli le dijo: “Le tengo que informar que su amigo Centeno está detenido”. Había sido el movimiento inaugural de un tablero de ajedrez que venía imaginando desde hacía meses. Ya nada sería igual para mí desde entonces.

Mil imágenes se sucedieron con vértigo. Los presos, los allanamientos, la Redacción, los miedos, las persecuciones, mi familia, las notas que escribí, los llamados, los insultos y las felicitaciones. Me quedé callado y terminé primero el café.

A los pocos minutos bajamos. Bacigalupo nos abrió la puerta y salimos. Con el Fiscal nos quedamos hablando en una esquina y una vecina lo reconoció. Se acercó a saludarlo y darle aliento. Cuando la mujer se fue, nosotros también nos despedimos.

Subí al auto y cerré la puerta. Como siempre, miraba Buenos Aires desde esa cápsula aislada. No podía enfocar, los ojos húmedos me lo impedían.

Traje al Lic Baratta a su departamento y me quedé a la vuelta y sobre frente esquina Angel Diaz esperando que me avise que se da la llave. El Lic pasó un domingo con su padre de siempre y otro que llevara a cabo aprox. unido por 200.000 US\$ (cuarenta mil dólares) luego a las 20.00 HS me mandó un mensaje de texto diciendome que me vaya a casa.

31/7/10 (sábado)  
A disposición (me fui a la organ del Rosado de San Nicolás).

01/8/10 (domingo)  
a disposición.

07:30 02/8/10 (lunes)  
En el domicilio del Lic, a las 08:08 lo traje al ministerio.

14:30 Del ministerio lo lleve al Lic y a Herman Gomez al gimnasio.

21:05 Del ministerio lo lleve al Lic a su departamento y me fui a casa.

07:30 03/8/10 (martes)  
En el domicilio del Lic a las 08:10 lo traje al ministerio.

14:35 Del ministerio lo lleve al Lic y a Herman Gomez al gimnasio.

20:45 Del ministerio lo lleve al Lic a su departamento y luego lo lleve a Barbara a (Pda Way 750) (amiga de Barbara) y luego me fui a casa.

04/8/10 (miércoles)  
En el domicilio de Lic, a las 08:15 lo traje al ministerio.

14:50 Del ministerio el Lic Baratta, salió con el Lic Escobar y con el auto de este en el viento color negro (chapa 194 29) y me dijo el Lic antes de partir que lo pasé a buscar a Herman Gomez que está en el Depto de Calle 1170-4° piso, con amigo siempre lo mandé a Nelson que me acompañe, yo lo iba pagando al viento de gaceta y pararon en Calle 1176 donde mismo con Nelson que indicaban una Valija con dinero de la mi, una persona de barba colorado colorado, la valija era del mismo tamaño del otro día, me tenía 450.000 US\$ (cuatro millones, quinientos mil dólares). Luego me llamo para que lo alcanzara en la Daniel Abadía, en Calle 1170 subí a mi departamento con un bolso con dinero, y cuando llegamos a Uruguay 1306 y me quedé me estacioné delante del viento negro de gaceta y Herman al bajar me dijo el auto donde estaba el Lic Baratta y me indicó a mi auto a sacar y al medio del bolso que tenía y poner en otro bolso negro que el Lic Baratta le había dicho y me pasó 450.000 US\$ (cuatrocientos mil dólares) y lo dije en un auto y el resto que tenía 200.000 US\$ (quinientos mil dólares) me lo pasó a Baratta al otro

El 1 de febrero de 2005, Oscar Centeno empezó a escribir un diario de sus tareas como chofer de Roberto Baratta, el principal cobrador de dinero negro del kirchnerismo.

Página a página aparecen funcionarios, empresarios y miembros del círculo gubernamental, hoteles y domicilios donde se retiraban paquetes enormes de billetes. Desde los pedidos de helado para el ministro Julio De Vido —la cabeza del sistema recaudador al servicio de Néstor Kirchner— hasta los recibos por la compra de bolsos para transportar sobornos millonarios que se dejaban en la Casa Rosada, la Residencia de Olivos y el edificio del matrimonio presidencial.

Una década después, Centeno había completado siete cuadernos y un anotador. Cuando llegaron a sus manos, Diego Cabot se dedicó a chequear uno a uno los datos que allí se consignaban. Pocos meses más tarde, esa pesquisa minuciosa y solitaria se transformó en la primicia más espectacular de la historia nacional y dio pie a la mayor causa anticorrupción de la que se tenga memoria en el país.

En Los cuadernos, el autor revela toda la verdad detrás de una investigación sin precedentes que llevó meses de trabajo en secreto, generó cientos de especulaciones, operaciones y contraoperaciones, arrepentidos, denuncias, encarcelamientos y traiciones, y cambió para siempre la forma de hacer política en la Argentina.

902 PÁGINAS

10 AÑOS DE RECAUDACIÓN ILEGAL

43 COMPAÑÍAS INVOLUCRADAS

112 FUNCIONARIOS Y EMPRESARIOS MENCIONADOS

205 DÍAS DE INVESTIGACIÓN EN SILENCIO



DIEGO CABOT

Nació en Santa Rosa, La Pampa, en 1970. Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires. Cursó un máster en Periodismo en la Universidad Torcuato Di Tella, un posgrado en Opinión Pública en Flacso y el Programa de Desarrollo Directivo en el IAE. En 2004 ingresó al diario *La Nación*, donde actualmente es prosecretario de Redacción. En esta editorial publicó, junto con Francisco Olivera, *“Hablen con Julio”*, *El buen salvaje* y *Los platos rotos*.

Foto: © Fernando Dvoskin